

# EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LA POLÍTICA Y DEL ESPÍRITU

Año V : : : Número 175 : : : Madrid, 2 de marzo de 1946 : : : Aparece los sábados : : : Precio: 1,50 pesetas

## EL BARRO, AGU... ... POLONIA

La primera reunión de las Naciones Unidas se desarrolló en el momento más trágico de la historia de Polonia. Después de una incompañable lucha durante seis años contra el agresor alemán, Polonia no tiene en la Conferencia de las Naciones Unidas una representación designada por voluntad de sus ciudadanos, sino que lo es por los hombres a quienes el Poder proviene del apoyo de la potencia vecina.

En el año 1939, teniendo Polonia que tomar una decisión, prefirió una guerra con el extranjero y una ocupación, peor que la guerra, antes que jugar el papel de Polonia. No obstante encontrándose el territorio polaco en manos del enemigo, Polonia, que fue la primera en ponerse a la lucha, continuó, en tierra, mar y aire, al lado de sus aliados, llevando a cabo una lucha heroica por el territorio contra el agresor alemán, lucha que ocasionó numerosas víctimas.

Polonia no cede en su empeño de obtener su independencia e integridad territorial. El presidente de la República, el Gobierno legal, lo mismo que el Ejército, se encuentran aún exiliados, debido a que el regreso a su patria, no por la voluntad de la nación, sino por decisión de la potencia extranjera que gobierna en las regiones de Europa oriental. Por ausencia de Polonia, la Administración actual toma, con la rapidez que caracteriza a los usurpadores, resoluciones contrarias al interés más básico: el de resquebrajar la vida de la nación.

Las Uniones Regionales de las Tierras Orientales de Polonia representan a millones de ciudadanos polacos, ahora dispersos por tierras extranjeras, que sufren el destino trágico de la nación ocupada. Los territorios ocupados a Polonia eran incorporados a las Repúblicas soviéticas de Ucrania o Rutenia blanca, mientras que la ciudad de Vilna y los territorios vecinos fueron cedidos a Lituania, para que para quitar las malas impresiones de este país respecto a su propia suerte.

Polonia no cede en su empeño de obtener su independencia e integridad territorial. El presidente de la República, el Gobierno legal, lo mismo que el Ejército, se encuentran aún exiliados, debido a que el regreso a su patria, no por la voluntad de la nación, sino por decisión de la potencia extranjera que gobierna en las regiones de Europa oriental. Por ausencia de Polonia, la Administración actual toma, con la rapidez que caracteriza a los usurpadores, resoluciones contrarias al interés más básico: el de resquebrajar la vida de la nación.

En el año 1939, teniendo Polonia que tomar una decisión, prefirió una guerra con el extranjero y una ocupación, peor que la guerra, antes que jugar el papel de Polonia. No obstante encontrándose el territorio polaco en manos del enemigo, Polonia, que fue la primera en ponerse a la lucha, continuó, en tierra, mar y aire, al lado de sus aliados, llevando a cabo una lucha heroica por el territorio contra el agresor alemán, lucha que ocasionó numerosas víctimas.

En el año 1939, teniendo Polonia que tomar una decisión, prefirió una guerra con el extranjero y una ocupación, peor que la guerra, antes que jugar el papel de Polonia. No obstante encontrándose el territorio polaco en manos del enemigo, Polonia, que fue la primera en ponerse a la lucha, continuó, en tierra, mar y aire, al lado de sus aliados, llevando a cabo una lucha heroica por el territorio contra el agresor alemán, lucha que ocasionó numerosas víctimas.

En el año 1939, teniendo Polonia que tomar una decisión, prefirió una guerra con el extranjero y una ocupación, peor que la guerra, antes que jugar el papel de Polonia. No obstante encontrándose el territorio polaco en manos del enemigo, Polonia, que fue la primera en ponerse a la lucha, continuó, en tierra, mar y aire, al lado de sus aliados, llevando a cabo una lucha heroica por el territorio contra el agresor alemán, lucha que ocasionó numerosas víctimas.

En el año 1939, teniendo Polonia que tomar una decisión, prefirió una guerra con el extranjero y una ocupación, peor que la guerra, antes que jugar el papel de Polonia. No obstante encontrándose el territorio polaco en manos del enemigo, Polonia, que fue la primera en ponerse a la lucha, continuó, en tierra, mar y aire, al lado de sus aliados, llevando a cabo una lucha heroica por el territorio contra el agresor alemán, lucha que ocasionó numerosas víctimas.

En el año 1939, teniendo Polonia que tomar una decisión, prefirió una guerra con el extranjero y una ocupación, peor que la guerra, antes que jugar el papel de Polonia. No obstante encontrándose el territorio polaco en manos del enemigo, Polonia, que fue la primera en ponerse a la lucha, continuó, en tierra, mar y aire, al lado de sus aliados, llevando a cabo una lucha heroica por el territorio contra el agresor alemán, lucha que ocasionó numerosas víctimas.

En el año 1939, teniendo Polonia que tomar una decisión, prefirió una guerra con el extranjero y una ocupación, peor que la guerra, antes que jugar el papel de Polonia. No obstante encontrándose el territorio polaco en manos del enemigo, Polonia, que fue la primera en ponerse a la lucha, continuó, en tierra, mar y aire, al lado de sus aliados, llevando a cabo una lucha heroica por el territorio contra el agresor alemán, lucha que ocasionó numerosas víctimas.

En el año 1939, teniendo Polonia que tomar una decisión, prefirió una guerra con el extranjero y una ocupación, peor que la guerra, antes que jugar el papel de Polonia. No obstante encontrándose el territorio polaco en manos del enemigo, Polonia, que fue la primera en ponerse a la lucha, continuó, en tierra, mar y aire, al lado de sus aliados, llevando a cabo una lucha heroica por el territorio contra el agresor alemán, lucha que ocasionó numerosas víctimas.

En el año 1939, teniendo Polonia que tomar una decisión, prefirió una guerra con el extranjero y una ocupación, peor que la guerra, antes que jugar el papel de Polonia. No obstante encontrándose el territorio polaco en manos del enemigo, Polonia, que fue la primera en ponerse a la lucha, continuó, en tierra, mar y aire, al lado de sus aliados, llevando a cabo una lucha heroica por el territorio contra el agresor alemán, lucha que ocasionó numerosas víctimas.



## Los polacos apelan a las Naciones Unidas

En la asamblea general de la O. N. U., celebrada últimamente en Londres, la Unión de las Tierras Orientales de Polonia presentó a los delegados de todas las naciones asistentes al Congreso el siguiente memorándum, que EL ESPAÑOL reproduce por cuanto historia sucintamente y con razonamientos concretos y sencillos, al margen de toda retórica, las vicisitudes de la nación polaca en la próxima pasada guerra y en la postguerra presente.

En la asamblea general de la O. N. U., celebrada últimamente en Londres, la Unión de las Tierras Orientales de Polonia presentó a los delegados de todas las naciones asistentes al Congreso el siguiente memorándum, que EL ESPAÑOL reproduce por cuanto historia sucintamente y con razonamientos concretos y sencillos, al margen de toda retórica, las vicisitudes de la nación polaca en la próxima pasada guerra y en la postguerra presente.

En la asamblea general de la O. N. U., celebrada últimamente en Londres, la Unión de las Tierras Orientales de Polonia presentó a los delegados de todas las naciones asistentes al Congreso el siguiente memorándum, que EL ESPAÑOL reproduce por cuanto historia sucintamente y con razonamientos concretos y sencillos, al margen de toda retórica, las vicisitudes de la nación polaca en la próxima pasada guerra y en la postguerra presente.

En la asamblea general de la O. N. U., celebrada últimamente en Londres, la Unión de las Tierras Orientales de Polonia presentó a los delegados de todas las naciones asistentes al Congreso el siguiente memorándum, que EL ESPAÑOL reproduce por cuanto historia sucintamente y con razonamientos concretos y sencillos, al margen de toda retórica, las vicisitudes de la nación polaca en la próxima pasada guerra y en la postguerra presente.

En la asamblea general de la O. N. U., celebrada últimamente en Londres, la Unión de las Tierras Orientales de Polonia presentó a los delegados de todas las naciones asistentes al Congreso el siguiente memorándum, que EL ESPAÑOL reproduce por cuanto historia sucintamente y con razonamientos concretos y sencillos, al margen de toda retórica, las vicisitudes de la nación polaca en la próxima pasada guerra y en la postguerra presente.

En la asamblea general de la O. N. U., celebrada últimamente en Londres, la Unión de las Tierras Orientales de Polonia presentó a los delegados de todas las naciones asistentes al Congreso el siguiente memorándum, que EL ESPAÑOL reproduce por cuanto historia sucintamente y con razonamientos concretos y sencillos, al margen de toda retórica, las vicisitudes de la nación polaca en la próxima pasada guerra y en la postguerra presente.

En la asamblea general de la O. N. U., celebrada últimamente en Londres, la Unión de las Tierras Orientales de Polonia presentó a los delegados de todas las naciones asistentes al Congreso el siguiente memorándum, que EL ESPAÑOL reproduce por cuanto historia sucintamente y con razonamientos concretos y sencillos, al margen de toda retórica, las vicisitudes de la nación polaca en la próxima pasada guerra y en la postguerra presente.

En la asamblea general de la O. N. U., celebrada últimamente en Londres, la Unión de las Tierras Orientales de Polonia presentó a los delegados de todas las naciones asistentes al Congreso el siguiente memorándum, que EL ESPAÑOL reproduce por cuanto historia sucintamente y con razonamientos concretos y sencillos, al margen de toda retórica, las vicisitudes de la nación polaca en la próxima pasada guerra y en la postguerra presente.

En la asamblea general de la O. N. U., celebrada últimamente en Londres, la Unión de las Tierras Orientales de Polonia presentó a los delegados de todas las naciones asistentes al Congreso el siguiente memorándum, que EL ESPAÑOL reproduce por cuanto historia sucintamente y con razonamientos concretos y sencillos, al margen de toda retórica, las vicisitudes de la nación polaca en la próxima pasada guerra y en la postguerra presente.

En la asamblea general de la O. N. U., celebrada últimamente en Londres, la Unión de las Tierras Orientales de Polonia presentó a los delegados de todas las naciones asistentes al Congreso el siguiente memorándum, que EL ESPAÑOL reproduce por cuanto historia sucintamente y con razonamientos concretos y sencillos, al margen de toda retórica, las vicisitudes de la nación polaca en la próxima pasada guerra y en la postguerra presente.

En la asamblea general de la O. N. U., celebrada últimamente en Londres, la Unión de las Tierras Orientales de Polonia presentó a los delegados de todas las naciones asistentes al Congreso el siguiente memorándum, que EL ESPAÑOL reproduce por cuanto historia sucintamente y con razonamientos concretos y sencillos, al margen de toda retórica, las vicisitudes de la nación polaca en la próxima pasada guerra y en la postguerra presente.

En la asamblea general de la O. N. U., celebrada últimamente en Londres, la Unión de las Tierras Orientales de Polonia presentó a los delegados de todas las naciones asistentes al Congreso el siguiente memorándum, que EL ESPAÑOL reproduce por cuanto historia sucintamente y con razonamientos concretos y sencillos, al margen de toda retórica, las vicisitudes de la nación polaca en la próxima pasada guerra y en la postguerra presente.

## LA CIENCIA ECONOMICA Y EL INSTITUTO NACIONAL DE ESTADISTICA

Por JOSE JUAN FORNS

ESPAÑA no ha tenido nunca una ciencia económica propia; basta con repasar la bibliografía de la pasada centuria y de del presente siglo para ver que es una realidad. Solo se encuentran en ella unos pocos ensayos muy breves, y más de carácter político-polemico que económico, en los que los estudiantes de la Facultad de Derecho debían las doctrinas de Stuart Mill o J. B. Say. En los primeros años del presente siglo, el interés por la economía como una ciencia real se despertó, pero se impuso, que como una floración espontánea. Las deficiencias de nuestro sistema ferroviario despertaron el interés por el estudio del problema de los transportes; la actitud de la Dictadura respecto a la protección de la industria nacional y el establecimiento de una peseta hace estudiar nuestras propias posibilidades y los problemas monetarios. Pero estos estudios no trascendieron de la esfera oficial y los informes públicos en que se plasmaron pronto se olvidaron y se arrojaron; buena prueba de ello son los seis tomos que sobre el problema ferroviario publicó el Ministerio de Obras Públicas, y en el que intervinieron altas personalidades del mundo económico; en el campo de lo científico solo se muestra su injerto en unas pocas traducciones y en los interesantes trabajos de Letier sobre el comercio exterior español y los del profesor Orlagoitia sobre la peseta.

Con el fin de nuestra contienda y el comienzo de la mundial, que acaba de finalizar en los campos de batalla, España se vio acriada en lo económico por la necesidad de su reconstrucción y con la de utilizar unos medios técnicos adecuados para llevar a buen término un comercio internacional interdictado, que las necesidades de la contienda le imponían. A todas luces, era la carencia que de personal técnico en cuestiones económicas existía en España, y a este fin, y para poner remedio a la situación, el Estado creó la Nueva Facultad de Ciencias Económicas.

La nueva tónica sobre las cuestiones económicas ha motivado que se hayan vertido al castellano todos los textos económicos cuyos derechos de traducción estaban libres, en no poca medida, sin que se nos anunciara la aparición de un tratado de economía de un autor ya francés, ya inglés, ya belga, ya alemán o ya alemán. Los tratados que no pueden traducirse se han importado, en su publicación original, y parece como si a marcos forzados se pretendiera recoger el tiempo perdido, leyendo y publicándose cuantos libros están en boga en el extranjero sobre cuestiones económicas. Mas en contraposición a esta floración bibliográfica extranjera, en España pocas obras originales se han ofrecido, y salvo raras excepciones, las aparecidas tan solo son estudios de carácter político en torno de las viejas teorías del proteccionismo y del libre cambio o estudios sobre las cuestiones técnicas que el comercio exterior plantea en su madurez administrativa.

Pero ni la ciencia importada ni los hombres en ella formados, han podido dar a España una fundamentación adecuada para desplegar una acción política en el campo de lo económico. Las teorías económicas importadas han fallado cuando de su aplicación práctica a España se ha tratado. En sus países de origen constituyeron la base sobre la que se fundamentó la política económica de sus respectivos Estados, pero en España resultan inoperantes, en nuestro concepto, por no responder ni a nuestra propia idiosincrasia ni a nuestra propia estructura económica. Se nos olvidó a este respecto, que la ciencia, como tal, es algo objetivo y que no conoce de nacionalidades, cosa que nosotros no negamos, pero al mismo tiempo no olvidamos que la ciencia es, como el comercio, un algo vivo en vías de formación siempre, como un fondo formado y eterno, en constante proceso de cambios, que sus definiciones se pueden distinguir claramente los dos elementos que integran la ciencia: uno, el que reconoce de nacionalidad el medio formado y eterno, y otro, lo vivo en vías de formación, que origina el constante proceso de cambio. Este segundo elemento es el que es netamente nacional, que surge del conocimiento vulgar y por ello está ligado de forma exclusiva al ambiente del país en que nace.

La ciencia económica, como cualquier otra ciencia, está integrada por un conjunto de principios válidos para todos los países y épocas, y que constituye, en la terminología de Uramunio, su fondo formado y eterno, y por otro conjunto de verdades, que tan solo son fruto de cada país con su propia organización y grado de desarrollo en lo económico. ¿Es en esta parte donde falta la ciencia que los textos, ora ingleses, ora americanos o ora franceses nos brindan? Corresponden a una realidad vivida por cada uno de esos países, con sus peculiares instituciones y estructuras.

La ciencia económica, como cualquier otra ciencia, está integrada por un conjunto de principios válidos para todos los países y épocas, y que constituye, en la terminología de Uramunio, su fondo formado y eterno, y por otro conjunto de verdades, que tan solo son fruto de cada país con su propia organización y grado de desarrollo en lo económico. ¿Es en esta parte donde falta la ciencia que los textos, ora ingleses, ora americanos o ora franceses nos brindan? Corresponden a una realidad vivida por cada uno de esos países, con sus peculiares instituciones y estructuras.

La ciencia económica, como cualquier otra ciencia, está integrada por un conjunto de principios válidos para todos los países y épocas, y que constituye, en la terminología de Uramunio, su fondo formado y eterno, y por otro conjunto de verdades, que tan solo son fruto de cada país con su propia organización y grado de desarrollo en lo económico. ¿Es en esta parte donde falta la ciencia que los textos, ora ingleses, ora americanos o ora franceses nos brindan? Corresponden a una realidad vivida por cada uno de esos países, con sus peculiares instituciones y estructuras.

La ciencia económica, como cualquier otra ciencia, está integrada por un conjunto de principios válidos para todos los países y épocas, y que constituye, en la terminología de Uramunio, su fondo formado y eterno, y por otro conjunto de verdades, que tan solo son fruto de cada país con su propia organización y grado de desarrollo en lo económico. ¿Es en esta parte donde falta la ciencia que los textos, ora ingleses, ora americanos o ora franceses nos brindan? Corresponden a una realidad vivida por cada uno de esos países, con sus peculiares instituciones y estructuras.

La ciencia económica, como cualquier otra ciencia, está integrada por un conjunto de principios válidos para todos los países y épocas, y que constituye, en la terminología de Uramunio, su fondo formado y eterno, y por otro conjunto de verdades, que tan solo son fruto de cada país con su propia organización y grado de desarrollo en lo económico. ¿Es en esta parte donde falta la ciencia que los textos, ora ingleses, ora americanos o ora franceses nos brindan? Corresponden a una realidad vivida por cada uno de esos países, con sus peculiares instituciones y estructuras.

La ciencia económica, como cualquier otra ciencia, está integrada por un conjunto de principios válidos para todos los países y épocas, y que constituye, en la terminología de Uramunio, su fondo formado y eterno, y por otro conjunto de verdades, que tan solo son fruto de cada país con su propia organización y grado de desarrollo en lo económico. ¿Es en esta parte donde falta la ciencia que los textos, ora ingleses, ora americanos o ora franceses nos brindan? Corresponden a una realidad vivida por cada uno de esos países, con sus peculiares instituciones y estructuras.

La ciencia económica, como cualquier otra ciencia, está integrada por un conjunto de principios válidos para todos los países y épocas, y que constituye, en la terminología de Uramunio, su fondo formado y eterno, y por otro conjunto de verdades, que tan solo son fruto de cada país con su propia organización y grado de desarrollo en lo económico. ¿Es en esta parte donde falta la ciencia que los textos, ora ingleses, ora americanos o ora franceses nos brindan? Corresponden a una realidad vivida por cada uno de esos países, con sus peculiares instituciones y estructuras.

La ciencia económica, como cualquier otra ciencia, está integrada por un conjunto de principios válidos para todos los países y épocas, y que constituye, en la terminología de Uramunio, su fondo formado y eterno, y por otro conjunto de verdades, que tan solo son fruto de cada país con su propia organización y grado de desarrollo en lo económico. ¿Es en esta parte donde falta la ciencia que los textos, ora ingleses, ora americanos o ora franceses nos brindan? Corresponden a una realidad vivida por cada uno de esos países, con sus peculiares instituciones y estructuras.

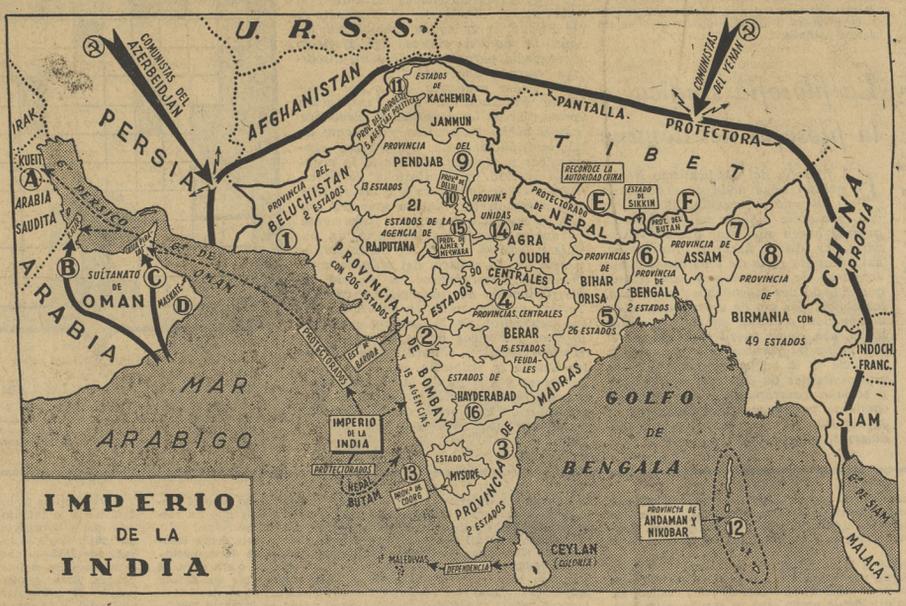
La ciencia económica, como cualquier otra ciencia, está integrada por un conjunto de principios válidos para todos los países y épocas, y que constituye, en la terminología de Uramunio, su fondo formado y eterno, y por otro conjunto de verdades, que tan solo son fruto de cada país con su propia organización y grado de desarrollo en lo económico. ¿Es en esta parte donde falta la ciencia que los textos, ora ingleses, ora americanos o ora franceses nos brindan? Corresponden a una realidad vivida por cada uno de esos países, con sus peculiares instituciones y estructuras.

La ciencia económica, como cualquier otra ciencia, está integrada por un conjunto de principios válidos para todos los países y épocas, y que constituye, en la terminología de Uramunio, su fondo formado y eterno, y por otro conjunto de verdades, que tan solo son fruto de cada país con su propia organización y grado de desarrollo en lo económico. ¿Es en esta parte donde falta la ciencia que los textos, ora ingleses, ora americanos o ora franceses nos brindan? Corresponden a una realidad vivida por cada uno de esos países, con sus peculiares instituciones y estructuras.

La ciencia económica, como cualquier otra ciencia, está integrada por un conjunto de principios válidos para todos los países y épocas, y que constituye, en la terminología de Uramunio, su fondo formado y eterno, y por otro conjunto de verdades, que tan solo son fruto de cada país con su propia organización y grado de desarrollo en lo económico. ¿Es en esta parte donde falta la ciencia que los textos, ora ingleses, ora americanos o ora franceses nos brindan? Corresponden a una realidad vivida por cada uno de esos países, con sus peculiares instituciones y estructuras.

La ciencia económica, como cualquier otra ciencia, está integrada por un conjunto de principios válidos para todos los países y épocas, y que constituye, en la terminología de Uramunio, su fondo formado y eterno, y por otro conjunto de verdades, que tan solo son fruto de cada país con su propia organización y grado de desarrollo en lo económico. ¿Es en esta parte donde falta la ciencia que los textos, ora ingleses, ora americanos o ora franceses nos brindan? Corresponden a una realidad vivida por cada uno de esos países, con sus peculiares instituciones y estructuras.

## EL COMUNISMO HINDU CONTRA LA GUERRA



Los sucesos allí acaecidos, así como su desarrollo y probable desenlace, vamos a dar unas noticias sobre su historia y organización.

ANTECEDENTES HISTÓRICOS  
Unos 2.500 años antes de Jesucristo, perdida en la noche de los tiempos, se realizó por los arios, procedentes de la meseta asiática de su nombre, la conquista de la India, habitada entonces por un pueblo selecto, de cultura superior.

Este pueblo eran los dravidas, y si bien poseía un grado bastante avanzado de civilización, era inferior al de los arios, sus conquistadores, a los que puede considerarse como creadores de la refinada cultura india. Actualmente, en la provincia de Punjab (9) el elemento ario es el predominante; pero, más al Este, la fecundidad de la raza dravida se impone y el ario empieza a desdibujarse.

Ya en tiempos históricos, desde el Afganistán hasta Bengala existían dieciséis reinos arios, que dominaron a los autóctonos primero con las armas y más adelante con su superior cultura.

Durante largos siglos, sin perturbaciones de ninguna clase, se desarrolló en la India la cultura aria, pues las relaciones mantenidas por entonces entre los reinos arios de la India y los del Oriente Medio tuvieron un carácter marcadamente comercial.

Se cree que Ciro el Grande extendió sus conquistas hasta la India; Dario envió expediciones y Alejandro acometió la conquista de la India, abandonándola en el año 325 antes de Jesucristo.

## RUSSIA REVIVIO A MACHIAVELLO

CUANDO el periodista y escritor Ludwig preguntó un día a Mussolini si Machiavello había sido una de sus primeras lecturas, el jefe del Estado italiano le respondió:

«En efecto: mi padre solía leerme las obras de este autor; y recuerdo que mi impresión fue de las más profundas. Después de haber leído a Machiavello, yo me acordaba de las palabras de este autor: «El príncipe debe ser como un león y como un zorro». Y recuerdo que mi impresión fue de las más profundas. Después de haber leído a Machiavello, yo me acordaba de las palabras de este autor: «El príncipe debe ser como un león y como un zorro».

Claro está que este interés de un jefe de Estado por Nicolás Machiavello no puede sorprendernos lo más mínimo. El famoso renacentista ha sido y será siempre el autor que Napoleón leía en sus largos viajes; el pensador tan atentamente estudiado por Enrique IV, el político quien, aunque intentara hipócritamente reír por su cinismo, Federico II siguió con toda fidelidad en sus doctrinas; y, finalmente, el filósofo que Federico Nietzsche, más sincero, llamaba espejo de sí mismo. De su libro fundamental, «El príncipe», aparecieron cerca de cien ediciones durante los siglos XVI y XVII, y sin excepción, uno por uno, todos los estadistas, moralistas y generales lo leyeron, cual los sacerdotes leen su breviario.

A pesar de que la Iglesia católica vio siempre en este breviario un verdadero engendro del diablo, la señora Humánidad rebuscó sus páginas, creando el adjetivo «machiavellico». ¿Que es lo que se entiende por tan manido y repetido vocablo? Y, sobre todo, ¿quién era Machiavello?

UN FUNCIONARIO EN DESGRACIA  
En 1513, un florentino de calidad, que se había distinguido en numerosos puestos ad-

ministrativos y en varias misiones diplomáticas, cae en desgracia y se retira al campo. Ya casado, padre de tres hijos, el funcionario se dedica a la lectura de Machiavello. Su hijo, un niño de doce años, le sugiere que se dedique a la lectura de Machiavello. El funcionario, que ya es un hombre de mundo, le dice que no debe leer a Machiavello, sino a los clásicos. El niño, que ya es un hombre de mundo, le dice que debe leer a Machiavello, no a los clásicos.

El funcionario, que ya es un hombre de mundo, le dice que no debe leer a Machiavello, sino a los clásicos. El niño, que ya es un hombre de mundo, le dice que debe leer a Machiavello, no a los clásicos.

## La O. N. U. a América

EL hecho de que la O. N. U. vaya a instalarse en el continente americano es un tema de actualidad de los más interesantes. Efectivamente, el citado y colosal edificio es no solo uno de los «sky scrapers» del mundo, sino también, tal como se ha dicho, el más alto y grande edificio del mundo.

Entre las curiosidades de la llamada geografía de las ciudades, este asunto de la altura de las construcciones es, ciertamente, uno de los más interesantes. De siempre es sabido que la diferencia quizá más esencial entre la vivienda urbana y la rural radica en la mayor altura de la casa ciudadana sobre la del campo. Pero no en todos los países —y va sin decir que tampoco en todos los tiempos— se da la diferencia de alturas de esta índole.

Entre las curiosidades de la llamada geografía de las ciudades, este asunto de la altura de las construcciones es, ciertamente, uno de los más interesantes. De siempre es sabido que la diferencia quizá más esencial entre la vivienda urbana y la rural radica en la mayor altura de la casa ciudadana sobre la del campo. Pero no en todos los países —y va sin decir que tampoco en todos los tiempos— se da la diferencia de alturas de esta índole.

Entre las curiosidades de la llamada geografía de las ciudades, este asunto de la altura de las construcciones es, ciertamente, uno de los más interesantes. De siempre es sabido que la diferencia quizá más esencial entre la vivienda urbana y la rural radica en la mayor altura de la casa ciudadana sobre la del campo. Pero no en todos los países —y va sin decir que tampoco en todos los tiempos— se da la diferencia de alturas de esta índole.

## LO QUE FRANCIA NO SABE

“Hoja de servicios” de un hombre que sirvió como comandante en las F. F. I.

CASI, casi, el asunto ha perdido actualidad. Nuestra austerización en la opinión pública, extendida a todos los sectores, ha venido a demostrar que nadie en este país se ha sentido afectado por la decisión francesa de cerrar sus fronteras como castigo a la audacia española de aplicar sus leyes, con el máximo de garantías procesales, sobre un grupo de indeseables. En sí, la cosa no pasó del comentario de las tertulias, hecho lógico y natu-



# EL CINE ESPAÑOL SE HUNDE

## Los culpables, a la palestra



YA no se habla estos días solamente de la crisis teatral, sino del cine, mejor dicho: de la producción cinematográfica. Casi todos los estudios de Madrid y Barcelona están cerrados, y en este momento las películas que se realizan pueden contarse con los dedos de una mano. Se llevan a cabo despedidos de técnicos y obreros en cantidad; se

rescinden contratos con los artistas, y, en suma, todo parece señalar que nos hallamos ante un grave problema que por afectar a importantes sectores de nuestra economía, no puede ser tratado a la ligera. Hay que estudiar a fondo las causas íntimas de la cuestión y buscar por todos los medios soluciones para ellas. Urge salvar al cine español, que atraviesa un trance difícil. Pero también, por nuestra parte, no estará de más que digamos cómo; aunque nos duela, la cosa no nos ha sorprendido lo más mínimo. Porque los más heterogéneos ele-

mentos, desde distintas posiciones, venían haciendo mucho daño a nuestro cine. Veamos cuáles eran.

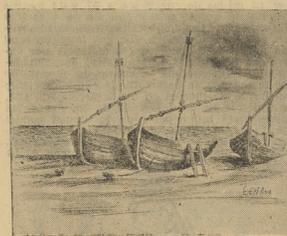
### LOS PRODUCTORES

Los productores tienen por norma general de sus actos la de que ellos nunca se equivocan. Son los amos del dinero y saben cómo han de obrar en cada caso. Así, poco a poco, no han hecho otra cosa que matar la gallina de los huevos de oro. La mayor parte de ellos llegaron al cine después de la liberación, atraídos por los bonitos y lucrativos negocios que se hacían, del mismo modo que pudiesen ir—y algunos de hecho fueron—en busca de una mina de wolfram. Apenas existía entonces la importación, paralizada por la guerra mundial, y algunas disposiciones restrictivas; no venían películas inglesas y americanas en abundancia, y las que llegaban de Alemania e Italia no bastaban para satisfacer la demanda popular. El público acudía como recurso —y más abajo analizaremos su nefasta actitud— a presenciar las cintas españolas, familiarizándose con los actores, aunque sin dejar de poner defectos a cuanto veían sus ojos. Unas cuantas películas que rozaban los temas de la Cruzada, y otras, desarrolladas con el simple fin de divertir, cuyos nombres están en la memoria de todos, obtuvieron buen éxito. Los estudios trabajaban afanosamente, y cada día se incorporaban a ellos, para distintas ocupaciones, gentes de la más variada condición y procedencia.

Más tarde se abrieron las puertas a la importación, y el cine nacional—salvo en contadas excepciones—comenzó a bajar de calidad de un modo lamentable. Se producía una película con ánimo exclusivo de lograr el mayor número posible de permisos para importar cintas americanas. Y, aun con todas las supervisiones y requisitos previos, ejecutados con la mejor buena fe, no se podía impedir la aparición en las carteleras de títulos deleztables. Por cada hombre de negocios que arriesgaba un par de millones para una película decorosa—muchas veces poniéndolos en manos inexpertas—, surgían cincuenta que despachaban las suyas por la cuarta parte. Y había también arribistas sin escrúpulos que juntaban atropelladamente unas pesetas, montaban su tinglado, comenzaban a toda prisa el rodaje de un guión, y a los quince días, por falta de dinero, lo dejaban todo empantanado, desaparecían cargados de deudas, y los proyectos, tan cacareados, acababan como el rosario de la aurora. Con gentes así, nada bueno y digno es posible. Ahora los productores, desistidos, se llevan las manos a la cabeza sin saber qué hacer y reclaman los consejos que antes no quisieran escuchar. Pero nunca es tarde si de verdad están arrepentidos.

### LOS DIRECTORES

No menos culpa tienen los directores de cuanto está pasando. Unos, por es-



timar que el dirigir películas está al alcance de cualquiera que haya ido al cine dos años seguidos y lanzarse con alegre irresponsabilidad a destrozarse metros y metros de celuloide. Esta tarea exige una rigurosa preparación, el paso por diversos escalones de un concienzudo aprendizaje, cosa que, al parecer, des-

conocían. Estos individuos han derrochado millones inútilmente. Los otros, los verdaderamente dotados, también pusieron su grano de arena en el desastroso resultado, por no haberse negar al capricho crematístico de los financieros, por haber preferido ganar sus fajos de billetes sin más preocupaciones, rodando argumentos híbridos e insulsos y convirtiendo a nuestro cine en un burdo plagio de motivos extraños.

Nada concretamente nacional—y muy pocas son también aquí las excepciones—se ha llevado a la pantalla. Ese es un camino equivocado, pues sólo lo auténticamente español puede abrirnos las puertas del mundo. Tal proceder demuestra una ignorancia supina de nuestra acusada personalidad, o lo que es peor, una supeditación que da náuseas, al dueño de las pesetas. Porque, precisamente, las películas que más éxito obtuvieron son las que tocan temas recientes nuestros. Por otro lado, han despreciado de modo general y sistemático la cooperación de los buenos escritores,



procurando hacérselo ellos todo, para así sumar unos números más a su cuenta corriente. Ahí están por rodar casi todos los guiones premiados en los concursos del Sindicato Nacional del Espectáculo.

Únicamente en esta última etapa, cuando ya veían la que se les venía encima, han venido a buscar plumas acreditadas. Pero en el actual paro forzoso llevan su propio castigo.

### LOS ARTISTAS

Las actrices y los actores no nos dan pena, sino risa. Así, pues, dedicaremos pocas líneas a hablar de ellos, ya que, por otra parte, tanto conocidos como sus defectos, y hacemos de nuevo hincapié en los honrosos casos de nombres ilustres con gloriosa tradición profesional, que no se sujetan a la regla común. Los artistas de nuestro cine llegaron a considerarse infalibles y punto menos que sobrenaturales. Tocados de una vanidad sin límites, asediados por el callejero paparatismo ocasional y apudados sobre la propaganda a tanto la línea de unas hinchadas y gramaticalmente garrafales gacetas, se creyeron «astros» y «superastros», exigiendo a cada dos por tres aumento de honorarios y determinada tipografía para los «affiches» de sus películas. Y no mencionamos su afectación y su incongruencia en las relaciones con los demás mortales. Ahora todo el desecho sin viabilidad de salvación se deja caer sobre el teatro, que bastante lastre tiene ya, y forma compañías a la buena ventura, cuyo final catastrófico no es difícil prever.

### EL PUBLICO

Este es algo definitivo, y parece que, al menos en nuestra generación, van a resultar baldíos cuantos esfuerzos se hagan para educarlo. Llena los cines donde se proyectan las películas de Hollywood, aceptando como buenas un crecido porcentaje que sólo son mediocres y, haciendo caso omiso de la crítica, cuya buena labor de orientación cae generalmente en el vacío, deja de acudir sin razón manifiesta a las españolas. Yo he pasado por el bochorno de oír a un extranjero elogiar una película nacional—«El fantasma y doña Juanita»—y dolerse de que no fuese nadie a verla, prefiriendo, en cambio, los serpentes de otras nacionalidades—cuyas poderosas cinematografías debemos, sin duda, obras maestras—que se exhibían por aquella época. «No saben apreciar ustedes lo que tienen», terminó diciendo con su especial acento. La frase me llegó al corazón. Este ostensible desprecio por la producción nacional es repugnante, pero tampoco nuevo, ya que el español ha sido propicio a él en algún otro orden de cosas. Y, francamente, no se nos ocurre ahora cuál puede ser una solución atinada para curar esta hostilidad.

### CONCLUSION

Hemos hablado sin rodeos de cuáles son, a nuestro parecer, las causas del difícil momento de la producción nacional, y señalado también a los culpables, cuyos apetitos desenfrenados no han podido calmar ni corregir la protección oficial. Lo que se precisa con urgencia es un acto de contrición, un desprendimiento de turbios intereses para realizar películas por todos los conceptos españoles, que lleguen con su fuerza luminosa a los más apartados horizontes. Medios y ayuda no nos faltan. De lo que no estamos tan sobrados es de buena voluntad. Cuando la película nacional se imponga por sí misma, habremos conseguido superar las dificultades y salvar a nuestro cine. Hasta entonces, todos los esfuerzos y sacrificios deben parecerse pocos. Que la apoteosis que tras ellos puede aparecer sea el incentivo guía de nuestros pasos por la buena senda.

Pero M...a necesita un rey; L...x es un epicureo; Maetzu viene del brazo con Kant, y Unamuno todavía no sabe lo que se propone. (Sería imposible garrapatear ahora estos razonables conceptos, que responden al carácter de la época y de las personas que los inspiraron. Ahí están, ¿Deberían ser destruidos?)

Luis RUIZ CONTRERAS.

## Cartas de Cosmosia

HOY, en un mar de simétricas ondas con saltos de delfines, llegó a los puertos de Cosmosia un bajel extraño. Llevaba combas velas y todo él parecía un poco viejo, carcomido y polvoriento. Nunca supimos si tales condiciones procedían de la navegación larga o de las tormentas de estos años, tan batidos de artificios de pólvora en la tierra, en el mar y en el aire. Casi en el aire boyaban esos navíos de novela bizantina, como aquel de Persiles y Sigismunda, lleno de gentes desconocidas y atormentadas en imaginarios océanos con islas errantes. Y este bajel—lo comprendimos al fin—era un exvoto colgado en alguna bóveda gigantesca, en una eterna penumbra donde resonaría el náutico golpe de los vendavales: esos vientos que parecen venir de más allá del mundo. Siempre pensé, para el día en que el Papa y el Emperador vuelvan a reunirse cabalgando en alguna de las excelentes ciudades del orbe, una gran fiesta marina en el golfo donde de las torres de esa ciudad invernal en el agua azul su imagen temblorosa. Entre volutas blancas y retumbos de artillería, la grande y universal escuadra de los ex-votos marinos escoltará la navicella de la Iglesia con redes de hilo de oro, mallas de plata, una vela latina de roja púrpura, y en la cofa el estandarte blanco con la delgada cruz roja que también llevaba en su lanza enhiesta el caballero san Jorge. Pero hoy... Un hombre desciende ya por la escala, se mete vaclando en una barquichuela. Sube, vaclando más los resbaladizos peldaños del malecón del puerto. ¿Quién eres? —Me llamo Estebanillo, don Estebanillo González.

estuve a pique de ser, para que lo sepas, bacheliller en Roma. Me perdieron mis travesuras de «Judás, el Españolito». —Abrelo ya. —Sólo verás tres mercancías: jaboncillos de Bolonia, para las manos de las bellas, y luego palillos de Bolonia y los polvos de coral de Levante, para que luego los poetas como yo digan de sus dientes perlas. —Mucho comercias con el mundo entero, Estebanillo. —Yo soy mi Bolonia y mi Moscovia y mi



Levante. En todas partes hay harina de choclos, matas de espílogo, raíz de malvas y piedras pómez. —Y el fingir, ¿para qué? —Es costumbre de España. El que quisiera allí cargarse de ganancias ha de vender sus mercancías por buhonerías de Dinamarca, invenciones de la Bastilca y curiosidades del Curco, naturalizarse el dueño por grisón o esguizaro, porque desestiman los españoles lo mucho bueno que encierra su patria, sólo dan estima a raterías extranjeras. Otro jarro. ¡Eh, ventera, otro jarro he dicho!

No sé que lejana raza progenitora había dejado a los españoles esta admiración irrevocable por todo lo venido de fuera y este odio a lo que no oculta su procedencia española. «Made in Spain» es todavía, entre la gente hispánica, un seguro de quiebra. El pícaro Estebanillo nos enseña, por añadidura, que muchos defectos atribuidos a nuestro tiempo son patrimonio de todos los tiempos, hasta de los más gloriosos. Estamos en presencia de una mala y continua desviación del amor de disgusto. «¡Nuestra tierra es la más bonita! ¡Nuestro sol es el más brillante! ¡Nuestras gentes, las más nobles!» Así gritaban los zarzueleros del tiempo recién ido. El público se enardece patrióticamente y después, a la hora de comprar un lápiz, ellos y su público lo preferían checoslovaco.

Nosotros amamos a España con amor de disgusto. Pero José Antonio no separó nunca el amor de disgusto y la voluntad de perfección. Cuando se prefiere lo extranjero en todo: en los jabones y en las novelas, únicamente caben dos actitudes: o hacerlo nuestro por la conquista—como en los tiempos en que este picaro era joven—o comprarlo, dejando que nuestra economía quede siempre en estado de larva. O señores, o mendigos. No cabe, hasta ahora, otra disyuntiva. Y sería conveniente... En este momento, y como buen español, Estebanillo González, de bruceos, sobre la mesa, se ha dormido.

Viste a la polaca: una hopalanda a listas blancas y azules con rebordes de piel, unas altas botas, un corvo sable que tiene ese aspecto puramente ornamental de las espadas que no fueron desenvainadas en España. Completa el atavío un bonete casi turquesco, pero le faltan esas grandes bigotes que enlazan a todos los títulos bigodados de la antigua magnatía del Oriente de Europa: los boyardos, los margraves y los voivodas. Tiene él un rostro poco solemne, huido y avinado. Le brillan los ojos y no de fereza cabalgante, sino de tremenda picardía. Le cuelga de los hombros un cajón pintarrajeado. —¿Cuál es tu oficio? —Correo de Su Alteza el duque de Amalfi, cortésano poeta, embajador de Su Majestad Cesárea cerca del Rey de Polonia, montero mayor de Lituania, comensal muy amado del Cardenal Infante, protegido de la Casa de Austria. —¿Y ahora? ¿Con ese cajón...? —Ahora soy buhonero.

Decididamente está algo ebrio, como una soía de copas. Esa ejecutoria le ha movido las entretelas del cerebro, y se va cantando a media voz:

Mercadante de millares. Don Monstur de la Alegrea. Torbellino de provincias. Corsario de todas levás.

—Dime, Estebanillo. ¿De dónde vienes ahora?

Los caminos de un ebrio—«nei mezzo del camini di nostra vita»—acaban siempre en una mesa de madera gorda, con un jarro de lo tinto. Allí se le suelta la lengua, se le desamolina el gesto, se le enciende el ojo... —Vengo de Sevilla, única flor del Andalucía, prodigio del valor del Orbe, auxilio de todas las naciones y erario de un nuevo mundo. —¿Y qué vendes ahora? Abre tu cajón, piteo de oro. —Si quieres, lo abriré en latines, porque

## LA ESTAFETA LITERARIA

SE HA PUESTO A LA VENTA UN NUMERO EXTRAORDINARIO DE 68 PAGINAS

El número, impreso en offset, según su manera habitual, está avalorado por numerosos dibujos y fotografías, y a más de sus secciones fijas, publicará notables trabajos de colaboración y gran número de encuestas y entrevistas con la mayor parte de los literatos españoles.

Así, opinan sobre diversos temas Manuel Machado, Gerardo Diego, V. Aleixandre, J. Carlos de Luna, Alfonso de la Serna, Rafael Ferreres, J. García Nieto, J. Juan Garcés, S. Pérez Valiente, J. Luis Cano, Rafael Montesinos, C. Edmund de Ory, Ch. David Ley, Chicharro (hijo), Aunós, Escotado, Rodríguez de Rivas, J. M. Sánchez Silva, Víctor de la Serna, Marquerie, Concha Espina, José María Pemán, Francisco de Cossío, Emilio Carrere, Tomás Borrás, García Venero, Framis, Melchor Almagro San Martín, J. Calvo Sotelo, V. Ruiz Iriarte, E. Azcoaga, C. J. Cela, García Suárez, García Luengo, Tristán Yuste, Pio Baroja, Mariano Tomás, José Francés, Zuzunegui, Serrano Anguita, Torreblanca, M. Pérez Ferrero, Carmen de Icaza, A. J. Onieva, Del Río Sáinz, Carlos Llopis, Sánchez Almagro, Sánchez Silva, Azorín, Claudio de la Torre, Losada de la Torre, A. Villarta, Julio Casares, Araujo Costa, M. Fernández Almagro, Cristóbal de Castro, Josefina de la Maza, Pedro Bueno, Julio Moisés, Aristizábal, W. Fernández Flórez, Ruiz Contreras, F. Sassone, Mihura, Darío Fernández Flórez, Zubiaurre, Vela Jiménez, José M. de Vega, Gaspar Gómez de la Serna, Gómez Tello, Pedro Alvarez, Vicente Gasó, José M. Bugella, Luis Ponce de León, Vicente Escribá, Pombó Angulo, Victoriano Cremer, Angel M. Pascual, Serny, Ferreira, Antonio Román, Enrique Llovet, etc., etc.

DIRECCION Y ADMINISTRACION: MONTE ESQUINZA, 2 - APARTADO DE CORREOS, 446 - MADRID (CENTRAL)





# ORFEBRES, GRABADORES Y PLATEROS LEONESES

Como un personaje que hace mutis, por el escultor del siglo XVI, pasado el pasito, se iba el gótico de la decadencia. Y por el recién abierto del siglo XVII, con floridas varas humanísticas en sus menos desahucios y vientos de huida del eclesiástico monopolio medieval en los pliegues de sus vestiduras clásicas, pasito a pasito, se entraba el Renacimiento. Venía de la vieja raíz clásica de Italia, recién reverdecida hacia el sol español, que, con porte de conquistador, se empezaba a levantar en el mundo de España; venía, por senderos de estrellas, al paso de gaita del endecasílabo y con frescura de doncella joven, en su paso por el mundo de España, en su paso por el mundo de España, en su paso por el mundo de España...

Por MARIO G. VILLA-FANE

evolución su hijo, el formidable y polifacético artista Juan de Arfe. En la historia de nuestro Renacimiento la figura del tercero de los Arfe—hoy todavía sin estudiar en su detalle—viene a ocupar el puesto de las figuras gigantes que sobre la península italiana fueron verdaderas antorchas que alumbraron y dieron calor a la Historia del Arte con su genio. Como Miguel Ángel y como Leonardo, el leonés Juan de Arfe fue platero, orfebre, arquitecto, pintor, escultor, alquimista, anatómico, físico, grabador, escritor y poeta, pudiendo decirse de él, como de Pico de la Mirandola, que abarcaba todas las ciencias conocidas en su tiempo. Había nacido en León en 1535; aprendió con su padre todos los secretos del oficio, y, ya mozo, pasó su goliarda de estudiante de viaje por las calles de Salamanca, en cuya Universidad siguió los cursos de anatomía que



explicaba Cosme de Medina; y por Toledo y Madrid estudió las obras de Alonso de Berruguete, que fue discípulo de Miguel Ángel y de Felipe Vigarny, el Borgoñón, que puede considerarse como un eslabón entre las últimas formas del gótico y el Renacimiento. Y cuando Herrera, cortaba en esta carrera y el desenfrente plateresco, desnudando las masas de toda ornamentación y volviendo a la pureza de la línea y de los principios constructivos, Juan de Arfe, establecido en Valladolid, con la vieja enseñanza familiar sobre la puerta de su casa, fundó su primer lingote y comenzaba, a los veintinueve años de edad, al precio de 12 ducados por cada marco, una custodia para la catedral de Avila, que costaría la enorme suma de 1.907.403 maravedises, es decir, casi el do-

ble que la custodia de Toledo, de su abuelo, y mucho más que toda la obra de su padre. El gran paso artístico estaba dado, y las obras brotarían ya de sus manos como un flujo que se desbordaba siempre por encima del para su ejecución, con la vieja varita mágica del abuelo Enrique en sus manos, iría sucesivamente encendiendo en cada templo las amparras cortas de sus custodias. De 1566 a 1587, con paciencia y minuciosidad de benedictino, con toda su lenta sangre germánica renmenció los nervios aplomados de las latinas, fué levantando, con 500 kilogramos de metales preciosos hechos estatutos, bajorelieves y repujados, la custodia para la catedral de Sevilla, grandioso tabernáculo de 3,36 metros de altura, constituido por un templo circular de cuatro cuerpos superpuestos. En 1589 construyó una custodia para la catedral de Burgos con 275 libras de oro y plata, que los franceses fundieron en la Independencia. En el 90, ya con la ayuda de su sobrino Lesmes Fernández del Moral, a para Valladolid y otra para Osuna, de pequeño tamaño y gran valor artístico. En el 92 construyó la custodia de la iglesia de San Martín, de Madrid; en el 96, Felipe II le nombraba ensayador de la Casa de la Moneda de Segovia, y el 97 le encargaban el busto de un bronce repujado para el monasterio de Escorial. Fué, puede decirse, el último artista que se dedicó al arte de la custodia. El rey Felipe, y aunque su construcción estaba terminada desde hacía once años, parece que el tiempo había detenido sus relojes para levantarse con el siglo que desahució a los hombres que levantaron el que, según el camateo alegórico del italiano Jacobo de Trezzo que en él se conserva, fué llamado estudiante de todas las ciencias, y del que se ha dicho es la consagración gloriosa de una idea y el símbolo de una vida. San Lorenzo del Escorial. En el 97 moría Herrera y en el 98 se apagaba el último soplo de la vida del rey Felipe, muerto como había vivido Job; y en 1599 Felipe III adquirió, por la suma de 4.054 ducados, un jarro y una palangana esmaltadas de Juan de Arfe, que en 1602 todavía actuaba como pinto tasador de las joyas y objetos dejados por Felipe II. Después, nada; la figura del tercero de los Arfe se pierde en la niebla de la Historia y su cuerpo en el polvo anónimo de la tierra, habiendo resistido la fecha y lugar de su muerte a las más concienzudas investigaciones. Fué un hombre de su siglo, y el siglo que le llevó de sus obras literarias guardan ejemplares la Biblioteca Nacional y el Instituto de Jovellanos; en la biblioteca provincial de León se hallan sus libros «Quitador de la plata, oro y piedras preciosas», «de varia commensuración para la Escultura y Arquitectura» y «Descripción de la traza y ornato de la custodia de plata de la Santa Iglesia de Sevilla», y se le atribuye un retrato de Ercilla, hecho en plomo, que aparece en la primera edición de la «Araucana», y las ilustraciones del «Caballero determinado», que tradujo del francés Hernando de Acuña.

El signo del mundo, que era el signo de España, comenzaba a cambiar y se acababa para siempre la tradición artística y artesana de los Arfe leoneses, que inútilmente trató de continuar ese otro Juan de Arfe a secas, sevillano, del siglo XVII, presunto descendiente de aquel artista de Colonia que, con los ojos llenos de ensueños ojivales y las manos rebotantes de toda una imaginaria de santos varones de España siguiendo un viejo sendero de estrellas. Si en la balanza de las almas pesan algo los hechos de los hombres, las doce custodias de los Arfe, glorificando a Dios, debieron, llegado el momento, encontrarse en el mismo platillo. Al fin y al cabo, durante muchos años, sobre la puerta del viejo taller de Arfe, la balanza de plateros no fué más que un arco tendido en dirección al cielo. En este otro cielo terrestre, que la fama que se ha glorificado de los hombres, Andrés Gómez de Arce nos los dejó para siempre:

Arpheus ergo docet, seculo non visa priori arripitque cunctos, clarus in Hesperis.



# Ganaderos y toreros y toritos de laboratorio

LA tarde del 30 de abril de 1899 se corrió, en el ruedo de la plaza de toros madrileña seis astados pertenecientes a la prestigiosa ganadería de D. Carlos Conrath, de los señores de Hilarlos, gran ganadero de Madrid, que, como se puede apreciar en el cartel, eran los diestros «Minutos», «Bonarillos» y Félix Roberts, torero francés que confirmaba la alternativa, recibida en Valencia el 18 de noviembre de 1894 de manos de Fernando Gómez «Gallito».

Según nos cuenta la crónica del suceso, entre los seis toros de Conrath tomaron 40 puayazos, derribaron en 22 y dejaron para el arrastre, sobre el candente anillo, seis caballos.

Los críticos taurinos de la época, considerando ridículo el número de puayazos suministrados a los seis bichos, montaron en cólera, calificando el ganado como muy malo y censurando con gran dureza a la empresa, que, atenta únicamente a sus propios intereses, no tuvo en cuenta que la lidia de ganado en la primera plaza del mundo suponía una burla y un agravio a la afición.

Pero no es esto solo lo que estos señores opinaron de aquello, que, si hoy se repitiera en cualquiera de nuestros ruedos, no cabe la menor duda de que el más exigente y empingorotado taurifilo calificaría de autentica epopeya; y también, y esto es lo que nos llena de consternación, al igual que nos indigna un tanto, por el cariño que profesamos a nuestra incomparable fiesta nacional, el fin de la misma.

¿Qué otra cosa significan las vergonzosas mojigangas que presentamos en la actualidad, protagonizadas por las más resplandecientes figuras, en las que, debido a la exagerada condescendencia—no por necesidad del señor presidente, se llega al refelizao por choto?

Conste, además, que los que lanzaron tan grave fallo no eran ningunos profanos en la materia; eran nada menos que los consuecos, publicistas taurinos Peña y Gofí y Mariano de Cavia los que, penetrando con su ciencia taurina a través de la nebulosa espesa que ya se está sobre la majestuosa corona de la fiesta, amenazando anegar todo su ámbito, descubrieron, oculta tras de aquellos celajes, la época gris que padecemos.

mismo, es innegable que no hay más remedio que suenernos como cierta un reacción en ellos diametralmente opuesta a la observada en un sector bastante amplio de la crítica moderna.

Y ¿qué decir del público? A aquel público, o aquellos aficionados, acudirán a las taquillas de la empresa a vaciar sus bolsillos sabiendo por anticipado que lo encerrado en los chiqueros eran bocerros.

No quiero incurrir en el tópico, muy usado por los aficionados antiguos, de que cualquier tiempo pasado fué mejor; ahora bien: es innegable que los toros que se lidiaban antes daban una idea de lo que se ha perdido por los ruedos linceos orgullosos, como signo de su enorme poder, la bellota adherida a sus embriónicas defensas, y que, quieran o no los modernos ortodoxos taurinos, el toro es lo que le da categoría y color a la fiesta y al torero.

No es necesario tampoco remontarnos al siglo pasado para poner de manifiesto esta verdad inconcusa; podemos decir de una manera categórica que la lidia que la degeneración del toro en bocerro data desde la reciente aparición de «Manoletes» en el firmamento taurino.

Si bien es verdad que en lo que va de siglo el toro, como empresa susceptible de clasificación, y debido a un escrupuloso proceso de selección, se ha ido perfeccionando paulatinamente hasta conseguir un tipo de armónico perfil y trazos bellos y arrogantes, no es menos cierto que siempre se habían respetado los cinco años de edad y los trescientos kilos aproximados de peso, coexistiendo anexo con estos dos elementos, el toro hecho, cuajado y con suficiente poder para aguantar con gallardía los tres tercios de la lidia, y únicamente se ha roto esta tradición centenaria en la época actual.

Dirigo que se ha roto esta tradición basándose en el hecho consumado en las temporadas recientes; este hecho no es otro que la suelta a diario del utero en los festejos de mayor tramo y empaque.

¿Qué cualidades se le puede asignar a una faena realizada con un enemigo feroz total y absolutamente de las facultades básicas que lo definan como tal enemigo, aun admitiendo que aquélla fuera posible y que resumiera en sí toda la esencia pura del toro? Ninguna.

Y ¿qué facultades son las que debe poseer el toro de lidia y a qué edad se halla en la plenitud de sus facultades?

Las facultades necesarias e imprescindibles a los que referimos son: el máximo de fortaleza, elasticidad en sus músculos y huesos, ligereza y acometividad en sus movimientos, seriedad, trapío, valentía y sentido.

Por FRANCISCO CHAMORRO RODRIGUEZ

«tatuas, el teléfono y toda esa gama de suertes chaterones que llevan prendidas de sus repertorios. \* \* \*

Sabido es que la actividad de uno o varios genios en cualquiera de las ramas del saber humano señala una época áurea; esta época, definida por la obra creadora de sus promotores, es recogida por la Historia, aunque permanece inmovible, como un hito fulminante, a través de las generaciones venideras. La historia de la Tauromaquia se habrá enriquecida de estos hitos fulminantes, tanto en lo referente a ganaderías, a éstas vamos a concretar hoy nuestro comentario.

Ciertamente epulantes en el ambiente rural determinados criadores de reses bravas que se han negado rotundamente a seguir el camino que le señalaba con toda claridad su hito fulminante desde el vértice de la Historia.



toria; han considerado más honroso deambulador por la penumbra a campo través; lo corrobora el hecho insólito y muy poco digno de que, parapetados tras la barrera de su abuelo y severa tradición, no dudaron lo más mínimo supeditar el prestigio de su vacada al vil metal, hundiendo así en el antepasado el glorioso nombre que sus antepasados les legaron.

Pues si todavía no se han enterado, yo les invito, desinteresadamente desde luego, a que piensen y recapiten sobre esa cosa tan ínfima para ustedes, al parecer.

«Que esto constituyese placer y anhelo de los toreros y que en lenguaje vulgar se traduce en mayor venta de reses y, por consiguiente, en pesetas? No es necesario que lo jurem; está al alcance del más lerdo; pero tengan en cuenta, puesto que deben tener la afición, que han heredado un prestigio y una escuela que están obligados a conservar so pena de perderlos; que este empedernido pasará, afortunadamente para la fiesta; que todavía formamos legión los que vemos en el toro el elemento básico de ella y que cuando el clarín lance al espacio sus notas estridentes anunciando la apertura del tori para dar paso al auténtico toro, la rehabilitación de ese prestigio puede resultar imposible por la depauperación de la «esclera» que no han sido capaces de conservar y por la poca—o ninguna—consideración con la afición.»

«Cómo podrá esperar la señora fiesta un ataque tan sorprendente, dirigido contra ella por su más potente órgano constitutivo? ¿No son ustedes los primeros que deben erigirse en sus más firmes defensores, no sólo por lo que atañe a sus propios intereses, sino por ser los poseedores, y al mismo tiempo los proveedores, de la materia prima?»

No crean ustedes que exagero si califico su comportamiento como delito de crimen taurinológico. Podemos decir que son varias las faltas graves que contra el incomparable espectáculo taurino han consumado, por lo que están incurridos en la calificación de bocerros.

No dudamos de los esfuerzos y de las creaciones de los taurinos que, a pesar de la escasez y estrechez de los pleneos, como tampoco—haciendo un gran esfuerzo—de la sinceridad de sus manifestaciones al asegurar que una corrida de seis toros cuesta muchísimas pesetas y no menos desvelos ponencia en condiciones de lidia; pero, de verdad... ¿es tan fiero el león como lo pintan?»

No me negarán ustedes que no es lo mismo preparar una corrida de cinco años que una becerrada de tres; que los toros de cinco años de edad no dejarán de devengar gastos durante un período de cinco años, mientras que los toros de tres años y pico los que pierden necen en el cercado, por cuyo motivo los gastos serán la mitad. En cuanto a los que pudieramos considerar como extraordinarios la cebra, por ejemplo, es indiscutible que los originarios las dos reses aproximadamente en igual cuantía.

Luego no hay duda de que tras el escudoso defensivo que esgrimen con sus argumentos, no es lo mismo el toro de Calleja, que, a pesar de su habilidosa trama, no justifica la escandalosa suma que cobran actualmente por sus chotadas.

Y ahora, en confianza, señores ganaderos, ¿no les remueve un poquillo la conciencia cobrar dieciséis o dieciocho mil duros por seis becerras?

¿Quién duda de que son ustedes los dueños de esa emercancia y, por razón natural, que se encuentran en el perfecto derecho de venderla a como mejor les plazca? Nadie absten-

tamente. Pero da la rara casualidad que todos estamos convencidos de que la fiesta nacional es además, por antonomasia y atavismo, la fiesta popular, y, si ustedes no se empeñan en tergiversar los términos de la definición que de estas dos palabras nos da el diccionario de la lengua española y tenemos en cuenta el espíritu de las mismas, entendemos que la fiesta brava es nacional por tener su origen en España y popular por pertenecer al pueblo y estar al alcance de la más modesta fortuna su disfrute, y ustedes, juntamente con otros elementos de los que me abstengo de hablar hoy, la han convertido, en reses justificadas, en fiesta, reservada exclusivamente a los favorecidos o tocados por la diosa fortuna, haciéndole perder su carácter y su tipismo innatos.

Naturalmente que pecaríamos de inensatos si no pudiéramos de manifiesto nuestra gran alegría y satisfacción inmensa al apreciar el espectáculo que se extiende ante la vista placentera y de positivo valor que, resaltando con extraordinario brillo propio, traspasan el sudario fúnebre que envuelve al nuestro incomparable espectáculo, como prueba palpante de carifú en mismo y de subordinación al camino señalado por su hito fulminante.

Me refiero, querido lector, a la existencia de ciertas ganaderías que, desentendiéndose de toda forma nueva, mantienen íntegro su rancho ableno, a las que estamos obligados a rendirles el homenaje más ferviente y entusiasta, como aficionados agradecidos y como estimulo para que sigan con toda rectitud la senda marcada desde un principio.

Con esto hemos nombrado nada menos que a Pablo Romero, Miura y otros pocos más, que forman el acónclave de ganaderos electos; pero no se asuste usted, señor lector, que todavía no he terminado con el grito terrorífico anunciando la salida del primer toro; le doy mi palabra de que ellos se hallan muy ajenos a todo lo que usted está repasando en esta inmensa lista, ni siquiera han sido asustado; sólo quería decirles estos procesos y prestigiosos criadores de reses bravas que la verdadera afición, la auténtica, la que mantiene en su categoría la fiesta, no la arrivista, que éste no tiene que haber llegado a desaparecer sin dejar rastro, reconociendo el esfuerzo que sostienen para sustrarse a los males imponderables que acampan en el movido mundillo de la tauromaquia y aplauden con verdadero frenesí la presencia en los ruedos de sus toros; sólo ellos definen toda la sublime grandeza que encierra en su armazón nuestra fiesta nacional, y si además concurre la agradable circunstancia de encontrarse con un torero—no hay duda que los hay, y no precisamente en el grupo español—hasta el azul del cielo, atraído por la magnitud del suceso, se posa sobre el redondel para que los incandescentes rayos solares dibujen sobre su superficie la silueta de un toro taurino en holocausto a su grandeza y autenticidad.

Señor D. José Luis de Pablo Romero y señor D. Eduardo Miura, ustedes son los protagonistas de la fiesta, los mantenedores de la grandeza que posee; no les importe que sus toros sean el terror de las figuras andantes del toro moderno; esto demuestra la falta de solidez en estas figuras, al igual que la potencialidad de sus reses; al fin y al cabo, esto no es más que un eslabón que agrega a la cadena interminable de sus éxitos; cuentan, y de esto pueden estar completamente seguros, con el aliento y el apoyo moral y material de toda la afición, que no sólo ve en ustedes la continuación de la fiesta, sino también la regeneración de ella.

Y, ya que hemos hecho referencia al homenaje, lanzo la idea desde estas columnas para que cualquier aficionado al toro más autorizado que yo recoja la adhesión del mayor número posible de amantes de la grandeza que representa en nuestra fiesta nacional el factor toro y testimoniar a estos distinguidos señores de una manera efectiva y sencilla, por ejemplo, un álbum con las firmas de la afición, nuestro sincero reconocimiento.



# Los superlativos de la vida

## ¿CUALQUIER NIÑO COMO ES PRECISO CONOCER PARA SER NIÑO PRODIGIO?

A veces, basta con tañer el clavicordio

POSIBLEMENTE, es entre los músicos donde se encuentran los ejemplos más extraordinarios de precocidades infantiles.

Aparte de Mozart, que a los seis años manipulaba en su clavicordio con destreza suficiente para dejar satisfechos a las orejas exigentes, fueron Liszt, Beethoven y Saint-Saens quienes, antes de llegar a reunir cada uno una docena de años, actuaban en público con éxitos que despertaban la envidia de los músicos que presumían de experiencia.

Fior de todos los años son los niños concertistas, pianistas, violinistas, arpaístas y flautistas que irrumpen en los escenarios de todo el mundo, sin ningún otro mérito, muchas veces, que el haber adelantado sus estudios más de lo normal. Muchos de ellos se desvanecieron en el anonimato; otros llegaron a destacar en el estratón filarmónico. Recoger sus nombres sería imposible sin disponer previamente de cinco mil cuartillas en blanco y varios lápices de repuesto.

España ha aportado con generosidad sus niños músicos. ¿Quién no recuerda, por ejemplo, a Paquita Madruga? Pero ninguno alcanzó la magnífica perfección de María Rosa Kucharsky, que a pesar de su apellido polaco y no obstante la atracción que Tahiti ejerce sobre ella, es bien española. Y actual.

En la Historia nos encontramos con los hermanitos Raisin, que adquirieron el nombre prodigioso en el siglo XVIII, sus ternerías clarividentes musicales en la feria de Saint-Germain, famosa entonces por sus saltimbanquis, sacamuelas y mercado de fruterías y pelitricas.

El padre, Juan Bautista, exhibía a la admiración de los espectadores una espineta encantada, un clavicordio mágico, que emitía gavotas y cavatinas por sus propios medios, sin intervención de humanos dedos, y con la taya bien cerrada.

Jaime, de ocho años, y su hermana Babet, de cinco, regentaban un clavicordio con tanta gracia como pericia. En vista de todo ello, y como estaba previsto, los niños Raisin fueron llamados a la corte.

Como primer cuadro del espectáculo, los dos niños exhibieron sus talentos melódicos. Después, colocada la espineta sobre un tablado adecuado, el clavicordio comenzó a repartir sus notas por el aire, con una precisión y un ritmo tan bien combinados, que los dignatarios de la corte desistieron de sus tocacillas para esconder su admiración e ignorancia.

Fue la reina madre, Ana de Austria, quien aventuró la idea de que la espineta estaba embrujada. Todos los ojos de la corte se concentraron con severidad e interrogación sobre la cabeza de Juan Bautista, el cual, previendo posibles divergencias con la policía de la época, se apresuró a destapar el clavicordio, saltando desde su interior un nuevo y menudo Raisin, que operaba sobre las cuerdas de la espineta con la máxima perfección que su incómoda postura le permitía.

Pero el caso más extraordinario de prodigiosos niños no se encuentra entre los músicos. Es posiblemente el alemán Heineken, nacido en Lübeck en 1721, el mayor niño prodigio de la Historia. El mayor en cuanto a sus condiciones, pero el menor en cuanto a su edad.

A los diez meses, Heineken hablaba con una soltura que envidiaba cualquier localista de radio. Cuando solamente contaba un año de edad, conocía ya los principales acontecimientos del Pentateuco; a los trece meses, la historia de la creación y del diluvio; a los catorce meses, la historia del Nuevo. Pero a los dos años y medio conocía a la perfección los principales acontecimientos de la historia moderna y antigua, hablaba correctamente además del alemán—el latín, el español y el francés—y recibía de oído las genealogías de los soberanos de Europa. Murió a los cuatro años, cuando estaba aprendiendo a escribir.

Otro prodigio que confunde la imaginación es el pequeño Candiac, nacido en el castillo de Candiac en 1719 y muerto en París antes de cumplir sus siete años.

Candiac explicaba su lengua materna con tanta precisión como el gramático más experto de su tiempo; poseía nociones bastante completas de latín, griego y hebreo; había asimilado la aritmética, la geografía, la mitología, la heráldica y la historia universal.

Los sabios más prestigiosos de la época rodearon a Candiac con sus barbudas cabezas, intentando penetrar el misterio de su prodigiosa precocidad. Pero, después de unos primeros siete años tan prometedores, la cabeza de Candiac estalló como un fruto demasiado maduro: se lo llevó de este mundo una hidropesía cerebral.

El aprendizaje de lenguas es uno de los casos más frecuentes entre los niños prodigio. Juan Felipe Barater, como Jaime Chrichton, es uno de los casos más sorprendentes de anticipación mental. Era hijo de un pastor de iglesia, en Schwabach, en el margraviato de Anspach. Escribía correctamente a los tres años; antes que alcanzara los cuatro, su madre le había enseñado el alemán. Su padre el latín y su niñera el francés. Pronto aprendió el griego y el hebreo, y compuso, a la edad de nueve años, un «Diccionario hebreo de las palabras más difíciles».

Sería bastante largo traer aquí la lista de las obras que hizo siendo aún un niño. Todas ellas son a cual más abstrusas. Juan Felipe se hundió en los estudios de matemáticas, construyó un astrolabio, presentó una interminable Memoria sobre la forma de preclear las distancias a las Academias de Francia e Inglaterra. Tampoco se vio libre de él la Academia de Ciencias, de París, que recibió otros tres manuscritos sobre una brújula de su invención y diversas cuestiones de alta matemática astronómica. Juan Felipe deseaba saber todo, conocer todo: la arquitectura militar, la astronomía de los Paracenes, las inscripciones asirias, persas, chinas... Murió a los diecinueve años, el 5 de septiembre de 1740.

No solamente ha sido Pomar el único representante infantil en el grado superior de los escaqueos. Muchos niños le han precedido, pues esto del ajedrez parece que ejerce especial atracción sobre los chiquillos.

El niño polaco Rzeschewsky, cuando solamente contaba siete años, se enfrentaba en Varsovia con los mejores ajedrecistas de su país—y allí siempre los ha habido muy buenos—, consiguiendo victorias impresionantes.

Pero entre niños ajedrecistas, ¿cómo no recordar a aquel Mustain Billan, hijo del califa de Bagdad, que a una distancia de diez siglos es recordado con emoción por los buenos aficionados? Mustain Billan, muy pequeño dentro de su almadia, cogía las fichas del ajedrez imperial y las regentaba con tanta sutileza de manos, que después de sus manipulaciones dejaba rendidos a los más barbudos ulemas y alfaques ajedrecistas del califato. Las historias aseguran que cuando Mustain Billan gobernaba de tal forma las piezas aburrescas de los escaqueos, estaba aún, prácticamente, en el período de la lactancia.

El caso de María Cayetana Agnesi, que nació en Milán en 1718 y murió en 1799, es una demostración, junto a las hermanas Pascal, que la precocidad en la alta cultura no es patrimonio de los rapaces.

Muy pequeña aún, María Cayetana conocía el latín, el griego, el hebreo, el español, el alemán y el francés. Ya hemos visto que esto de coleccionar idiomas en edades tempranas es muy frecuente. Jaime Chrichton hablaba doce lenguas a los once años; William Hamilton poseía otros doce a los

trece años; el pequeño Angélico conocía las lenguas antiguas cuando sólo tenía diez años. María Cayetana se hundió en los estudios de Filosofía, y a la edad de diecinueve años pudo sostener ciento noventa y una tesis diferentes. En una época en que la enseñanza

estaba exclusivamente reservada al sexo masculino, María Cayetana recibió autorización para reemplazar a su padre, enfermo, en la cátedra de Matemáticas que éste ocupaba en la Universidad de Bolonia.

El renombre de la milanesita se extendió sobre toda Europa. Pero, dándose cuenta sin duda que los grandes problemas que nos podrían dar la clave de la naturaleza de las cosas se resisten siempre a ser aprehendidos, María Cayetana se apartó elegantemente del mundo que le agasajaba, y dedicó sus inquietudes a cuidar a los enfermos y los pobres.

La mayoría de estos genios anticipados tuvieron la suerte de disponer de unos padres que velaron su educación. Pero, ¿cómo es posible no admirar a los pequeños que nacieron en los lugares más humildes?

El padre de Franklin no era más que un modesto fabricante de velas. Colocado el niño en el taller de un cordelero, y posteriormente en una imprenta, Franklin adquirió una fuerte instrucción siendo él mismo su propio maestro. El esfuerzo de su voluntad infantil fué pronto coronado por el éxito de su primera publicación: «Almanaque del infeliz Ricardo», donde vierte tanto ingenio como sabiduría. Posteriormente dedicó sus aptitudes al estudio de la electricidad, y todo el mundo conoce la historia de la invención del pararrayos.

En nuestra época, los niños prodigio encuentran un camino bastante sencillo si lo comparamos con las doce lenguas diferentes que como promedio parece que debían estudiar las antiguas mentes precoces. El camino de hoy es el cinematográfico. Los niños célebres, talentos improvisados, se cuentan por muchas docenas. Niños y niñas, Jackie Coogan, Baby Peggy, nuestro Pitussin, Shirley Temple, Diana Durbin, Mickey Rooney, Jackie Cooper, Freddie Bartholomew y tantos y tantos otros que es innecesario recapitular, pues todo el mundo los ha visto en la pantalla. Recurso que no existía en tiempo de María Cayetana Agnesi y que, sin embargo, ésta no necesitó para ser nombrada con unión en todos los hogares ilustrados de Europa.

## JAIME CHRICHTON

### Un escocés de mente bien surtida

El caso del escocés Jaime Chrichton es vertiginoso: 1580 a 1583. Hasta los quince años se ocupó en aprovisionar metódicamente su propio cerebro; cerebro que poseía unas condiciones de receptividad dignas de estupor.

A los quince años, como arranque de ensayo, invitó a los varones más doctos de la época a disputar con él sobre cualquier tema, y en doce idiomas. Esto fué en el colegio de Navarra.

En el día escogido para la controversia, Jaime Chrichton, el escocés, no apareció a la

radio, lleno de agujeros abiertos a punta de espada, y amenizados sus quejidos con una letanía de juramentos.

Desde la mañana a la noche, aquel genio monstruoso—según le denominaba Scaliger—respondió, con una precisión que despertaría

con renovado éxito sus experiencias dialécticas con los sabios.

El duque de Mantua ofreció 1.500 pistolas a quien castigara a un peligroso matachín que distribuía sus estocadas con tanta celeridad que sus víctimas se contaban por docenas. Chrichton consiguió inutilizar al encolerizable personal, y distribuyó el premio de las 1.500 pistolas entre las tres viudas de otros tantos desdichados que habían sido inmolados a la irracionalidad del pendenciero. La historia no relata el destino que las tres viudas dieron a aquella prepotencia bélica.

El duque nombró a Chrichton preceptor de su hijo Vincent de Gonzalve, adolescente perezo y tonto, que en su alma, digna de un demonio, dilbergue al rencor que le propicia la superioridad de su Admirable.

Cuando Chrichton paseaba al sol por el parque, se vio atacado por doce enmascarados. Uno a uno, fueron quedando fuera de combate, y algunos llegaron a separar en aquel trance su alma del cuerpo, todos horadados por la espada de Chrichton. El último de los doce, batido y con su espada en el suelo, se desvistió el antifaz y suplicó con las manos juntas a Chrichton: Era Vincent.

Chrichton, en ademán de perdón, le tendió su propia espada por la punta. Viéndole sin defensa, el abominable príncipe se apoderó de la hoja y con ella atravesó a Chrichton de parte a parte.

Así pereció, a los veintitrés años de edad, uno de los genios más maravillosos y completos que ha creado la Humanidad.



hora prevista. Comenzaron a cuchichear los sabios con descomianza, gruñendo contra aquel pírvido audaz que les había sometido a un quebrantamiento de huesos al movilizarse desde muchas leguas de distancia.

Sin embargo, la causa del retraso de Chrichton era bastante justificada: un arruinado buscarruidos le había cortado el paso en su camino hacia el lugar de la contienda dialéctica, vertiéndole a la cara un reto diferente en su esencia al que el propio Chrichton lanzara a los sabios.

—¿Tú que sabes tantas cosas, ¿qué tal maneja la espada?—  
Pocos minutos fueron suficientes a Chrichton para quitarse de encima a aquel farfuceo espadachín, y allí lo dejó bastante deterioro

la envidia del más orgulloso Espasa, a todas las cuestiones que se le plantaron sobre Filosofía, Ciencias Naturales, Matemáticas, Historia, Teología, Literatura... Y en el idioma escocido por cada preguntante.

Desde entonces no se le llamaba más que el Admirable.

Pero muy bien pudo llamarse también 'el Infatigable', pues aquella misma noche la pasaba coqueteando furiosamente con sus quince años, junto a las muchachitas danzantes. Y al día siguiente levaba quince partidas de abagues en el Louvre, ganándose con la punta de una lanza, mientras su caballo galopaba con sus más escogidos bríos, un anillo colocado en un poste.

## ¿FREDDIE...? ¿DAVID...?

### La importancia de nacer con puntualidad

Con aquel muchachín de grandes ojos azules, pasaba una cosa extraña. Hasta los nueve años, se había habituado a oírse llamar Freddie. Eso es: Freddie. Freddie cuando a los cuatro años recibía con gravedad los versos más complicados de Shakespeare, allí en su tierra natal, la vieja Inglaterra, el público a su alrededor—un público de tíos, invitados y amigos de la casa—aplaudía alborozado:

«Well done, Freddie! You'll do, Freddie!»  
Y para cobrarse de sus gestulaciones estimulantes, pedían—hipócritas que el niño siguiera recitando «Telos». Pero nadie sospechaba que aquel niño pudiese llamarse otra cosa que Freddie. Freddie Bartholomew.

Sin embargo, a los diez años, Freddie había progresado tanto, que gracias a su laboriosidad consiguió llamarse David Copperfield.

Cuando el antiguo Freddie paseaba sus ojos azules por las calles de Hollywood, todas las gentes desconocidas con que tropezaba a su paso se creían con derecho a abalanzarse sobre el desdichado niño, comprimiéndole en abrazos apasionados, y algunos hasta intentando besarle, a pesar de los esguinces de la víctima. Ya no lo llamaban Freddie.

«Little David! You darling!...»  
Y todas las damas viandantes se desbordaban de ternura, conduciendo al muchachín de los grandes ojos azules a la heladería más próxima para invitarle a un helado con canela.

«Poor little boy! Poor, poor little David!» ¡Debes padecer tanta hambre!...  
En realidad, Freddie Bartholomew realizó a sus diez años de edad una versión tan comovedora y perfecta de «David Copperfield», que incluso sus más íntimos allegados no po-



dían evitar que se les humedecieran los ojos cuando veían a Freddie tomando su manuscrito con canela.

Es cierto que Freddie poseía—en parte, inevitablemente, debido a la sobrealimentación a que le tenían sometido los transeúntes—una tesura de persona excelentemente vitaminizada. También es cierto que en sus vestidos se adivinaban las huellas de las tijeras de los sastres londinenses más acreditados. No es menos verdad que Freddie poseía también una tía cuya única misión desde que Freddie cumplió sus tres años, era que al

¿SERA PRECISO ADMITIR QUE UN HOMBRE PUEDE LLEGAR A EN POTENCIA EN LA MENTE DE UNA COINCIDENCIA DE CIERTAS CIRCUNSTANCIAS PARA PRECIPITAR LA MANIFESTACIÓN DEL TALENTO? SERIA COMO LOS GRANOS DE TRIGO QUE LA DE LOS FAQUIRES TRANSFORMAN EN TALLOS Y ESPIGAS. ENTONCES, ¿SERA PRECISO UN AUXILIO A LA METEMPSICOSIS Y AJEDRECISTA, UN POLIGLOTO Y ACUERDA DE LO QUE APRENDIO ANTERIOR?

GRAVES PROBLEMAS CUYA DIFICULTAD MANOS DE LOS PSICOLOGOS. AHORA BIEN, AL INTENTAR HACER UNAS BIOGRAFIAS DE NIÑOS PRESENTADO UN ENIGMA MAS ANGUSTIOSO ESTO YA ACEPTADO POR LOS SABIOS. CHOSOS EL HECHO DE QUE LA SEGUNDA INFANCIA, ¿CABE INTENTADO DE NIÑOS PRODIGIO A BESENTECTO ALBOROTADA?

¿SERA ADECUADO CONSIDERARLO, QUE A LOS TRESCIENTOS HABER REMATADO LA PISMO-SA PROEZA NAUTICA A LA QUE DEBIO SU POPULARIDAD, SE EMBRIAGO GENSURABLEMENTE Y SE ESTUVO PASEANDO DESNUDO?

POR PRUDENCIA, HE SEPARADO DE ESTAS DOS PAGINAS LAS BIOGRAFIAS DE LOS ETERNOS CHIQUILLOS INQUIETOS.

JAIME TORNER.

# Joven, el Chiquitito

ADMITIR QUE TODO LO QUE EL  
 LLEGAR A SER SE ENCUENTRA  
 ENTE DE UN NIÑO, Y QUE BASTA  
 CIERTAS CIRCUNSTANCIAS EX-  
 PRECIPITAR LA EXPLOSION AN-  
 TO? SERIA ALGO SEMEJANTE A  
 GO QUE LAS MANIPULACIONES  
 NSFORMAN EN EL AIRE, EN BRE-  
 LOS Y ESPIGAS.  
 PRECISO LLAMAR EN NUESTRO  
 PSICOSIS Y CONCEBIR QUE UN  
 DILGOTO DE CINCO AÑOS, SE  
 APRENDIO EN UNA EXISTENCIA

AS CUYA DISCUSION QUEDA EN  
 LOGOS.  
 NTENTAR HOY RECOLECTAR VA-  
 NIÑOS PRODIGIO, SE HA PRE-  
 MAS ANGUSTIOSO: PUESTO QUE  
 POR LOS SABIOS MENOS SOSPE-  
 E QUE LA ANCIANIDAD ES UNA  
 CABE INCLUIR EN ESTE SUR-  
 DIGIO A BERNARD SHAW, EN SU  
 ADAI

CONSIDERAR NIÑO PRODIGIO A  
 CINCUENTA AÑOS DE

LA PISMO-  
 A LI QUE  
 RIDAD, SE  
 ABLEMIEN-  
 PASEANDO

HE SEPA-  
 S PAGINAS  
 LOS ETER-  
 QUIETOS.  
 TORNER.



## MOZART EL GENIO CON MANTILLAS

La precocidad de un Mozart quizás fuera preciso explicarla elaborando alrededor de él una compleja teoría sobre el atavismo. Pues en otro caso, ¿qué otra cosa se puede pensar de un niño que ni puesto de puntillas alcanzaba con la vista el contenido de una mesa antes de un banquete, y que operaba sobre las teclas del piano con tanta destreza que hacía llevarse las manos a la cabeza a los observadores?

La cronología de niño prodigio de Juan Wolfgang Mozart es rápida, como corresponde a estas precocidades—es un hecho aceptado que ningún niño prodigio ha logrado pasar de los dieciocho años; a partir de entonces son realidades o están perdidos en el anonimato—, pero en su brevedad, es de las más sustanciosas.

Cuando no había reunido más que tres años escasos de edad, Mozart reveló de pronto sus pasmosas condiciones musicales. Fué en 1769, y su padre se quedó tan maravillado de ver aquel minúsculo hombrecillo tocando gravemente el piano, que tuvo un sobresalto de intuición de lo que aquel niño lactante llegaría a ser con el tiempo. Un año después—es decir, a los cuatro años—, Mozart compuso su primer minué.

El emperador Francisco I quiso conocer aquel niño prodigioso, y le reservó como compañero de juegos a su hija María Antonieta, que más tarde llegaría a ser la esposa de Luis XVI.

A los siete años, Mozart hizo su aparición en Viena, y dejó satisfacción a la corte por la forma en que manejó el órgano de la capilla real.

Mozart, con su única hermana Mariana y su padre, había estado ya en Viena. Y después viajó, con su clavicordio, a velocidades inimaginables para aquellos tiempos: Múnich, Augsburgo, Mannheim, Maguncia, Colonia, Coblenza, Aquisgrán, Bruselas y París. Todo ello en escaso tiempo.

Jorge III, melómano acreditado de su tiempo, llamó a Mozart a Inglaterra cuando el niño contaba escasamente ocho años. Le co-

impusieron en París, Mozart regresó a Viena, lugar en que el emperador le encargó una ópera, trabajo en que los doce años de Mozart lograron un éxito insospechado con su «Finta Semplice». A esta misma época pertenece la «Misa solemne», que el propio autor dirigió.

Sus pasmosas condiciones son recompensadas en 1789, al ser nombrado director de conciertos de la capilla episcopal. Más tarde emprende, siempre acompañado de su padre, un viaje triunfal por Italia, en donde el Papa Clemente XIV le concede la cruz de la orden de «La escuela de oro».

Después, cuando ya el niño va haciéndose hombre y con ello espléndida realidad, Mozart estrena en Milán la ópera «Mitridates», compone la capta dramática «Il sogno di Scipione», con motivo de la muerte del arzobispo de Salzburgo, y estrena, también en Milán, la ópera «Lucio Silla», y más tarde, en Múnich, «La finta giardiniera».

Bordeando ya los diecinueve años, y al no poder conseguir en su ciudad natal una plaza remunerada, se trasladó a Munich para ofrecer sus servicios al Elector. Allí trató a Ignaz Beeké, compositor y pianista, intendente del príncipe Ottingen-Wallenstein.

Como una planta que agota su savia en un desesperado y brusco agotamiento, este genio que deja aborta la imaginación de mayor capacidad de pasmoso, murió joven, a los treinta y seis años, después de haber dejado compuestos, en los cuatro últimos meses de su intensa vida, minada por la enfermedad, estas tres obras maestras: «La flauta encantada», «La clemencia de Tito» y su inmortal «Requiem».



## Los tres vastaguitos de monsieur Pascal GILBERTE, JACQUELINE Y BLAISE

SER presidente de la Cámara de Subsidios de Clermont no debía ser muy emotivo para Etienne Pascal, hombre inquieto. Sin embargo, su cónyuge de Ingres no fueron precisamente las Ciencias Físicas, las Matemáticas y la Historia, como cualquier espíritu frío pudiera sospechar fundándose en la extraordinaria competencia de monsieur Pascal en aquellas disciplinas.

El violin de Ingres de monsieur Pascal lo constituían sus tres hijos. Detalle muy comprensible cuando conocemos, no sólo que madame Pascal no podía ya—había abandonado el mundo—dedicar sus ternuras a los tres vastaguitos, sino, sobre todo, que éstos se llamaban Gilberte, Jacoba y Blais.

Gilberte Pascal, a la edad en que sus amiguitas dedicaban sus ocios a vestir y desves-

tir a sus muñecas de trapo, manejaba las cifras de la Historia y las letras del Algebra con tanta habilidad, que en breve tiempo destruyó la experiencia de su padre.

Por el contrario, Jacqueline, la menor, encontró su vocación en la Poesía. Operaba sobre las rimas con parecida astucia a la que su hermana empleaba para cambiar los números. A los seis años Jacqueline dió fin a una comedia en cinco actos, ante la cual los clermontinos más provecos gesticulaban invadidos de emoción.

Ana de Austria—no nuestra reina, claro; la hija de Felipe III—quiso un buen día conocer a la niña prodigiosa que componía poesías con la misma facilidad que las niñas de su edad construían cocinitas con guijarros. Y Jacoba, agradecida a la atención de la rei-

na de Francia—quizás la única atención real que no metía sus narices el cardenal Mazarino—, dedicó a la esposa de Luis XIII un soneto patriótico.

Mademoiselle de Montpensier, que llegaría a ser la «Grande Mademoiselle» y que tantos jaquimazos experimentó por desear unirse a un seguimón de la Gascuña, no podía creer que no se estimularan más los arrebatos poéticos de Jacqueline. Y, de acuerdo con su forma de pensar, solicitó de la niña unos versos dedicados a él. La niña, sin rencor, improvisó lo siguiente:

«Muse, notre grande princesse  
 nous commande aujourd'hui d'exercer ton  
 adresse  
 à louer sa beauté. Mais il faut avouer,  
 qu'on ne saurait la satisfaire  
 et que le seul moyen qu'on a de la louer  
 c'est de dire en un mot qu'on ne saurait le  
 [faire.]»



Esta niña rusa, la más encantadora y la más importante de las niñas del mundo, quería llegar a ser una gran pintora, una gran escritora, una gran amorosa, una gran señora, una gran cantatriz. Y no llegó a alcanzar ninguna de tantas cosas, aunque a todas se aproximó; sus cuadros, que por un tiempo fueron aceptados en el Louvre, fueron más tarde descolgados; el gordo cuadro de su diario íntimo solamente inspira una indignada ternura. Preocupada por los bellos vestidos, los hermosos carruajes, las noches de la Ópera, los garzones enamorados, su adhesión cariñosa hacia los hombres de Estado y los títulos, María corrió a través de Francia, de Rusia, de Italia, de Hunía, llena de tedio, de Niza, para el mismo día de llegar a Roma acordarse con añoranza de la misma Niza, que acaba de dejar. Volvía a Niza y le faltaba tiempo para desear llegar a París. Y en los entreactos de sus viajes escribía, escribía sin reposo:

«No podré hacer comprender a nadie lo desgraciada que soy, y es que he de estar muerta de pesares, de odio, de rabia y de desprecio. Tengo todavía que decir otra porción de cosas, pero estoy cansada. Me contento con escribir con letras grandes: «Soy desgraciada». Y con letras más grandes todavía: «Dios mío: Socorredme, tened piedad de mí.»

Pero una vez que se vistió con su traje de muselina blanca, falda unida al cuerpo y con una gran banda en la parte inferior; corpiño con botones y con cinturas que se siente admirada por miles de ojos varoniles. A la salida del teatro, entre una doble fila de espectadores, María abandona la Ópera con aire majestuoso, y confiesa más tarde en su diario:

«Puesto que me he colocado un manto de armiño, imagino que soy una reina.»

Y sus doce años poseen a veces intuiciones sorprendentes:

«En el fondo yo no soy mala; lo que es que soy un poco loca.»

Y todos la admiramos por ello con sincera simpatía.

Después de esta bien medida precocidad, Jacoba obtuvo un éxito mucho más positivo. Con sus escasos años, salió a su padre de la prisión. Etienne Pascal tuvo la mala fortuna, cierto día, de oscilar la cabeza en un gesto de reprobación hacia la política financiera que el cardenal Richelieu desarrollaba. El cardenal, poco dispuesto a permitir que nadie oscilara la cabeza con ritmos dudosos, envió una orden de prisión contra monsieur Pascal. Y he aquí que la mimiscula Jacqueline tuvo la inspiración de ofrecer una representación teatral al cardenal, a la que precedió una extensa súplica de gracia en buena rima francesa. Y monsieur Pascal, que no ingresó por un pelo en las estibancas del cardenal Richelieu, consensó desde entonces con mucho cuidado la posición vertical de su cabeza.

Muy dignas de admiración, en efecto, las habilidades algo rítmicas de Gilberte y las cadencias poéticas de su hermana menor, Jacoba. Pero todas quedan en un tímido segundo plano al intentar parangonarlas con las clarisidencias tempranas de Blas. Es decir, de Blaise Pascal.

El diminuto retoño de monsieur Pascal deseaba conocer la razón de todas las cosas. Esto es muy propio de todos los chiquillos del mundo, que colocan a las personas mayores en grandes trances al plantearle cuestiones desbordantes de lógica, pero que en un noveno y cinco por ciento de veces las personas mayores son incapaces de resolver.

Pero Blas Pascal, en seguida que comprobó que sus preguntas a los adultos eran siempre solventadas con evasivas, oraciones oscuras e incluso, la mayoría de las veces, con miradas de reprobación y disgusto, se dedicó a pensar por su cuenta y riesgo. Y se hundió en concentradas meditaciones.

Algún día, durante el almuerzo, tropezó con el cuchillo en un plato vacío. El plato, herido en sus físicos sentimientos, inició una vibración de protesta, que no suspendió hasta que Blas colocó su dedo sobre el plato. Con esta excelente idea, Blas se dedicó a cogitar con renovadas energías, alternando sus abstracciones con cientos de experiencias sobre platos, cuchillos y somidos. El resultado de tanta cerebración fué un tratado de Acústica que el pequeño Blas ofreció a la curiosidad admirativa de los sabios de su época.

Para no distraerle de los estudios de las lenguas—precaución un tanto imprudente, pues Blas no poeta, evidentemente, vocación para la Diplomacia—, Etienne Pascal escondió a su hijo todos los libros de Matemáticas. Resultado: Blas descubrió la Geometría en sus horas de recreo. A los dieciséis años, un tratado de Secciones cónicas; a los dieciocho inventa la primera máquina de calcular. Y a partir de entonces... Blas Pascal deja de ser niño prodigio, para convertirse en una magnífica realidad.

Deja la vida a los treinta y nueve años, agotado por el trabajo devorado por los quecas, pero habiendo hecho a la Humanidad una importante transferencia: sus «Pensamientos», donde dejó aplaudido conocimiento y hallazgo del hombre aquella misma sagacidad que empleó en sus trabajos científicos.



## MASHA BASHKIRSEFF Era, más que una niña, una guerra civil

ESTA niña, de doce años, encantadoramente insoportable, más que un ser humano es una guerra civil. A través de las páginas de su inflamado diario se suceden las contradicciones más asombrosas, las alegrías más desbordadas, hasta el extremo de no encontrar palabras para expresarlas, y las desesperaciones más inconcebibles.

Pero lo que flota por encima de aquellos pergaminos blancos, rasgados con precisas letras negras, animadas y flexibles, como el símbolo gráfico del apasionamiento, es un orgullo desorbitado, que hace pensar si aquel diario íntimo que nos quedó de ella—los diarios íntimos se escriben para los demás—es justamente sincero. Es ahora ella la que habla:

«Tirar al blanco no me impide ser dulce, amable, graciosa, esbelta, vaporosa (si puede emplearse la palabra) y encantadora.»

«En el tiro soy hombre; y en el agua, pez; a caballo, «jockey»; en el carruaje, juveñita; en las reuniones, mujer encantadora; en el baile, danzarina; en el concierto, ruseñora.»

Todo esto lo decía María Bashkirseff a los doce años escasos. Pero a los pocos días da nuevos toques a su autorretrato:

«Me creo por encima de todo, y la idea de que se me ponga al lado de otra, de que no se me considere diferente de las demás, me encoriza. Yo quisiera que se olviden, que se pisoteen, que se anonadé todo lo que me ha precedido; que no hubiese nada antes de mí, y después, sólo el recuerdo de mí.»

No es extraño que oyéndola hablar de esta forma, algunos hombres, a los que ella decidió que debía amar desde su altura, huyeran de ella como de los mengues, y a más velocidad cuando supieron que aquella niña, peinada como una diosa del Olimpo, consideraba a los hombres como monos degenerados, indignos de compararse a una muchacha como ella. Pero que podían recibir, a pesar de todo, el amor desgarrado y rabioso de aquel corazón, abierto a todas las ternuras.

María Bashkirseff, embutida en su traje de tafetán gris, cuello de pichón y fichú blanco—María Antonieta completa—, se encuentra feliz y dichosa en sus doce años, contemplando desde su luneta a la vil multitud desde lo alto de su grandeza. Y estalla de satisfacción en un idioma que no es el que a ella le corresponde, que no es el ruso:

«¡Ah! Son felicit! Ah! Son rapital! Dio Virginia Santissima!»

Como preparación para decir a los pocos días:

«Mi tormento es el más grave y detestable de todos. Si se pierde un ser querido se le lleva durante un año, durante dos años, y se queda uno triste para el resto de la vida.

El mayor dolor se atendía con el tiempo. Pero ¡un tormento incesante, eterno, como el míol.»

En realidad, aunque ella trata muchas veces de explicarlo, nadie ha logrado descubrir cuál era aquel tormento que arranca ayes de dolor.

imaginación de doce años en un amor desesperado hacia el duque de B... Posteriormente, al Sorprendente y al duque de B... seguían el barón de A... el duque de H... G... (de Niza), W... (de Roma), J... (de París), en una danza apasionada de letras alfabéticas, que llenaron sus vigillas de «jeune fille folle de dessein».

Sin embargo, a pesar de que ella misma confesase que era encantadora, lo era realmente. Y lo seguía siendo cuando decía, con profunda convicción:

«Dios mío, ¡qué penosa es la vida cuando no se tienen, por lo menos, 300.000 francos de renta!»

Que en su época debía de ser una renta bastante adulta.

Esta niña rusa, la más encantadora y la más importante de las niñas del mundo, quería llegar a ser una gran pintora, una gran escritora, una gran amorosa, una gran señora, una gran cantatriz. Y no llegó a alcanzar ninguna de tantas cosas, aunque a todas se aproximó; sus cuadros, que por un tiempo fueron aceptados en el Louvre, fueron más tarde descolgados; el gordo cuadro de su diario íntimo solamente inspira una indignada ternura. Preocupada por los bellos vestidos, los hermosos carruajes, las noches de la Ópera, los garzones enamorados, su adhesión cariñosa hacia los hombres de Estado y los títulos, María corrió a través de Francia, de Rusia, de Italia, de Hunía, llena de tedio, de Niza, para el mismo día de llegar a Roma acordarse con añoranza de la misma Niza, que acaba de dejar. Volvía a Niza y le faltaba tiempo para desear llegar a París. Y en los entreactos de sus viajes escribía, escribía sin reposo:

«No podré hacer comprender a nadie lo desgraciada que soy, y es que he de estar muerta de pesares, de odio, de rabia y de desprecio. Tengo todavía que decir otra porción de cosas, pero estoy cansada. Me contento con escribir con letras grandes: «Soy desgraciada». Y con letras más grandes todavía: «Dios mío: Socorredme, tened piedad de mí.»

Pero una vez que se vistió con su traje de muselina blanca, falda unida al cuerpo y con una gran banda en la parte inferior; corpiño con botones y con cinturas que se siente admirada por miles de ojos varoniles. A la salida del teatro, entre una doble fila de espectadores, María abandona la Ópera con aire majestuoso, y confiesa más tarde en su diario:

«Puesto que me he colocado un manto de armiño, imagino que soy una reina.»

Y sus doce años poseen a veces intuiciones sorprendentes:

«En el fondo yo no soy mala; lo que es que soy un poco loca.»

Y todos la admiramos por ello con sincera simpatía.

desesperados a su corazón. Existe, sin embargo, la sospecha de que María se pasaba el día estremecida bajo punzantes tormentos, que diariamente se tenía que inventar ella misma.

Encerrada en su cuarto, envuelta en un largo peinador blanco; los pies, descalzos, y los cabellos, que le sobrepasaban la cintura, como una virgen mártir, María se entrega a sus amargas reflexiones, escribiendo sus lamentos en el cuaderno de pergamino blanco, hablando del «Sorprendente, soltando su

# RECENSIÓN DE LA OBRA DE DON MAGÍN MORERA Y GALICIA



ERA el año 1892, en los finales de octubre, y había terminado el segundo año de la temporada no fue pródigo en incidencias dignas de ser archivadas en los recovecos de la memoria, por lo que ésta se olvidó de todo y buscó, ansiosa de nuevas impresiones, campo mejor entre los escenarios a cuenta de autores y cómicos.

El mayor interés hallábase cifrado en el teatro Apolo, con su característica sección del género chico en cuarto lugar del programa. La "cuarta de Apolo" era la sección de más extraño ambiente y de más abundantes complejidades de cuantas vivían sobre el tablado de los escenarios madrileños. Sus actores ofrecían a diario las obras de mayor éxito, firmadas por las plumas en pleno trunfo; ante sus candelillas aparecían, regalándose con los primeros de su gurganta, el donaire de su figura o el encanto de su persona, las mejores tipos, creadoras de inolvidables figuras en unión de los más celebrados actores. ¡Cuántos y cuán bellos recuerdos me sugiere esta época, dicha, y por dicha inolvidable, de mi vida estudiantil en el Madrid encantador y envidioso! ¡Café de Levante, Cervetería Vascongada..., Pombó..., Bombilla de mis pecados, de los pecados de toda la grey estudiantil...

"¡Hace ya tanto tiempo! Era yo mozo; rubio y sedoso bazo; mi sonrosado labio sonreía; empuñando cuando todo mi camino, galopando sin tino..."

Esto que dijo nuestro Núñez de Arce, con ternura no superada ni antes ni después, me he permitido variarlo ligeramente y sólo con

el fin de que no se creyera que alguna vez me dió por andar con alibajos de afeites engañosos para mi persona, pues sabido es que nuestro gran poeta dijo "negro y sedoso bazo". Yo me he permitido variarlo el color porque el haberlo tenido "rubio" creo que me autorizaba para, con el debido respeto a don Gaspar, demostrar que no padezco de acromiosis e insidiable, y en esta ocasión, y mi delectativa fruición al recordarlo.

Cuarta de Apolo, que solía comenzar a la una y medietad de la madrugada para terminar muy cerca de las tres, a cuya hora nos esperaban: Fornos, con su público heterogéneo y vibrante, o Doña Mariquilla, con su cortejo de alcázar o sus "mediaciones" mancomunadas con su riquísimo chocolate... Ambas cosas preferibles y preferidas a los civiles tecnicismos de las pruebas del Rey Sabio y a los recovecos amañosos de nuestro Código penal.

Añorábamos los muchachos en las aulas de la Universidad las tardes de corrida y comentábamos, enardecidos, las faenas de los mejores. Entonces, felizmente, ¡ay!, no se había producido la explosión del ditirámico "fenómeno", y mucho menos, del "monstruo" trepidante... lo que permitía que la fiesta marchara de modo más cabal y ajustado a los preceptos establecidos. Y por ello, una larga de Lagartijo, un quite de Mazzantini o un par de rehiles colocados por Guerrita, nos hacían olvidar y desatender las explicaciones que Manzano, catedrático de Derecho mercantil, nos diera sobre el Consulado de Mar o el libro de Bitácora, o D. Augusto Comas, que explicaba los cursos de civil, sobre el testamento ológrafo.

Y en esto estábamos cuando una mañana, durante la clase de Derecho internacional, el simpático D. Alfonso Retortillo nos comunicó la nueva que vendría a visitar Madrid la reina Amelia de Portugal. Y, en efecto, el día 11 de noviembre llegaron a Madrid las augustas personas don Carlos y Doña Amelia. Seguidamente organizó el Gobierno varios festejos en honor de tan esclarecidos huéspedes. Entre los festejos de trono España quiso sin incluir en el programa una corrida de toros, de mi vida estudiantil en el Madrid encantador y envidioso!

rubio y sedoso bazo; mi sonrosado labio sonreía; empuñando cuando todo mi camino, galopando sin tino..."

Esto que dijo nuestro Núñez de Arce, con ternura no superada ni antes ni después, me he permitido variarlo ligeramente y sólo con

Por ANTONIO SAENZ SAENZ

do a las manos de los organizadores sumas de una cuantía jamás igualada por fiestas de otro carácter... Los días transcurrían animadísimo entre saños deslumbrantes, revistas militares, tan nutridas como vistosas, selectos banquetes, espectáculos de gala en la sala



procer de nuestro Teatro Real, recepciones en Palacio, etc., etc. La reina Amelia, al entrar en Madrid, había apesadado en su corazón el de los madrileños y el de los que, sin serlo, convivíamos con ellos, al presentarse cruzando por su egregio busto con una banda colorada por las tintas de nuestra amada bandera. Así entró en Madrid aquella mañana desestampada y lluviosa; lluvia y destempe que no tuvieron fuerza bastante para impedir que el pueblo madrileño se reuniera en las proximidades de la estación y se reparara por las concurrencias de la carrera que habría de seguir la egregia visitante tan delicada prueba de afecto a nuestra España ofreciera en los toros de esa tarde.

Como dije, la reina mostró deseos de presencia una fiesta de toros, como las viera en la Sevilla de ensueño, cuando entre los temblores de su infancia comenzaba a cuajar una adolescencia de esplendores, trocándose en matrimonios la estirada crisálida que más tarde habría de ocupar un trono, guiada por la fortuna, y sentir, al fin, las mayores y más hondas amarguras que pueden sufrir las mujeres por la fatalidad al corazón de una esposa enamorada y al de un público caprichoso, terrenal y vulgar. Terminada la temporada taurina, el estudio del viejo Mazzantini la sazón en la corte, fué al primero que se le habló, y su inagotable espolonismo y sus innegables corrección y cultura pusieron inmediatamente al servicio de la comisión organizadora. "Lagartijo", envejecido físico y taurinamente, que había mostrado deseos de no actuar más que en determinados días de fiestas, en las que se despidiera de los públicos que mayor admiración y consecuencia mostraban de siempre por su arte singular, aceptó el plácido y placentero de la vida entre las choperas y olivares de sus cortijos serranos. Y "Guerrita", ausente aquel año de la Plaza madrileña por injusticias y exigencias de un público caprichoso, trató de su actuación; pero el propósito hubo de venir abajo ante las insistencias de su muy querido amigo Romero Robledo. Y si el propósito no se concretó, que no sentimos sobre nosotros hasta que las voces de nuestro esqueleto nos avisan de que estamos calados, fueran o no, se apodó y tenemos la suspensión del festejo, con gran desasosiego y frecuentes atragantamientos durante el almuerzo.

El duque de Veragua ofreció sus reses, aunque fracasadas por entonces, conservaban el prestigio de su antigüedad sobre todos los bravos en la plaza de España. Don Carlos y Doña Amelia, en la corte, fué al primero que se le habló, y su inagotable espolonismo y sus innegables corrección y cultura pusieron inmediatamente al servicio de la comisión organizadora. "Lagartijo", envejecido físico y taurinamente, que había mostrado deseos de no actuar más que en determinados días de fiestas, en las que se despidiera de los públicos que mayor admiración y consecuencia mostraban de siempre por su arte singular, aceptó el plácido y placentero de la vida entre las choperas y olivares de sus cortijos serranos. Y "Guerrita", ausente aquel año de la Plaza madrileña por injusticias y exigencias de un público caprichoso, trató de su actuación; pero el propósito hubo de venir abajo ante las insistencias de su muy querido amigo Romero Robledo. Y si el propósito no se concretó, que no sentimos sobre nosotros hasta que las voces de nuestro esqueleto nos avisan de que estamos calados, fueran o no, se apodó y tenemos la suspensión del festejo, con gran desasosiego y frecuentes atragantamientos durante el almuerzo.

Res aquí en parla de l'amant terrer. ¡Qué lluny em trobo del nadiu bressol! Tor quant sentit i quant veig més foraster; ni aquest es el meu, ni aquest mon sol.

Elis s'ile se m'obren fins a fer-me mal, amb l'afany d'encabir tant bé de Déu; mes... penso en Lleida humil, i tant se val tot açò és més mitjà, mes no és jo pu.

Cerco, vagant, la casolana flor, o alguna espurna del peirai catí, i a l'atzar t'obro els ulls i em trenca el cor un tou de boira sobre l'ample riu.

I veig mon Segre, i son híbern botórs... I beso el Tíames pel record pietós.

Así, amando a Lérida, le sorprendió la muerte. Así le lloró Lérida entera. Así perviven los versos de Morena y Galicia, y así se le quiere y no se olvida. Cantando, cantando siempre, y evocando sus paisajes, su huerta, su campanario, su niebla, su quietud remansada de ciudad humilde... cantando, con toda la emoción de la pasión hacia su tierra, que le llenó de su vida. ¡El amor de los amores; su extremado fervor hacia su Lérida idolatrada!



# PSICOANALISIS DEL TURISTA

Por JUAN EDUARDO ZUÑIGA

UN reciente artículo de Melchor Fernández Almagro, en el que sugiere el carácter netamente romántico del ferrocarril, nos hace pensar en que el viaje, no como necesidad, sino como placer, nació también en la época romántica, debido a la facilidad que le proporcionaba el tren o a causas más profundas, que ya se dejaban sentir hacia 1820 en el periodo inicial del romanticismo.

Sin duda, el turismo nació cuando el viaje con carácter de escapada extemporánea fue factible gracias a unas comunicaciones fáciles. Claro es que hasta entonces el hombre había viajado, pero por razones diferentes a las del romanticismo. Se viajaba por necesidad, para aprender, para negociar, para ver de redimir el alma en tal o cual santo lugar, para ir a tomar parte en empresas más o menos especulativas. El viajero romántico emprende viajes exóticos, como Chateaubriand; visita los lugares apartados, donde encuentra las ruinas de un antiguo monasterio o ciudades vetustas que le trasladan en espíritu a épocas lejanas, tal como hicieran Bécquer o Shelley. De su viaje no persigue sacar ningún provecho, no tiene un fin determinado, nada lo justifica, a no ser que se invente el pretexto para darle una explicación ante la sociedad. Byron alega la lucha por la independencia de Grecia; Keats, la antigüedad italiana, que le atrae; François Champollion, el estudio del viejo Egipto, que le atrae desde los diecisiete años a trabajar en la interpretación de la escritura jeroglífica, consumido por la tuberculosis. Gracias a estos pretextos, se favorece la investigación de los pueblos remotos, que en la primera mitad del XIX extiende en Europa el conocimiento de las culturas india, griega o egipcia.



Primero en bambolearse diligencia, y más tarde en el tren, el viajero romántico no se parece a los que veían en el viaje una comodidad o peligro que sustraja lo que pudiera tener de agradable. El olvida las inhóspitas posadas españolas o los bandoleros italianos, compensado con hallar una satisfacción momentánea en la contemplación de unas ruinas o un paisaje. Porque otro rasgo del romanticismo es el descubrimiento del paisaje en el concepto hegeliano de estado de espíritu y la valoración de la Naturaleza, a la que antes se ignoraba o se tenía con miedo primitivo. En siglos anteriores, el paisaje había llegado a ser, a veces, motivo de espanto, como en el caso de aquel ciudadano inglés que se hacía acompañar de un cirujano para que le sangrase al cruzar los desfiladeros que se le antojaban pavorosos, o como vemos en los lienzos de la escuela italiana o francesa del XVII, que era para los pintores un mero problema de composición efectista. Tan sólo en las últimas décadas del XVIII, acaso coincidiendo con importantes descubrimientos geográficos, se vuelven los ojos a la Naturaleza, pero no en su exactitud, sino a través del concepto ruseauiano y de Chantilly. El romanticismo hace un dogma de su interés por el campo, precisamente porque ya el urbanismo empezaba a oprimir las conciencias predispuestas a rebeldías.

Sólo una sensibilidad especial puede unir al hombre de la ciudad con el paisaje y sus elementos, que forzosamente le son ajenos. Toda la psicología del romántico se podría interpretar por esta afición al paisaje y al campo, al gusto por vagar solitario entre árboles en el atardecer. Este es el fin del viaje o del turismo, en el que se abandona por algún tiempo y sin motivo fundamental el lógico el lugar de habitual residencia para marchar a otro desconocido. El pretexto del turismo es el conocimiento de otros lugares, pero tras la acepción vulgar se oculta un impulso que desde la época romántica aparece y se conserva, y que podemos llamar con expresión de Unamuno atópofobia: antipatía del lugar donde se habita o se ha nacido, ahogo espiritual en los límites comarcales de la actividad del hombre que precisa cambiar, más que para satisfacer su anhelo de cosas y horizontes nuevos, para liberarse de lo cotidiano que le rodea en su punto de morada. El hombre siente un hastío de su existencia, y como lógico resultado, se vuelve a la Historia, a la revolución, a la poesía o a la marcha hacia otros lugares.

Al deseo romántico de viajar, se podrían dar varias explicaciones, una de ellas la de que el carácter urbano que tomaba la vida en el XIX rodeaba al hombre de un ambiente artificial y social propio de la sociedad burguesa, que le encerraba entre límites geométricos cuyas dimensiones son conocidas hasta la saciedad. Vemos que en nuestros años de grandes ciudades industriales el turismo se ha hecho una necesidad imperiosa en el week-end, en el que cientos de obreros, empleados, oficinistas, abandonan por unas horas la ciudad para hallar en el campo la ineludible variación del ambiente matemático e inflexible de su trabajo monótono.

A caso no será sino la vulgar evasión de lo real en busca de otra vida mejor, dándole así una interpretación metafísica relacionado con el anhelo latente que todo mortal tiene por llegar a la frontera de la muerte, impellido por la atracción del secreto o aguijoneado por lo doloroso de la vida terrena. El hecho de hacer una excursión a una ciudad histórica, implica que el excursionista no sólo huye de todo el mundo objetivo que forma la trama sobre la que vive habitualmente, sino que se aparta de su siglo y de él mismo al alejarse unos cientos de kilómetros y remontarse a épocas pasadas con la contemplación de una antigua catedral o un castillo centenario, ya que admirar una cosa es siempre querer fusionarnos con su esencia.

El hombre que viaja huyendo de sí mismo, se desprende de sus bienes de sus afectos, de los intereses de su «gens»; parece un cuerpo sin alma, que quiere llevar, agotando el espacio, el tiempo que media entre él y el fin de su existencia, deseoso de que allí todo termine o todo empiece.

Este impulso a viajar sin que lo provoquen causas económicas, recuerda el temor del fin del mundo. En la Edad Media, y posteriormente, grupos de campesinos suecos, holandeses, alemanes, suizos, bajo la libre interpretación de sí mismo, se desprende de sus bienes de sus afectos, de los intereses de su «gens»; parece un cuerpo sin alma, que quiere llevar, agotando el espacio, el tiempo que media entre él y el fin de su existencia, deseoso de que allí todo termine o todo empiece.

Este impulso a viajar sin que lo provoquen causas económicas, recuerda el temor del fin del mundo. En la Edad Media, y posteriormente, grupos de campesinos suecos, holandeses, alemanes, suizos, bajo la libre interpretación de sí mismo, se desprende de sus bienes de sus afectos, de los intereses de su «gens»; parece un cuerpo sin alma, que quiere llevar, agotando el espacio, el tiempo que media entre él y el fin de su existencia, deseoso de que allí todo termine o todo empiece.

ellas la de que el carácter urbano que tomaba la vida en el XIX rodeaba al hombre de un ambiente artificial y social propio de la sociedad burguesa, que le encerraba entre límites geométricos cuyas dimensiones son conocidas hasta la saciedad. Vemos que en nuestros años de grandes ciudades industriales el turismo se ha hecho una necesidad imperiosa en el week-end, en el que cientos de obreros, empleados, oficinistas, abandonan por unas horas la ciudad para hallar en el campo la ineludible variación del ambiente matemático e inflexible de su trabajo monótono.

A caso no será sino la vulgar evasión de lo real en busca de otra vida mejor, dándole así una interpretación metafísica relacionado con el anhelo latente que todo mortal tiene por llegar a la frontera de la muerte, impellido por la atracción del secreto o aguijoneado por lo doloroso de la vida terrena. El hecho de hacer una excursión a una ciudad histórica, implica que el excursionista no sólo huye de todo el mundo objetivo que forma la trama sobre la que vive habitualmente, sino que se aparta de su siglo y de él mismo al alejarse unos cientos de kilómetros y remontarse a épocas pasadas con la contemplación de una antigua catedral o un castillo centenario, ya que admirar una cosa es siempre querer fusionarnos con su esencia.

El hombre que viaja huyendo de sí mismo, se desprende de sus bienes de sus afectos, de los intereses de su «gens»; parece un cuerpo sin alma, que quiere llevar, agotando el espacio, el tiempo que media entre él y el fin de su existencia, deseoso de que allí todo termine o todo empiece.

Este impulso a viajar sin que lo provoquen causas económicas, recuerda el temor del fin del mundo. En la Edad Media, y posteriormente, grupos de campesinos suecos, holandeses, alemanes, suizos, bajo la libre interpretación de sí mismo, se desprende de sus bienes de sus afectos, de los intereses de su «gens»; parece un cuerpo sin alma, que quiere llevar, agotando el espacio, el tiempo que media entre él y el fin de su existencia, deseoso de que allí todo termine o todo empiece.

Este impulso a viajar sin que lo provoquen causas económicas, recuerda el temor del fin del mundo. En la Edad Media, y posteriormente, grupos de campesinos suecos, holandeses, alemanes, suizos, bajo la libre interpretación de sí mismo, se desprende de sus bienes de sus afectos, de los intereses de su «gens»; parece un cuerpo sin alma, que quiere llevar, agotando el espacio, el tiempo que media entre él y el fin de su existencia, deseoso de que allí todo termine o todo empiece.

# EL TURISMO ROMANTICO EN LA OBRA DE DON MAGÍN MORERA Y GALICIA

Por MIGUEL SERRA BALAQUER

la dulzura de Morena y Galicia, y el éste se hubiera forjado en las turbulencias e inquietudes de una ciudad cosmopolita, la poesía del leridano hubiera tenido, en el fondo y en la forma, un puro sentido maragalliano.

Y para que se vea más la afinidad de ambos, los dos poetas se entregan a las mismas actividades literarias: el periodismo, la poesía, la oratoria, y a la incorporación de las obras capitales de otras literaturas a la lengua catalana.

La producción catalana de Morena y Galicia queda reflejada en sus obras: «Hores Il·luminades», con un prólogo de Maragall; «Poesies», «Consideracions sobre les interpretacions dels personatges de Shakespeare», «Retorn de Grècia», «Vall i nou».

El selecto editor Oliva, de Villanueva y Geltrú, dió a luz los «Sonets shakespearians», que son una verdadera maravilla de léxico y traducción. Son una de sus producciones más preciadas.

La obsesión de verter al catalán las obras del gran dramaturgo inglés ocupó los últimos años de su vida. No ha dejado de esta

Quedaba en la corte un hermano suyo, D. Jaime, enamorado de ella, discípulo predilecto del gran pintor holandés Haes, y siendo hondamente el paisaje del Guadarrama, ha dejado lienzos admirables, impregnados de la natural y sublime belleza de las nieves guadarrameñas, que son un modelo de colorido y de espléndida ponderación artística.

Don Magín Morena y Galicia alentó y animó en Lérida todas cuantas manifestaciones del espíritu tuvieron cabida en ella, y así presidió las entidades «Fomento Leridano», «Xop-Bots», «Asociación de Músicas», el «Ateneo». Es el alma y el restaurador de los primeros juegos florales leridanos; poeta, galardonado en muchos certámenes concursos literarios y consecuente colaborador de la prensa local y de las más famosas publicaciones nacionales.

Su vasta producción literaria abarca dos épocas bien definidas: su labor en lengua castellana, y su segunda, en lengua catalana. De la producción castellana ha dejado las siguientes obras: «Carnet de ensayos», «El candil del loco», «Un gobernado gobernado», «Perfiles y brochazos», «Poesías» (dos volúmenes).

No cabe negar que la amistad contraída en Madrid con Campoamor y el cariño que sentía por su poesía, debían reflejarse en su obra. Morena es un buen discípulo del maestro en el arte de expresar y reflejar lo bello con gracia y delicadeza. Así, por ejemplo, en «Ilusiones y mariposas» se encuentra esta delicada, melancólica reflexión:

Mariposa, tú y yo somos pequeños; menuditos son mis sueños y tus galas; tú, que puedes volar, no tienes sueños; yo, que puedo soñar, no tengo alas.

en cuya estrofa apunta un vago recuerdo de la campoamoriana composición «El tren expreso», cuando dice:

Me resisto a morir, pero es preciso; el triste vive y el dichoso muere; cuando quisiera morir, Dios no lo quisiera; hoy, que quiero vivir, Dios no lo quiere.

También aparece la influencia del vate de las «Doloras» en las poesías tituladas «No flores y «Canto a ha de ser», parecida esta última a «¿Quién supiera escribir?»

No por eso Morena no sabe levantarse con el fueso de su inspiración creadora (véase un fragmento de su poesía inédita «Lamentación»), tiernamente sentimental y apasionada, impregnada del romanticismo muy de su época. La névada de Cuba imprime también en su alma de los de tristeza; así, en «La noche de Juan Solís» y en «La correa».

En su segunda época, cuando escribe en catalán, siente la dulzura de su dicción, y como la poesía gallega de Rosal de Castro, también brillante en castellano y en catalán, la obra de Morena el no haber cultivado su lengua nativa. Así dice:

La pena és que he passat tres quarts de vida delirós de la mel del bell parlar; i tem-la tan dolça, dins de casa, no he sabut fins quasi veu zcular.

En esta segunda fase de su vida, nuestro poeta, unióse a una gran amistad con Maragall, de éste cantar por los maravillosos acentos de su magnífico verso. Ambos poetas tienen una aristocrática expresión de espíritu y de elegancia. Ambos tienen la seriedad del que sabe canalizar los impulsos de su corazón con la gracia y la gentileza de la palabra.

Si Maragall hubiera vivido en la huerta leridana, sus cantos tendrían la cadencia y



dana, encarnadas, frescas, sensualmente gratas al paladar, a la vista y de un gusto inolvidable para quien las probase. «El Campanar de Lérida»; está grabado este soneto en una lápida, para así perpetuarse mejor, cabe la sombra de la gigantesca torre o campanario de nuestra antigua Seo.

En la composición «Vagant», escrita durante una breve estancia en Londres, acompañando al Orfeón Catalán, evoca tiernamente la niñez y el Segre ante el borroso paisaje nebuloso y las sinuosidades del Tàmesis londinense. Es la más alta y clara expresión de la añoranza y de la ternura hacia su tierra natal, que tan sólo puede sentir y querer un alma tan delicadamente enamorada de las bellezas de su tierra y cuyo corazón se entregó por entero, lleno de deseo y de pasión hacia la ambición de poseerla descansando en ella. No pudo resistir a la tentación de anotar. Dice así:

Res aquí en parla de l'amant terrer. ¡Qué lluny em trobo del nadiu bressol! Tor quant sentit i quant veig més foraster; ni aquest es el meu, ni aquest mon sol.

Elis s'ile se m'obren fins a fer-me mal, amb l'afany d'encabir tant bé de Déu; mes... penso en Lleida humil, i tant se val tot açò és més mitjà, mes no és jo pu.



# De la vida y la poesía

## EN LA POESÍA LA VIDA



No se debe buscar el bien por el deleite, sino el deleite por el bien.—PLATÓN.

En su magnífico libro *La rebelión de las masas*, el maestro Ortega y Gasset dice que el hombre selecto no es el petulante que se cree superior a los demás, sino el que se exige más que los demás. Esta afirmación es de suma importancia, y debe ser de haber estudiado la vida y obra de los grandes poetas de la humanidad. La vida del poeta, de este hombre selecto y exigente, se desarrolla en la poesía. El poeta viaja por la senda de la poesía, lo hace como las maletas—colocadas, insensibles, sobre las rejillas de los vagones del ferrocarril—, o como los Kodaks, que impresionan bellos paisajes y monumentos maravillosos, ignorando en absoluto el por qué de la sensibilidad de la película donde la imagen—luego de atravesar un objetivo—quedó impresionada—quedó impresionada. El poeta necesita saberse querido, que viva y espere que percibe; sentir su vida como abstracción de cada uno de los pasos de su andadura, porque sobre él hizo recaer toda la fuerza motriz del traslado.

Naturalmente, es cierto que Arquímedes enunció su principio después de aquel «Eureka!» admirativo por el hallazgo, pero también un hecho incontestable que tal hallazgo fue fruto no sólo de los estudios anteriores, que le ponían en guardia ante los fenómenos físicos, sino, al mismo tiempo, de una disposición íntima y de una intuición que le empujaban hacia ese estudio y ese hacer. Lo que ha llevado hasta nosotros es el enunciado del principio, demostrable de una manera matemática; es decir, el *a posteriori* del suceso. Pero esto no basta para poder explicar los fenómenos de qué género de afecciones e inclinaciones, de qué postura ante la vida y las cosas de la vida llegó a descubrir su teoría en el volumen y peso de los cuerpos? Yo me resisto a creer que el gran físico ignorara las causas que le condujeron a su descubrimiento.

Esto mismo supongo para los poetas. No me parece justo admitir que escriban porque sí, sin poder definir, en un momento determinado, qué género de pensamientos y sentimientos—o qué género de sentimientos—y la vida—les hizo vivir, como lo hicieron, el instante creador. Yo creo que no es tan difícil para el escritor situarse ante sí mismo, como lo haría el científico, y analizar su personalidad; ni tan imposible definir las causas que le impulsaron a escribir como lo haría el científico. Sólo de esta forma podrá encontrar una explicación plausible a la personalidad que ostenta y saber en virtud de qué esa personalidad circula por el mundo.

Todo esto viene a cuento de que hay muchos escritores—poetas en su mayoría, y alguno lo ha dicho públicamente—que cuando se les pregunta por la línea estética que sigue en su hacer y su obrar, reciben la pregunta con un gesto de perplejidad y asombro, como si se les hubiera preguntado algo, absolutamente ajeno a su profesión de escritores. Algo así como si le hubiéramos preguntado a un loro—que dice lo que sabe sin saber lo que dice—el por qué de su parloteo. Esta perplejidad y este asombro significan, sencillamente, que el escritor a quien se hizo la pregunta no se ha preocupado nunca de conocerse, de saberse como se funciona, ni de hallar explicación intrínseca a su actividad, como si ésta fuera algo ajeno a él; y por qué cuando se escriba con verdad, con honradez, con seriedad, se sabe siempre dónde se va y qué se quiere. Y el único tropiezo que el escritor debe encontrar en su vida literaria—en su camino de hacerse patente a los demás—es el natural de la facilidad expresiva, por lograr la cual se esfuerza, para hacerla capaz de manifestar todo su sentimiento. Nunca, en el momento de escribir, se preocupa de hacer un estudio de la obra realizada; pero es indudable, también, que cada uno de ellos, puestos en el dilema de preferir, sabrían escoger, de entre estos escritores geniales o entre estos geniales artistas, aquellos que más íntimamente coincidieron con su propio ser, con su forma de obrar ante la

«Quid Divinum» inspirador de sus obras. Cuando lo que verdaderamente ponen de manifiesto es su falsa postura, o su postura en la buena de Dios, ante el mundo y la literatura. Para mí la poesía—y la literatura en general—necesitan aprender para conseguir una expresión y una eficacia. La floración espontánea será buena para los hongos, pero en lo que a poesía se refiere, sólo da resultados de un sentimiento, posiblemente grande, pero inapreciable dentro de una expresión íntima para el poeta. Para el poeta que me refiero—ni mucho menos—de la perfección formal sobre la expresión del sentimiento (de ello trataré más adelante), sino del saber necesario para el poeta. Para el poeta que me refiero—ni mucho menos—de la perfección formal sobre la expresión del sentimiento (de ello trataré más adelante), sino del saber necesario para el poeta. Para el poeta que me refiero—ni mucho menos—de la perfección formal sobre la expresión del sentimiento (de ello trataré más adelante), sino del saber necesario para el poeta.

Y si el poeta ha buscado esa eficacia, si ha tratado de aprender, indudablemente se ha dado cuenta de que, al enfrentarse con las fuentes del saber—vida y libro—, estas le enseñaron, como lección primera, a definirse, a escoger y preferir, entre las múltiples entradas al laberinto de la existencia y la cultura. La elección y sus causas, determinan la postura estética. La consecuencia de ello—esto es, los poemas logrados en su virtud—denunciará esa postura a los demás; será la salida del laberinto, que se da por añadidura y con carácter de dominio público. Ya no le pertenece al poeta. Pero de esa en-



trada al laberinto, de ese instante maravillosamente libre en que el escritor se halla capacitado para elegir y renunciar, es del que yo creo que el escritor debe tener plena conciencia y consciencia, porque en él reside toda la autenticidad de su obra. Que, de ninguna manera podemos admitir que sea casual, que sea un hacer lo que sale sin darse cuenta. Esta conciencia es la que me mueve a fijar el destino entre mi manera de ver la poesía, de sentirme ante el pórtico del laberinto y la manera que veo en otros. Es decir, que yo—que me he imaginado muchas veces renunciador y elector, en cuanto a la poesía se refiere—voy a puntualizar sobre mi elección—que, es natural, imagino la postura verdadera—y mi renunciamiento. Con frases de Nietzsche, voy a contar lo que dice mi cuerpo de mi alma. Voy a tratar de la vida poética y de la poesía vida, en la sombra de mi silencio, como de-



cia Supervivencia, porque es en ese momento silencioso cuando surge la verdadera personalidad del hombre, cuando más vivida es la poesía en el hombre poeta, cuando poesía y vida son dos cosas perfectamente serias.

\*\*\*

La primera cuestión que he de resolver desde mi campo estético, la primera vez que la existencia de este campo estético se me manifestó, fué ante la diferenciación de los conceptos *lirica* y *poesia*. Surgió ante mí la frase de un gran maestro, cuando me dijo: «Yo estimo la hondura poética sobre la belleza lírica.» La frase me hizo pensar—una vez con exceso para mis pocos años de entonces—y

Por Eugenio Mediano Flores

estudiar sobre ella a través de toda mi vida. Así he podido llegar a una conclusión—parcial, claro está—que desconozco si servirá para alguien más. Por mi parte, yo pienso que no estoy solo con ella. Para mí, indudablemente, existe una perfecta diferencia entre poesía y lírica, desde el instante que a esta última la considero la forma bella de expresar el sentimiento poético. Como la música, al revés que en el plástico, surge antes la concepción de la idea que la forma de su ejecución. Por eso yo niego que sea poeta el que de antemano tiene anotadas una serie de frases líricas y cree que hacer un poema es coordinarlas de manera que resulte una totalidad agradable en su lectura, pero exenta de esa verdad impensable.

Poesía, que es siempre expresión de un mundo interior de cosas, no puede quedarse en música y vaguedad, murmullos y suspiros; la lírica, sí. Poesía ha de ser voz, honda del alma; voz en sí misma, o voz en queja si es angustiada; mas no un conjunto de bellas frases. Porque nada cansa tanto en lo escueto bello que el arte trabajoso tras el adivinado, y con el cual no se

de la cual alentar toda su vida poética. Y esa verdad, la media que se encuentra en el centro mismo de la verdad del poeta, será el ser poético, la exacta poesía, perenne en nuestro espíritu cuando se han olvidado las palabras que la hicieron llegar allí. Cuando queda en nosotros el latido primario que la hizo ser poesía, que la convirtió en idea y emoción plasmadas. Ya que en el poeta, al revés que en el plástico, surge antes la concepción de la idea que la forma de su ejecución. Por eso yo niego que sea poeta el que de antemano tiene anotadas una serie de frases líricas y cree que hacer un poema es coordinarlas de manera que resulte una totalidad agradable en su lectura, pero exenta de esa verdad impensable.

Poesía, que es siempre expresión de un mundo interior de cosas, no puede quedarse en música y vaguedad, murmullos y suspiros; la lírica, sí. Poesía ha de ser voz, honda del alma; voz en sí misma, o voz en queja si es angustiada; mas no un conjunto de bellas frases. Porque nada cansa tanto en lo escueto bello que el arte trabajoso tras el adivinado, y con el cual no se

de la cual alentar toda su vida poética. Y esa verdad, la media que se encuentra en el centro mismo de la verdad del poeta, será el ser poético, la exacta poesía, perenne en nuestro espíritu cuando se han olvidado las palabras que la hicieron llegar allí. Cuando queda en nosotros el latido primario que la hizo ser poesía, que la convirtió en idea y emoción plasmadas. Ya que en el poeta, al revés que en el plástico, surge antes la concepción de la idea que la forma de su ejecución. Por eso yo niego que sea poeta el que de antemano tiene anotadas una serie de frases líricas y cree que hacer un poema es coordinarlas de manera que resulte una totalidad agradable en su lectura, pero exenta de esa verdad impensable.

No desear, porque se tiene todo; se tiene ante los ojos, y allí lo quieren. Vivir con los ojos, con el alma para los ojos, y no con los ojos para el alma; porque para ellos vida es belleza y gozar con lo visto. Aunar la vista hasta formar el completo de belleza necesario para la felicidad de cada instante. El poeta puro—si tengo ante mis ojos el más bello de los paisajes y miro lejales, la multitud de las sierras recortando el horizonte, al valle que hasta ellas va extendiendo su cromatismo, al río que se va haciendo más azul el paisaje, como una serpiente de plata lanzada en el carnaval del mundo. Pero olvida lo inmediato, se desentiende de la calle y de la tierra en que está cimentada la casa que le cobija. Desde su mirador, hermético a los voces cercanas, gusta de la lejanía neblinosa que le sitúa fuera de su cuerpo y de su realidad. Prefiere la ilusión de sentirse ángel o arcángel sobre la nube extraña, a la realidad de saberse hombre que busca su perfección y la perfección de su mundo por el camino de la belleza.

Esta clase de poesía feliz no da la vida ni los hombres. El poeta se desprende de la vida para mostrar la quimera de su torre de marfil. Se siente sobrecogido, vencido por la fuerza de la verdad que le circunda, y en vez de mostrar su emoción al descubierto para la lucha, la esconde, la cobija bajo el manto de las corajas de su debilidad, y la enfoca hacia laterales de suave facilidad, donde la angustia de lo problemático se trunca por la leve dolencia de la mínima lejana duda. Pero esta poesía se nos va de las manos en la actualidad. El poeta que en nuestros días tiene el sentido poético, o miente su emoción o carece de esa ciencia imprescindible para ser hombre en nuestra vida de hoy. Porque el hombre—un hombre poeta—no puede cuantarse al drama de nuestro tiempo, o de lo contrario queda convertido exclusivamente en poeta, sin vibración cordial, sin calor de vida, como un objeto de cristalería fina; carísimo, perfecto, magnífico de belleza, pero imposible de poner al uso, por su fragilidad le haría quebrarse al momento ante la precipitada marcha del tiempo.

Por eso se apartan de la vida, se equivocan y acomodados en ese su mirador—hermético a todo murmullo extraño—, tienden su vista a la belleza amable de lo natural y lanzan al aire la paz armoniosa de su poesía, que no recogen los oídos de hoy, porque

La segunda cuestión que mi postura estética hubo de resolver fué la de la *pureza* e *impureza* poéticas, es decir, la del grado en que la vida entra en la poesía. También aquí, naturalmente, resolví lo que más conviene—al

puede conseguir una verdad íntima, un yo que dice de una manera directa. Para hacer poesía—lo apunté antes—hace falta creérsela hondamente; en cambio, con un sentido de la belleza y un buen gusto en el manejo de las imágenes, pueden lograrse frases líricas. No obstante, después de haberse diferenciado, creo que poesía y lírica deben ser inseparables.

\*\*\*

La lírica, vista así, es a la poesía lo que la pluma al pájaro o los pétalos al cáliz de la rosa. Pájaro y rosa perderían mucho de su valor plástico sin las plumas y los pétalos, pero seguirían siendo. Cosa que no les ocurriría por el solo a los pétalos y a las plumas; si bien, en cuanto a la rosa, podrían tomarse como símbolo de la lírica, y sea fieza de su cáliz. Sin embargo, el sentido de hallazgo de lo auténtico que le estoy dando, sólo se puede encontrar en el manual de vida que es para el poeta.

Creo que, aunque exagerando un poco los tonos, he delimitado el campo lírico. Hacer lo mismo con el poético, no deja de tener sus dificultades, ya que no hice otra cosa que despojar la esencia del poético, lo que le daba realidad, quedando ella, por su calidad de elemento volátil, suspendida en el aire. Con presencia indubitable en el resto del sentimiento, pero por el camino de la metáfora—no muy de mi agrado—espero llegar a concretar una definición. Si lírica—o lírica—es la voz expresiva del poeta, poesía será la sublime sensación de éste ante el mundo, ante los hechos y las cosas del mundo, dada en esas palabras que componen la lírica. Mas ha de ser tanta la identificación de la una con la otra, que poesía verdadera, acabada, será la que sepa servir de tal modo del hecho real de la lírica, que la verdad resultante produzca un movimiento en el mundo. Y el resultado es una definición total de poesía, definición que ya he utilizado otras veces, diciendo que es la voz expresiva de un sentir anhelante, ese sentir anhelante que hace a la voz expresiva, a la lírica será la poesía.

Esto en cuanto están relacionadas poesía y lírica; pero indicaba antes que la poesía había quedado despojada del boato lírico que la plasma al calor de la vida. Como he de admitir, ya que pretendo estudiar su valor auténtico. Para ello me sirve la definición anterior de sentir anhelante, que señala el anhelo como constante en la creación poética. Partiré, pues, de aquí, para llegar al objetivo inicial. Mas la poesía, mirada objetivamente, como lo estoy haciendo; tomada como ser o como esencia de una sustantividad, necesita del poeta como elemento imprescindible. El es sujeto de la acción, portador de un alma superior a la normal de las almas, capaz de experimentar en sí el sentir anhelante. Para este hombre la poesía no podrá consistir jamás en un placer o un obrar transitorio que le llega del exterior. Porque poesía no es solamente un que-hacer, sino la parte más importante en la vida del poeta, por cuanto le estructura y conforma su manera de ser. A este hombre le hace falta creerse la poesía hondamente para poder hacerla, ya que la poesía representa un sincero abrirse las entrañas para localizar una definición de una manera absoluta con las cosas del mundo. Sentir el desgarro o la caricia interior que producen las cosas del mundo, hasta que llegue un punto en que en el poeta crezca la duda de si son las cosas las que piensan por él o es él quien piensa por las cosas. Si, porque en lo poético todo tiene la suficiente claridad para encontrar en ello la transparencia de la emoción hablada, pero también la deliciosa oscuridad de lo perfectamente armónico. Y nada existe en mejor armonía que la emoción del poeta y lo por él cantado; nada en ensamble tan perfecto y en tan íntima confusión. Por eso el anhelo permanente del poeta es la verdad, pues para él la poesía no es otra cosa que amar la verdad y recogerla donde quiera que se encuentre. Así radica el motivo de identificarse con las cosas del mundo de esa manera entrañable. Necesita calar hasta el último reducto de las cosas en la persecución inequívoca de certeza.

Según así el poeta, si no a poseer, si a introducir una verdad; esa verdad suya, en busca referirse a Dostoyevsky—llama credo del escritor. Esto es, mi sensación experimentada ante el mundo y mi contemplación subjetiva de él.

La poesía, esa dama tan llevada y traída—degradadamente, más llevada que traída—, se encuentra, por obra y gracia de epuros e simpures, convertida en Jano, a la cual está uno ve la cara que más conviene con su manera de sentir y hacer. No hace muchos días, un joven poeta arrebatado desde las páginas de «La Estética Literaria» contra la revista «Caballo Verde», que en los días del año 1936 defendió la postura impura. Se ve, pues, que la pugna entre los dos sectores poéticos sigue en pie.

Los de un lado ven la vida acabada y feliz, exaltan sus perfecciones y echan el peso en su obra a lo amargo de ella; para éstos, la poesía es logro, plenitud, el sùmmum de be-

leza alcanzado por lo que se canta. Para los otros, poesía es deseo, añoranza, anhelo constante de lo cantado. La vida es imperfecta, y quiere—para ella ese algo que cantan, resultando su creación angustiada por la falta. La poesía—para este último grupo—es un poco aquel Dios Abraxas, que unía lo divino y lo demoníaco, porque ambas cosas existen en la vida.

Estas son las dos divisiones fundamentales para clasificar el mundo poético en general, de las que se desprenden múltiples matices: los poetas que anhelan y los que tienen, los que expresan su contenido y los que dicen su angustia. Hay, no obstante—y antes lo apunté—, un elemento común a todos: el anhelo. Porque los poetas que tienen, prestan siempre de sí, al objeto cantado, un último matiz, que ellos advierten en su instante creador, pero que no tiene presencia en la realidad; algo como el toque final, el de gracia, a la perfección cantada. Y su anhelo se manifiesta en que, aun contentos de las cosas y de la vida, no las encuentran en ese acabado conjunto que diera el cuadro completo por ellos deseado. Así, a un crepusculo cantado le falta el color de un lirio, ese color que en virtud de la luz crepuscular adoptaría el lirio; y ellos—el sentir anhelante de estos poetas—van en el poema el lirio ante el crepusculo o el crepusculo para el lirio, satisfaciendo así su anhelo de perfección en la belleza y pudiendo decir al verter completo: «No lo toques ya más, que así es la rosa», frase que hicieron los poetas epuros ley para su pureza.

A esta clase de poesía feliz corresponde la plasticidad de la vida lejana del suceso. El canto a la Naturaleza es tema básico de ella. Los poetas olvidan las espinas de la rosa, y ellos—el sentir anhelante de estos poetas—van en el poema el lirio ante el crepusculo o el crepusculo para el lirio, satisfaciendo así su anhelo de perfección en la belleza y pudiendo decir al verter completo: «No lo toques ya más, que así es la rosa», frase que hicieron los poetas epuros ley para su pureza.

No desear, porque se tiene todo; se tiene ante los ojos, y allí lo quieren. Vivir con los ojos, con el alma para los ojos, y no con los ojos para el alma; porque para ellos vida es belleza y gozar con lo visto. Aunar la vista hasta formar el completo de belleza necesario para la felicidad de cada instante. El poeta puro—si tengo ante mis ojos el más bello de los paisajes y miro lejales, la multitud de las sierras recortando el horizonte, al valle que hasta ellas va extendiendo su cromatismo, al río que se va haciendo más azul el paisaje, como una serpiente de plata lanzada en el carnaval del mundo. Pero olvida lo inmediato, se desentiende de la calle y de la tierra en que está cimentada la casa que le cobija. Desde su mirador, hermético a los voces cercanas, gusta de la lejanía neblinosa que le sitúa fuera de su cuerpo y de su realidad. Prefiere la ilusión de sentirse ángel o arcángel sobre la nube extraña, a la realidad de saberse hombre que busca su perfección y la perfección de su mundo por el camino de la belleza.

Esta clase de poesía feliz no da la vida ni los hombres. El poeta se desprende de la vida para mostrar la quimera de su torre de marfil. Se siente sobrecogido, vencido por la fuerza de la verdad que le circunda, y en vez de mostrar su emoción al descubierto para la lucha, la esconde, la cobija bajo el manto de las corajas de su debilidad, y la enfoca hacia laterales de suave facilidad, donde la angustia de lo problemático se trunca por la leve dolencia de la mínima lejana duda. Pero esta poesía se nos va de las manos en la actualidad. El poeta que en nuestros días tiene el sentido poético, o miente su emoción o carece de esa ciencia imprescindible para ser hombre en nuestra vida de hoy. Porque el hombre—un hombre poeta—no puede cuantarse al drama de nuestro tiempo, o de lo contrario queda convertido exclusivamente en poeta, sin vibración cordial, sin calor de vida, como un objeto de cristalería fina; carísimo, perfecto, magnífico de belleza, pero imposible de poner al uso, por su fragilidad le haría quebrarse al momento ante la precipitada marcha del tiempo.

Por eso se apartan de la vida, se equivocan y acomodados en ese su mirador—hermético a todo murmullo extraño—, tienden su vista a la belleza amable de lo natural y lanzan al aire la paz armoniosa de su poesía, que no recogen los oídos de hoy, porque

La segunda cuestión que mi postura estética hubo de resolver fué la de la *pureza* e *impureza* poéticas, es decir, la del grado en que la vida entra en la poesía. También aquí, naturalmente, resolví lo que más conviene—al

puede conseguir una verdad íntima, un yo que dice de una manera directa. Para hacer poesía—lo apunté antes—hace falta creérsela hondamente; en cambio, con un sentido de la belleza y un buen gusto en el manejo de las imágenes, pueden lograrse frases líricas. No obstante, después de haberse diferenciado, creo que poesía y lírica deben ser inseparables.

La lírica, vista así, es a la poesía lo que la pluma al pájaro o los pétalos al cáliz de la rosa. Pájaro y rosa perderían mucho de su valor plástico sin las plumas y los pétalos, pero seguirían siendo. Cosa que no les ocurriría por el solo a los pétalos y a las plumas; si bien, en cuanto a la rosa, podrían tomarse como símbolo de la lírica, y sea fieza de su cáliz. Sin embargo, el sentido de hallazgo de lo auténtico que le estoy dando, sólo se puede encontrar en el manual de vida que es para el poeta.

Creo que, aunque exagerando un poco los tonos, he delimitado el campo lírico. Hacer lo mismo con el poético, no deja de tener sus dificultades, ya que no hice otra cosa que despojar la esencia del poético, lo que le daba realidad, quedando ella, por su calidad de elemento volátil, suspendida en el aire. Con presencia indubitable en el resto del sentimiento, pero por el camino de la metáfora—no muy de mi agrado—espero llegar a concretar una definición. Si lírica—o lírica—es la voz expresiva del poeta, poesía será la sublime sensación de éste ante el mundo, ante los hechos y las cosas del mundo, dada en esas palabras que componen la lírica. Mas ha de ser tanta la identificación de la una con la otra, que poesía verdadera, acabada, será la que sepa servir de tal modo del hecho real de la lírica, que la verdad resultante produzca un movimiento en el mundo. Y el resultado es una definición total de poesía, definición que ya he utilizado otras veces, diciendo que es la voz expresiva de un sentir anhelante, ese sentir anhelante que hace a la voz expresiva, a la lírica será la poesía.

Esto en cuanto están relacionadas poesía y lírica; pero indicaba antes que la poesía había quedado despojada del boato lírico que la plasma al calor de la vida. Como he de admitir, ya que pretendo estudiar su valor auténtico. Para ello me sirve la definición anterior de sentir anhelante, que señala el anhelo como constante en la creación poética. Partiré, pues, de aquí, para llegar al objetivo inicial. Mas la poesía, mirada objetivamente, como lo estoy haciendo; tomada como ser o como esencia de una sustantividad, necesita del poeta como elemento imprescindible. El es sujeto de la acción, portador de un alma superior a la normal de las almas, capaz de experimentar en sí el sentir anhelante. Para este hombre la poesía no podrá consistir jamás en un placer o un obrar transitorio que le llega del exterior. Porque poesía no es solamente un que-hacer, sino la parte más importante en la vida del poeta, por cuanto le estructura y conforma su manera de ser. A este hombre le hace falta creerse la poesía hondamente para poder hacerla, ya que la poesía representa un sincero abrirse las entrañas para localizar una definición de una manera absoluta con las cosas del mundo. Sentir el desgarro o la caricia interior que producen las cosas del mundo, hasta que llegue un punto en que en el poeta crezca la duda de si son las cosas las que piensan por él o es él quien piensa por las cosas. Si, porque en lo poético todo tiene la suficiente claridad para encontrar en ello la transparencia de la emoción hablada, pero también la deliciosa oscuridad de lo perfectamente armónico. Y nada existe en mejor armonía que la emoción del poeta y lo por él cantado; nada en ensamble tan perfecto y en tan íntima confusión. Por eso el anhelo permanente del poeta es la verdad, pues para él la poesía no es otra cosa que amar la verdad y recogerla donde quiera que se encuentre. Así radica el motivo de identificarse con las cosas del mundo de esa manera entrañable. Necesita calar hasta el último reducto de las cosas en la persecución inequívoca de certeza.

Según así el poeta, si no a poseer, si a introducir una verdad; esa verdad suya, en busca referirse a Dostoyevsky—llama credo del escritor. Esto es, mi sensación experimentada ante el mundo y mi contemplación subjetiva de él.

La poesía, esa dama tan llevada y traída—degradadamente, más llevada que traída—, se encuentra, por obra y gracia de epuros e simpures, convertida en Jano, a la cual está uno ve la cara que más conviene con su manera de sentir y hacer. No hace muchos días, un joven poeta arrebatado desde las páginas de «La Estética Literaria» contra la revista «Caballo Verde», que en los días del año 1936 defendió la postura impura. Se ve, pues, que la pugna entre los dos sectores poéticos sigue en pie.

Los de un lado ven la vida acabada y feliz, exaltan sus perfecciones y echan el peso en su obra a lo amargo de ella; para éstos, la poesía es logro, plenitud, el sùmmum de be-

canto fácil a la efímera flor, o para perdidos poéticamente entre acantos, asfodelos y otros lirismos botánicos. Claro que emociona la delicadeza de un color cárdeno en el atardecer, pero esto no puede hacerlos olvidar que en un momento de su vida que cada día hay cientos de almas que dejan de pisar la tierra y de amoldarse a un cuerpo.

Porque el deber primero de todo escritor, de todo poeta—creo yo—, es darse a sí mismo en sus creaciones, reflejando el sentido de su época. «Cómo, pues, puede prescindir, al querer dar su época, de la realidad de esa vida que es la suya propia, porque les resulta constantemente dolorosa; no comprenden o no quieren comprender que ese dolor es el de una juventud sabiéndose trascendente a su pesar, hecha responsable de su vida cuando esa vida aun no era, cuando aun no contaba como tal valor socialmente cambiante; es el drama de una juventud frente a la Historia, que le exige ser generación de tránsito. Y es al mismo tiempo el dolor de una madurez que ve desmoronarse los cimientos de lo que consideró fundamental y se afanó en mantener y acrecentar, para darse cuenta hoy de que levantaba un edificio completamente falso. Hay dolor y lágrimas por el mundo, hay amargura y angustia, y el poeta no puede prescindir de ellos.

Sin embargo, de todo esto hacen abandono los poetas epuros, imaginando que su posición es la de situarse sobre la vida y la muerte, convirtiendo su poesía en la momificación de los pasados movimientos poéticos o en un lirismo a trasmano, siempre eterno, pero siempre también intrascendente. Este es el camino de lo anacrónico o insensato, como se le quiera llamar. Pero hay algo en la posición de los poetas epuros—lo había también en su manifiesto del año 35—que es el lleno en el campo de lo literariamente aceptable. En su afán de buscarle tres pies al gato de su falta de razón, pretenden antecedentes y originan a su poesía de despreocupación vital en la obra de los demás—según ellos—tan poco preocupados por la vida como son nuestros clásicos más famosos.

Desde cuándo sean puros, con esa pureza sin albulos rojos que ellos pregonan, nuestros clásicos, lo ignoramos; es decir, yo, por lo menos, lo ignoro, y me resultaría una experiencia curiosa identificarlos en esa clasificación. El Arcipreste, Fr. Luis, Quevedo, Villamediana, López Calderón... ¿Estos o los que quieren entroncarse nuestros puros de hoy con su poesía? Un repaso de ellos no me da lugar a la impresión que me gustaría tener, haciéndoles la cruz de su pureza y deshaciéndoles de sus estanterías, para borrarlos después, y para siempre, de su memoria. Tal vez el único que permaneciera en su lugar, por su poesía elaborada, cuajada de imágenes, fría y ajena en absoluto a la vida, sería Góngora. A ésta sí que pueden entroncarse los epuros, siempre que no olviden esa otra parte de la poesía de Góngora que ellos apreciarán llena de impurezas.

Frente a ellos está la otra poesía—los simpures—como crónica o crónica del corazón en carne viva del poeta en contacto con el aire del mundo y la vida de sus días, sintiendo con los hombres las necesidades de los hombres. Sus angustias y alegrías son congoja y placer del poeta que hora a hora, y de sus propios pasos sabe encontrar el sentido de perfección, de ser. Sus instantes son latidos de la fibra del mundo, y hace y es constantemente en él, deseando no perder un minuto de la trágica belleza de su marcha. El poeta vibra y es ante los dolores y los gozos humanos, y su poesía tiene el valor de grito, de clarín que llama a la vida por el sublimado con la belleza de su creación.

Llora o ríe, según sea la condición de aquello que al andar por la vida se tropieza; cuando ve de la existencia lo desgarado, la angustiosa amargura, su poesía es drama, porque lo vivamente dramático adquiere presencia en él con igual fuerza emotiva que lo placentero. Sólo cuando crea su anhelo, cuando da la pauta de la vida deseada para sí y los hombres, goza amargamente, con la amargura de su gozo truncado, con la realidad tangible que le aprisiona, cortando las alas al vuelo de su ideal... Y dice, dice siempre y es escuchado, para señalar a la gente las cosas que le impiden llegar al mundo que ambos desean, para enseñar a la gente el camino de ser hombre, la senda que ha de conducirlos hasta la belleza, que es tanto como llevarlos hasta sí mismos, hasta su alma, que es el lugar donde se quebran en belleza las angustias humanas.

Esta poesía es el sentido de hoy, la voz que a todos nos parece haber estado siempre en refugio exacto de nuestros deseos palpantes, de nuestras exigencias espirituales más urgentes. Para la lucha recia de nuestros días no sirven ya las torres de marfil, que tan fácilmente se derrumban, ni el alfilerismo atiplado de la voz desvaída entre imágenes y facciones líricas, sino la entera cordialidad del alma fuerte que entre y lucha, que sabe vencer y perder, dada con voz viril, que sublimase la marcha accidentada hacia la perfección vital y sea una señal en su camino. El Dios Abraxas, con su doble faceta divina y demoníaca, da de una manera total la vida de los hombres. Y, en este caso, es la poesía impura quien recoge la esencia de la doctrina primitiva.

Los de un lado ven la vida acabada y feliz, exaltan sus perfecciones y echan el peso en su obra a lo amargo de ella; para éstos, la poesía es logro, plenitud, el sùmmum de be-

vida y las cosas de la vida. Y esta preferencia no manifiesta por sí misma un gusto estético? Porque estético—según mi manera de entenderlo—es algo puramente subjetivo, íntimamente sustancial y fundamental en la constitución del hombre escritor, que nada tiene que ver con las normas externas y frías estudiadas por la preceptiva, ni con las normas moralmente regidoras, que estudia la ética.

Cuando digo decir: «Yo no sé por qué escribo, lo que hago me sale sin darme cuenta», me dan la sensación, estos escritores, de burros flautistas, que viven de casualidades con buen resultado. Yo lo bueno es que lo dicen en el pleno convencimiento de evidenciar así su genialidad, su posesión de

# EL PROBLEMA IDONESIO

Por JOSE MANUEL GARCIA ROCA

**H**AY una obsesión constante en el hombre por enmarcar su ámbito en las esquinas de la Historia. Así, juzgada la evolución humana por esta especie de escafiteo, se nos muestra, en una línea quebrada por la que sólo importarán las vértices. Para cada generación, su tiempo es otro, en un caso, sus resistencias jamás al tránsito gris e intrascendente. Pese a las reservas que esta propensión reiterada ha de imponernos, pocas veces como en nuestros días aparece tan desahogado el concepto de haberlos en una encrucijada del mundo. La subversión de esta hora, situada por fuerzas irracionales, el divorcio, cada vez mayor entre las premisas y las conclusiones ya manifiestas de la guerra, han motivado la caducidad de principios hasta ahora vigentes, en paradoja de nuestro tiempo actual, en el que, en el cancelado un rímico de ideas que hubiéramos supuesto revitalizadas.

**P**or F. MIÑANO ROS  
patria, es el que dicta a Tatcher la incompatibilidad de Rusia con nuestra cultura. Entre Europa y nosotros no caben ni negociaciones ni armisticios. La vida de una es la muerte de la otra. De un modo tangente, sin circunloquios de ningún género, Rusia ha mostrado siempre su aversión irreductible a nuestro mundo de valores. Los conceptos reñidos, entre las cuales es imposible tender un puente de conciliación. Si alguna vez volvió esto a nuestro Occidente fue para copiar aquellos miedos con los que más fácilmente pudiese avasallarlo. Las primeras armas de fuego del Ejército ruso, en tiempo

Tomar parte, en todas las ocasiones, en los negocios y altercados de Europa, y sobre todo, en los de Alemania, que por más próxima interesa más directamente. «Dividir a Polonia, manteniéndola en continuo desorden; atrase los poderes a precio de oro; inhiuir sobre los tibios hasta corromperlos; buscar partidarios y protegerlos; hacer entrar a las tropas rusas, y permanecer allí hasta que la ocasión de establecerse definitivamente sea completa. Si las potencias vecinas oponen dificultades, tranquilizarlas momentáneamente hasta que se pueda volver a tomar lo que haya sido entregado.» «Llamar por todos los medios posibles, de entre los pueblos más instruidos de Europa, capitanes durante la guerra y sabios durante la paz, a fin de que la nación rusa se apro-

«Suacia, desmembrada; Persia, venida; Polonia, sujeta; Tarcos, acaudalados; el mar Negro y el Báltico, guardados por nuestros buques. Es preciso, por lo tanto, entonces, por separado y con el mayor secreto, preparar el ejército, las fortificaciones, y después, a la vez, y en secreto, compartir con ellas el imperio del Universo.»  
«Si—lo que no es probable—cada una de ellas rehúsa el ofrecimiento de Rusia es preciso suscitar disensiones entre ellas, y debiliten mutuamente. Ento, ce, aprovechando un momento decisivo, Rusia lanzará sus tropas, concentradas para el avance a través de Alemania, al propio tiempo que dos flotas considerables partirán: la una, del mar de Azov, y la otra, del puerto de Arkangel, cargadas de hordas de soldados, y la protección de las escuadras del mar Negro y del Báltico. Avanzando por el Mediterráneo y por el océano anegado de las aguas de un lado, mientras que Alemania lo sería de otro; y vencidos estos dos países, el resto de Europa caerá fácilmente y sin pagar un tiro bala el yugo.»  
«Así puede y debe ser subyugada Europa.»  
He aquí un esquema del plan ruso para dominar a Europa, tenazmente servido desde Pedro el Grande hasta los actuales zaros. Ahora parece encontrar la ocasión propicia para su realización. La favorable coyuntura política que se abre en tanto de su potencia material como de abrogarse una pretensión mesiánica que ha socavado a buena parte de la conciencia moderna. Aunque en los fines, entre las masas, las intenciones imperialistas del nacionalismo ruso y el comunismo surgen una diferencia capital, por cuanto Moscú, al menos en sus aspiraciones redentoristas universales podía polarizar en su servicio las masas extrarrusas, en tanto que Alemania, circunscrita en el ámbito ideológico a su racismo, no podría poner una moral nacional de tipo nuntiano, se encontraba imposibilitada para conseguir resultados paralelos entre las masas alemanas. Antes o después, la expansión del nazismo, por no recoger inquietudes de amplificación humana, concita la oposición de las fuerzas políticas y de los sentimientos nacionales de los pueblos. Las organizaciones comunistas, en cambio, por su adhesión a las causas de los pueblos más avanzados de la penetración rusa, y toda política que cierre los ojos a esta realidad resultará inoperante y suicida.

**H**AN transcurrido ya largos meses desde que los nipones depusieron las armas y todavía permanece sin resolverse el problema indonesio. En realidad, al hablar de Java hay que distinguir claramente dos aspectos muy distintos de la cuestión. Uno, el que se refiere estrictamente a la independencia indonesia, y el otro, que se sirve de este problema sólo de manera accidental, pues lo que trata de solucionar por todos los medios es algo de una trascendencia muy superior, es decir, la comprensión y la rivalidad anglo-rusa planteada en las principales cuestiones mundiales.

El último de los aspectos es quizá el que tiene mayor resonancia internacional, aunque la verdad es que afecta mucho menos a los intereses genuinos de Java. Cuando en el O. N. U. se discutía la propuesta del delegado ucraniano Marulski, aunque se llevara de un lado a otro el nacionalismo indonesio, todo ello no era más que una pantalla, con la que se ocultaba lo que ya anteriormente hemos dicho. Claro es que esta relación existente entre uno y otro aspecto hace que, aunque distintos en su fondo, la resolución de cada uno de ellos esté pendiente en casi todo de la decisión que frente al otro se adopte. Por eso la llegada a Indonesia del enviado especial de Inglaterra, sir Archibald Clark Kerr, tiene tanta importancia para el resultado final como la presencia en Java del lugarteniente de la reina de los Países Bajos, Dr. van Mook.

La larga duración del conflicto planteado entre indonesios y holandeses es una muestra inequívoca de que su solución no es cosa fácil. Esta se ha hecho mucho más difícil desde el momento en que, de uno y otro lado, sólo ha habido representantes de las teorías extremas y se ha procurado apartar por todos los medios a los partidarios de una mediación o situación intermedia. Para el Gobierno holandés hasta hace muy poco no había otra solución que el sometimiento total de los sublevados. Por eso no vaciló incluso en desautorizar a su representante en Java, cuando éste trató de negociar con los rebeldes. Por su parte, los indonesios se veían dirigidos por el campeón del nacionalismo intransigente, Sukarno, partidario de la total independencia.

El nacionalismo indonesio adquirió gran fuerza durante la ocupación japonesa, ya que en esta época se les concedió una especie de independencia a la antigua colonia holandesa. No obstante, en la actual situación existe una actitud fundada en las mismas promesas realizadas por las Naciones Unidas; claro es que eso no es más que un abuso de cie-

El equilibrio de poderes se implanta en Europa tras el derrocamiento del mundo medieval de valores llevado a efecto en Westfalia. Naturalmente, así como toda agrupación de hombres, entregados al libre juego de sus instintos abocaría a la perpetua anarquía, por idéntica razón la comunidad de Estado, al desahogarse del comunismo y sin una fuerza superior, se resuelve en la pugna constante de unos contra otros. El dilema que esta situación plantea, pues como un objetivo constante de su preponderancia a los demás o se establece un sistema de equilibrios, de fuerzas contrapuestas, que, al anudarse mutuamente, asegure una estabilidad más o menos viable. Entronizado en definitiva con los tratados de Utrecht y Rastat, al hacer problemática la hegemonía francesa, y al ser vencida Westfalia, la balanza de poderes fue aceptada como un postulado incontrovertible por la diplomacia europea. Para el mundo de los siglos posteriores está tan vinculado al sistema, el equilibrio representa la gran conquista de la historia moderna frente al aislamiento y el aislamiento del mundo antiguo, se dedicando al espectáculo, escribía, de los esfuerzos unidos de varios Estados contra cualquier exceso de poder de otro Estado. Cada día, en la extensión de su poderío y sometiendo al derecho común. Implicaba, por ende, la renuncia a sueños hegemónicos y la conservación de un orden internacional que la vigilancia de los países constituidos en sujetos de la alta política. La tarea encomendada al pequeño Estado, que dirige las relaciones exteriores y se encierra en una compleja y a la vez sencilla por cuanto descansa en un principio generalmente aceptado y completa postura, es el de mantenerse a la urdimbre de las costelaciones estatales en consonancia con la voluntad de los que quieren trastruque el equilibrio en su favor. Estas veleidades, reordenadas por impulsos expansionistas propios del Estado moderno, son frecuentes y casi siempre se resuelven a expensas de los países más débiles, que a política militar no pasan de ser objetos de adquisición política de altura.



«Restablecer, pues, el equilibrio, única fórmula todavía viable de convivencia internacional, a base de zonas de influencia o sobre el viejo lema diplomático: «Alma por alma y milla por milla, sería tan inocuo como esperar que Rusia desista de unos objetivos perseguidos por más de dos siglos. Sobre lo que cabe, el único medio es el de la guerra o la subversión. Es decir, los artifices de la paz habrían de manejar no sólo una carta geográfica, sino también el mapa de la bandera, el plano de la subversión europea, ya que las fronteras se convierten en líneas imaginarias cuando detrás de ellas el espíritu nacional está corriendo por ajenas influencias.»  
No había escapado a la perspicacia soviética la gran oportunidad que la guerra depararía a su expansión, y de ello da testimonio el artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933. «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—escribía—de que cualesquiera que sean las perspectivas de nuestra guerra, el único medio de agresión, el único vencedor que saldrá será la U. R. S. S., que arrastra tras ella a las masas trabajadoras del mundo. Este artículo de Baidar, que en el «Vestnik» en 1933, «Nosotros estamos persuadidos—

# LOS QUE SABEN

(Viene de la pág. 1.)  
a variadas causas y quizá sea la primera de ellas derivada del convencimiento nacional de nuestro equilibrio social y la firme creencia, que seguimos manteniendo como positiva realidad, de que poseemos, dentro de los límites territoriales de España, el derecho de caminar hacia el progreso, los hechos criminosos que desde el Fuero Juzgo y las Partidas, hasta el Código penal de 1845, pasando por el Recopilación, se vienen castigando, aquí, como en todo el mundo civilizado, con la más severa pena, no tanto como aquella formulada por el rey del Tíbet, que para reparar el daño de una vida humana no llega a reparar el daño causado.

Pero hay en este asunto unas circunstancias tan especiales, que prescindiendo totalmente de cuanto se refiere a la represalia, que ni nos inquietan ni nos importa, queremos ofrecerles a nuestros lectores con ánimo de que formen un exacto juicio de la apreciación con que han obrado nuestros vecinos los galos.

Cuanto se va a exponer es absolutamente real. Última grande que algunos testigos de calidad no se acaban de confirmar públicamente los puntos en que hemos de detenernos. Sus conciencias, deformadas por el odio sectario que sienten, son incapaces de gestos viriles, falta ésta que viene acusándose de largo, cuando empezaron sus trabajos para hundir a la nación que por mera circunstancia geográfica fué su patria.

El autor de estas líneas no conoció a Cristino García Grandá, ni a Manuel Castro Rodríguez, ni a ninguno de los que junto a él comparecieron ante los Tribunales españoles. Pero determinadas circunstancias le han permitido saber sus andanzas y fechorías paso a paso, no ahora, en Madrid, sino mucho antes: cuando el titulado ejército popular se derrumbaba, y sus soldados, por la fuerza de las pistolas, entraban en Francia para salvar sus vidas de las garras del fascismo. Esto, ni más ni menos, era entonces la consigna.

No vamos a personalizar por razones puramente espirituales. Los principales responsables de los hechos, acaecidos tal vez a la omnipotencia de Dios, estarán purgando sus errores. Por ello informaremos en abstracto, refiriendo su caso, pero a sabiendas de que es, a la vez, el de otros muchos equivocados.

Han olvidado pronto los que huyeron a Francia las circunstancias de su entrada en el país. Sus dirigentes les esperaban cómodamente. Sabían que cada consigna, conver-

tudía política comunista; aprende—abaurda pretensión—la organización de masas. Y cuando ya conoce los mecanismos de las armas y el manejo de los explosivos, entra clandestinamente en España dispuesto a sembrar el terror donde quiera que actúe. De qué conserva la graduación de las F. F. I. de la idea del hecho que en el vecino país se hayan rasgado las vestiduras en su favor. Pero ese pimpante oficial goza, por lo visto, del derecho de entrar y salir y hacer lo que le viene en gana, sin sujeción a la más indispensable noción de lo que re-



presenta un grado militar. Si no hubiéramos caído hace ya años en la cuenta de lo que iban a ser los antiguos miembros de los grupos internacionales una vez licenciados y en sus países de origen, podríamos extrañarnos de todo esto. Es que por encima de todo se alza una razón suprema. Y esa razón no es otra que los intereses peculiares del comunismo internacional, que conserva y cuida como alhajas a quienes por la idea combatieron. Son, en suma, los pilares básicos de esas terribles quintas columnas, con las que el Kremlin cuenta. Al fin y a la postre, habrán servido, ante la ceguera de quienes les dan asilo y honores, al dictador rojo. Para eso fueron escolabonados, y para eso, como fuerzas de vanguardia en un país ajeno al suyo. Ciertamente que nada son internacionalistas.

Cristino García Grandá ya está en España. Con él vienen otros, que serán sus instrumentos. Y en Madrid, un campo ilimitado de acción ofrece a los atrevidos, a los sacabotes... Lo que le ordenan que haga, tras las enseñanzas del remedo de la Escuela M., de Moscú.

Poco después del mediodía, junto al cine "San Carlos", cuatro hombres se reúnen el día 14 de septiembre. Unos movimientos, como de duda, y por fin, echan a andar. Momentos más tarde, la oficina de la R. E. N. Y. E. del paseo Imperial reciben la visita de los desconocidos. Comunicaciones secas a los empleados, en tanto que uno de ellos, con la pistola en la mano y bajo la protección de las que empuñan sus compañeros, se dirige sin vacilaciones a la caja, apoderándose de un fecho de billetes y frías huida en un taxi, y recuento del botín; de las veintidós mil pesetas se hacen cuatro partes. El que más, percibe setecientas pesetas, y el resto queda a beneficio del partido. García Grandá ha planeado bien la parte. El que más, percibe setecientas pesetas, y el resto queda a beneficio del partido. García Grandá ha planeado bien la parte. El que más, percibe setecientas pesetas, y el resto queda a beneficio del partido.

No tarda en darse el golpe a la sucursal del Banco Central del paso de las Delicias. El banco es mucho mayor. Aquí subsiste la consigna de la opinión pública ante la medida francesa! Pero por si fuera necesario completar la hoja de servicios de ese infeliz, de voluntad torcida por el comunismo, en su calidad de comandante de las F. F. I., ahí quedan esos días ciertos, de los que muchos, allá, tras los Pirineos, si no tuvieran las conciencias deformadas por el odio sectario, podrían dar fe.

C. MARTIN

(Viene de la pág. 1.)  
Llegó la guerra mundial y con las primeras jornadas del desplome de Francia. La postura de la mayoría no responde a la epura ortodoxa del comunismo. Y un día, el escolabonamiento es absoluto y los equipos trabajan entusiásticamente para los vencedores del momento, que van bien y aparentan ignorar su condición.

Cuando el águila germana empieza a declinar, hace su aparición el comunismo. Los comunistas leen las líneas del enemigo con refugio seguro para el cambio de postura, y los que menos escrúpulos de conciencia tienen, García Grandá entre ellos, comienzan a jugar "por cuenta propia", erigiéndose en ejes de la acción y llegando a imponer su voluntad sobre los patriotas que tratan de que se esfuerzan por recuperar la independencia que perdieron.

Cristino García Grandá se ante sí un espléndido porvenir. No tardará en pasar la frontera, alegando haber regado con su sangre el suelo francés al ser herido en el combate de la república de Nimes. Ya no es sólo él quien necesita esa elevación personal. Es el propio partido comunista que ve en este oculto la calidad que necesita en sus hombres: obediencia ciega y bajos instintos.

Ahorremos escenas. Francia ha sido liberada. Ante el general De Gaulle se plantea un problema que alienta las masas extremistas francesas y los poderes supremos de la comunización internacional. Y un día, Cristino García Grandá recibe el empleo de comandante en las fuerzas francesas del interior, mientras, con toda seguridad, otros han de conscribirse en el olvido, porque les ha faltado la plataforma del partido que lleva la hoz y el martillo como emblema.

¿Qué pudo pasar entre Cristino García y el sedicente mando español de guerrilleros para ser depuesto de su cargo de jefe de División? Hasta este punto no hemos podido penetrar. Y conste que recibiríamos con gusto la noticia, porque el hecho de ser curioso, ¿tuvo miedo a la acción que se le ordenaba? ¿Se resistió a una orden superior? Pero en uno u otro caso, ¿quieren cobardía? Y entonces, ¿cómo nos lo quieren presentar en plan de héroe de la resistencia?

Conservó empero el cargo de comandante de las F. F. I., porque para arrebatárselo no tenían aún suficiente poder los comunistas. Mas surgió la explosión y se le creó un Jordán que lavara sus anteriores debilidades. La «Escuela de Terrorismo», de Toulouse, le asignó su misión.

¿Cómo pudo ser esto? ¿Cuál era el verdadero poder: el comunista o el del Gobierno francés? ¿Qué cosa más extraña que un comandante de fuerzas francesas ingresa en un centro de capacitación especial a prepararse convenientemente para su trabajo terrorista en España. ¡Mal parado sale el verdadero principio de autoridad en este caso!

con el nombre de Julio Torres Alarcón, tiene un interés político innegable. Veamos.

Trasladémonos al año 1921. Las juventudes socialistas españolas se agitan, desconformes con la ortodoxia general del partido, que no llega a comprender exactamente la impetuosidad y rebeldías de quienes quieren mirarse en Rusia como modelo de revolución triunfante. Va a la cabeza en el fermento de la discordia, y no faltan allí hombres capaces de llegar a la secesión. No vacilan en consensuar el derecho de entrar y salir y hacer lo que le viene en gana, sin sujeción a la más indispensable noción de lo que re-

La acción va siendo más ostensible, y los dirigentes sufren una caídas. Para el Este no tiene importancia; porque se reciben órdenes, ibáudo por el espejismo del aparato clandestino. Cuando el tinglado se viene abajo, Bullejos toma las riendas. Tras él, como asesor inteligente, Gabriel León Trilla; es el alma de todo, y recibe, junto con su cadáver, Adame y Vicente Arroyo, gadas internacionales una vez licenciados y en sus países de origen, podríamos extrañarnos de todo esto. Es que por encima de todo se alza una razón suprema. Y esa razón no es otra que los intereses peculiares del comunismo internacional, que conserva y cuida como alhajas a quienes por la idea combatieron. Son, en suma, los pilares básicos de esas terribles quintas columnas, con las que el Kremlin cuenta. Al fin y a la postre, habrán servido, ante la ceguera de quienes les dan asilo y honores, al dictador rojo. Para eso fueron escolabonados, y para eso, como fuerzas de vanguardia en un país ajeno al suyo. Ciertamente que nada son internacionalistas.

Lléjamos así hasta 1935. Nuevo Congreso nacional; esta vez, en Sevilla, que desbana a los dirigentes que tan incansablemente habían luchado contra la e adversidades. Los tiempos han cambiado, y hay otro hombre de moda: José Díaz, el repartidor de pan en la ciudad del Betis, y a raíz de la Conferencia Nacional, que celebran clandestinamente en Pamplona, y que cuenta a la Komintern cuatro mil dólares.

Lléjamos así hasta 1935. Nuevo Congreso nacional; esta vez, en Sevilla, que desbana a los dirigentes que tan incansablemente habían luchado contra la e adversidades. Los tiempos han cambiado, y hay otro hombre de moda: José Díaz, el repartidor de pan en la ciudad del Betis, y a raíz de la Conferencia Nacional, que celebran clandestinamente en Pamplona, y que cuenta a la Komintern cuatro mil dólares.

Con esa frase lapidaria y despectiva se ha puesto el epílogo a la vida de un hombre que, con tanto esplendor alcanzó el Kremlin, ahora ha sido también el comunismo el que ha dictado su sentencia de muerte, como antes le dictara tantas consignas revolucionarias...

Assinatos, atracos, sabotajes... Cristino García Grandá ha desarrollado en Madrid las consignas que poderes superiores a él le impusieron en beneficio del comunismo internacional. Vulgar asesino, el extremismo francés se solidariza con sus actos al iniciar la campaña que arrastra al Gobierno francés a cerrar la frontera con España.

Y en esta hora, con tantas aclaraciones...

C. MARTIN

(Viene de la pág. 1.)  
Llegó la guerra mundial y con las primeras jornadas del desplome de Francia. La postura de la mayoría no responde a la epura ortodoxa del comunismo. Y un día, el escolabonamiento es absoluto y los equipos trabajan entusiásticamente para los vencedores del momento, que van bien y aparentan ignorar su condición.

Cuando el águila germana empieza a declinar, hace su aparición el comunismo. Los comunistas leen las líneas del enemigo con refugio seguro para el cambio de postura, y los que menos escrúpulos de conciencia tienen, García Grandá entre ellos, comienzan a jugar "por cuenta propia", erigiéndose en ejes de la acción y llegando a imponer su voluntad sobre los patriotas que tratan de que se esfuerzan por recuperar la independencia que perdieron.

Cristino García Grandá se ante sí un espléndido porvenir. No tardará en pasar la frontera, alegando haber regado con su sangre el suelo francés al ser herido en el combate de la república de Nimes. Ya no es sólo él quien necesita esa elevación personal. Es el propio partido comunista que ve en este oculto la calidad que necesita en sus hombres: obediencia ciega y bajos instintos.

Ahorremos escenas. Francia ha sido liberada. Ante el general De Gaulle se plantea un problema que alienta las masas extremistas francesas y los poderes supremos de la comunización internacional. Y un día, Cristino García Grandá recibe el empleo de comandante en las fuerzas francesas del interior, mientras, con toda seguridad, otros han de conscribirse en el olvido, porque les ha faltado la plataforma del partido que lleva la hoz y el martillo como emblema.

¿Qué pudo pasar entre Cristino García y el sedicente mando español de guerrilleros para ser depuesto de su cargo de jefe de División? Hasta este punto no hemos podido penetrar. Y conste que recibiríamos con gusto la noticia, porque el hecho de ser curioso, ¿tuvo miedo a la acción que se le ordenaba? ¿Se resistió a una orden superior? Pero en uno u otro caso, ¿quieren cobardía? Y entonces, ¿cómo nos lo quieren presentar en plan de héroe de la resistencia?

Conservó empero el cargo de comandante de las F. F. I., porque para arrebatárselo no tenían aún suficiente poder los comunistas. Mas surgió la explosión y se le creó un Jordán que lavara sus anteriores debilidades. La «Escuela de Terrorismo», de Toulouse, le asignó su misión.

¿Cómo pudo ser esto? ¿Cuál era el verdadero poder: el comunista o el del Gobierno francés? ¿Qué cosa más extraña que un comandante de fuerzas francesas ingresa en un centro de capacitación especial a prepararse convenientemente para su trabajo terrorista en España. ¡Mal parado sale el verdadero principio de autoridad en este caso!

Y, al mismo tiempo que otros fanatizados por la doctrina internacionalista, Grandá es-

# EL COMUNISMO CONTRA INGLATERRA

(Viene de la pág. 1.)  
A partir de entonces surgió en la India un poderoso imperio, cuyos soberanos hicieron fracasar y rechazaron los intentos de reconquista de los soberanos griegos sucesores de Alejandro, si bien la influencia griega se dejó sentir en la India hasta el extremo de que hacia el año 200 un príncipe bactriano-griego, de nombre Demetrio, se proclamó rey de los indios.

Posteriormente, la India padeció invasiones mongolas, de carácter eminentemente militar, que ni lograron ni pretendieron destruir la cultura aria, que se asimiló.

Más tarde, los brahmanes se adueñan de la India, y bajo su dirección vivió una época de

derablemente "frenada" en sus ansias de conquista por los directores de Londres, temerosos de que una política agresiva en exceso pudiese mermar sus cuantiosas ganancias.

Hacia 1773, el estado financiero de la Compañía de las Indias era bastante precario, hasta el punto de recurrir al Estado solicitando un empréstito, lo que motivó la intervención del Estado británico en los asuntos hindúes.

Sucesivamente la India padeció invasiones mongolas, de carácter eminentemente militar, que ni lograron ni pretendieron destruir la cultura aria, que se asimiló.

Más tarde, los brahmanes se adueñan de la India, y bajo su dirección vivió una época de

cada vez más proselitismo la idea de ceder al "viejero" chino Pa-Hian...

Posteriormente, la India padeció invasiones mongolas, de carácter eminentemente militar, que ni lograron ni pretendieron destruir la cultura aria, que se asimiló.

Más tarde, los brahmanes se adueñan de la India, y bajo su dirección vivió una época de

derablemente "frenada" en sus ansias de conquista por los directores de Londres, temerosos de que una política agresiva en exceso pudiese mermar sus cuantiosas ganancias.

Hacia 1773, el estado financiero de la Compañía de las Indias era bastante precario, hasta el punto de recurrir al Estado solicitando un empréstito, lo que motivó la intervención del Estado británico en los asuntos hindúes.

Sucesivamente la India padeció invasiones mongolas, de carácter eminentemente militar, que ni lograron ni pretendieron destruir la cultura aria, que se asimiló.

Más tarde, los brahmanes se adueñan de la India, y bajo su dirección vivió una época de

derablemente "frenada" en sus ansias de conquista por los directores de Londres, temerosos de que una política agresiva en exceso pudiese mermar sus cuantiosas ganancias.

Hacia 1773, el estado financiero de la Compañía de las Indias era bastante precario, hasta el punto de recurrir al Estado solicitando un empréstito, lo que motivó la intervención del Estado británico en los asuntos hindúes.

derablemente "frenada" en sus ansias de conquista por los directores de Londres, temerosos de que una política agresiva en exceso pudiese mermar sus cuantiosas ganancias.

Hacia 1773, el estado financiero de la Compañía de las Indias era bastante precario, hasta el punto de recurrir al Estado solicitando un empréstito, lo que motivó la intervención del Estado británico en los asuntos hindúes.

Sucesivamente la India padeció invasiones mongolas, de carácter eminentemente militar, que ni lograron ni pretendieron destruir la cultura aria, que se asimiló.

Más tarde, los brahmanes se adueñan de la India, y bajo su dirección vivió una época de

derablemente "frenada" en sus ansias de conquista por los directores de Londres, temerosos de que una política agresiva en exceso pudiese mermar sus cuantiosas ganancias.

Hacia 1773, el estado financiero de la Compañía de las Indias era bastante precario, hasta el punto de recurrir al Estado solicitando un empréstito, lo que motivó la intervención del Estado británico en los asuntos hindúes.

Sucesivamente la India padeció invasiones mongolas, de carácter eminentemente militar, que ni lograron ni pretendieron destruir la cultura aria, que se asimiló.

Más tarde, los brahmanes se adueñan de la India, y bajo su dirección vivió una época de

derablemente "frenada" en sus ansias de conquista por los directores de Londres, temerosos de que una política agresiva en exceso pudiese mermar sus cuantiosas ganancias.

Hacia 1773, el estado financiero de la Compañía de las Indias era bastante precario, hasta el punto de recurrir al Estado solicitando un empréstito, lo que motivó la intervención del Estado británico en los asuntos hindúes.

Sucesivamente la India padeció invasiones mongolas, de carácter eminentemente militar, que ni lograron ni pretendieron destruir la cultura aria, que se asimiló.

Más tarde, los brahmanes se adueñan de la India, y bajo su dirección vivió una época de

derablemente "frenada" en sus ansias de conquista por los directores de Londres, temerosos de que una política agresiva en exceso pudiese mermar sus cuantiosas ganancias.

Hacia 1773, el estado financiero de la Compañía de las Indias era bastante precario, hasta el punto de recurrir al Estado solicitando un empréstito, lo que motivó la intervención del Estado británico en los asuntos hindúes.

Sucesivamente la India padeció invasiones mongolas, de carácter eminentemente militar, que ni lograron ni pretendieron destruir la cultura aria, que se asimiló.

Más tarde, los brahmanes se adueñan de la India, y bajo su dirección vivió una época de

derablemente "frenada" en sus ansias de conquista por los directores de Londres, temerosos de que una política agresiva en exceso pudiese mermar sus cuantiosas ganancias.

Hacia 1773, el estado financiero de la Compañía de las Indias era bastante precario, hasta el punto de recurrir al Estado solicitando un empréstito, lo que motivó la intervención del Estado británico en los asuntos hindúes.

Sucesivamente la India padeció invasiones mongolas, de carácter eminentemente militar, que ni lograron ni pretendieron destruir la cultura aria, que se asimiló.

Más tarde, los brahmanes se adueñan de la India, y bajo su dirección vivió una época de

derablemente "frenada" en sus ansias de conquista por los directores de Londres, temerosos de que una política agresiva en exceso pudiese mermar sus cuantiosas ganancias.

Hacia 1773, el estado financiero de la Compañía de las Indias era bastante precario, hasta el punto de recurrir al Estado solicitando un empréstito, lo que motivó la intervención del Estado británico en los asuntos hindúes.

Sucesivamente la India padeció invasiones mongolas, de carácter eminentemente militar, que ni lograron ni pretendieron destruir la cultura aria, que se asimiló.

Más tarde, los brahmanes se adueñan de la India, y bajo su dirección vivió una época de

derablemente "frenada" en sus ansias de conquista por los directores de Londres, temerosos de que una política agresiva en exceso pudiese mermar sus cuantiosas ganancias.

Hacia 1773, el estado financiero de la Compañía de las Indias era bastante precario, hasta el punto de recurrir al Estado solicitando un empréstito, lo que motivó la intervención del Estado británico en los asuntos hindúes.

Sucesivamente la India padeció invasiones mongolas, de carácter eminentemente militar, que ni lograron ni pretendieron destruir la cultura aria, que se asimiló.

Más tarde, los brahmanes se adueñan de la India, y bajo su dirección vivió una época de

derablemente "frenada" en sus ansias de conquista por los directores de Londres, temerosos de que una política agresiva en exceso pudiese mermar sus cuantiosas ganancias.

Hacia 1773, el estado financiero de la Compañía de las Indias era bastante precario, hasta el punto de recurrir al Estado solicitando un empréstito, lo que motivó la intervención del Estado británico en los asuntos hindúes.

Sucesivamente la India padeció invasiones mongolas, de carácter eminentemente militar, que ni lograron ni pretendieron destruir la cultura aria, que se asimiló.

Más tarde, los brahmanes se adueñan de la India, y bajo su dirección vivió una época de



NOTAS GEOGRAFICAS  
El Imperio de la India, según puede verse por el gráfico adjunto, comprende la totalidad de la península indostánica con un considerable trozo continental, con añadidos por el Este (Birmania y Assam), por el Oeste (Belucistán) y con posesiones exteriores.

Tales posesiones son los protectorados del Kuet (A), Katar (B), principados de la costa de los Piratas (C) y Mascate (D), en los golfos Pérsico y de Oman, y los protectorados del Bután (E) y Nepal (F), si bien este último reconoce también la autoridad de China.

Se fue actualizando el Imperio de la India por una Constitución promulgada en 1919, y la autoridad superior británica para el es el miembro del Gobierno británico nombrado Secretario de Estado para la India, y que, asistido por un Consejo, tiene su residencia en Londres.

En la India, la autoridad superior está representada por el Virrey o Gobernador general, que junto con un Consejo de Ministros constituye el Poder ejecutivo.

La capital del Imperio de la India radica en Delhi, pero debido a lo riguroso del clima, de abril a octubre se traslada a Simla.

El Cuerpo legislativo, que funciona desde febrero de 1921, lo constituyen el Consejo de Estado y la Asamblea Legislativa, de atribuciones muy restringidas.

El territorio de la India está dividido en las siguientes 15 provincias, que se señalan en el gráfico adjunto con los números que se indican a continuación de sus nombres:

- Provincia de Belucistán (1).
- Provincia de Bombay (2).
- Provincia de Madras (3).
- Provincia de Bihar y Orisa (4).
- Provincia de Bengala (5).
- Provincia de Assam (6).
- Provincia de Birmania (7).
- Provincia de Pendjab (8).
- Provincia de Delhi (10).
- Provincia de la frontera del Noroeste (11).
- Provincia de los archipiélagos de Andaman y Nikobar (12).
- Provincia de Coorg (13).
- Provincia de Almor-Merwara (14).
- Estas 15 divisiones administrativas agrupan y administran a 600 Estados tributarios.

A la cabeza de las provincias, en cuanto a extensión, figura la de Birmania (8), con 605.297 kilómetros cuadrados, extensión casi equivalente en Europa a la de la Península Ibérica, y en cuanto a población, están a la cabeza las provincias unidas de Agra y Oudh, con 46 millones de habitantes, que corresponden en Europa a las poblaciones de Portugal y Francia reunidas.

El total de la población del Imperio de la India asciende a más de 351 millones de habitantes, que equivale a la de toda Europa, excluida la U. R. S. S. (europea), y la extensión del Imperio es diez veces más de cuatro millones y medio de kilómetros cuadrados, ligeramente superior a la mitad de Australia.

ORGANIZACIONES: MILITAR, NAVAL Y AEREA  
Según el anuario de la Sociedad de Naciones correspondiente al año 1935, últimas noticias oficiales publicadas a este respecto, la "organización del ejército de tierra" indio es la siguiente:

Existen organizadas, exclusivamente con indios, veinte brigadas de infantería, un cuerpo de Caballería, pues las doce de Artillería están servidas por ingleses. Cuenta, además, con diferentes formaciones aéreas en los Estados Unidos y las correspondientes unidades auxiliares, territoriales y de reserva.

A los efectos militares, el territorio de la India está dividido en cuatro sectores: Norte, Sur, Este y Oeste, con la región independiente de Birmania.

La región Sur—que en la actualidad ha cobrado particular interés por los recientes sucesos de Bombay—abarca los territorios de las provincias de Madras (3), Bomba (2) y los territorios correspondientes a los Estados de Hyderabad (16) y de las provincias Centrales (4).

En cuanto a las "fuerzas aéreas", cuentan con 970 hombres de personal navegante o de vuelo—pilotos, navegantes, bombarderos, ametralladores, mecánicos y radiotelegrafistas—, además, con tropas indias, y un total de 196 aviones.

Tanto los cuadros de personal navegante como los de aviones en servicio han debido ser incrementados considerablemente durante la recién terminada contienda.





# Riesgo y visión del basilisco eterno

¡A LARMA, señores, que nuestro Decano, aunque decaído y bostoso, se halla en el umbral de la presumida coquetería! Parece ser que diversas e ilustres escritoras le enviarán, por Año Nuevo, algunas de sus obras, filantropicamente dedicadas. Y que otras colegas, no menos ilustres, le han hecho objeto de sus tergiversaciones más femeninas, tomando a censura los elogios de su crítica y a elogios los píropos de sus compromisos galanos. ¡Alarma y alerta, señores, que en estos juegos y fuegos del gran «imbroglio» se está abastando la síntesis de nuestro austero decano crítico! ¡Alerta y alarma, señores!... Porque, además de lo dicho, habéis de saber que...

... Habéis de saber que, ufano, alegre, altivo, enamorado, nuestro bondadoso Decano deriva y divaga por los mentideros literarios. Y que en ellos



(obeso de sí mismo a la vez que retratado por el eterno femenino) el buen señor se aburre y aburre en la hipérbole de los que — todo candoroso — denomina sus éxitos galantes.  
—Por algo será, que no hay efecto sin causa— desvaría el cutizado.  
—Y no por mi feminismo, sino a pesar de mi antifeminismo. Ya saben ustedes que en el periodismo, cuando los colaboradores festivos no hallamos tema que festejar, recurrimos a ciertas reservas inagotables y manoseadas. Así del lance de honor como de la sustra de mal humor, extraemos no poco sarcasmo y retruécano. El feminismo ofrece, también, copiosa coyuntura de jocosas posibilidades. Yo reconozco haberme excedido hasta el empacho en la nutrición de sus productos mostrenos. A su vez, reconocerán ustedes que esa atención femenina que tanto me pasma y halaga obedece, ante todo, a lo benemérito de mis circunstancias personales...

Tal ha desvariado hoy nuestro bondadoso Decano. En la oficina había mucho que hacer esta mañana, y puesto que el jefe no trabajaba ni dejaba trabajar nos hemos enroscado en el despacho contiguo. El ha proseguido su pororra en el suyo, escuchado y acompañado por la taquimeca, el portero y un botones. Dos horas después, al salir de la oficina, daba fin al expediente de su disertación y se disponía a entrar en materia.  
—Ahora bien: pregúntome yo, a veces, de qué orden serán las circunstancias personales que me nimbaban de gloriosa aureola. ¿Físicas? No me tengo por monstruo. ¿Morales? Caballero soy. ¿Intelectuales?

«Mis obras por mi dirán lo que soy y cuanto valgo...»

Y en tanto que ellas dieran, diré yo que es la mujer basilisco, y quien acertará a verla y descuartarla a mirarla, será por ella fulminado... Así yo, que vi y miré, soy ahora admirado y fulminado. Era mi sino: yo amaba demasiado el peligro para no sucumbir a sus ojos...  
\*  
¡Oh, triste diversidad, embrollada Babel de lenguas, conceptos y sentimientos! Tres auditores tenía nuestro Decano; tres auditores de una misma raza, que hablaban la misma lengua y eran nativos de la misma patria... Tres auditores había, y si uno de ellos lloraba escuchando el discurso, bostezaba el otro oyéndolo, en tanto que el último hacía su poco de refunfuño y duermevela soportándolo...

# MI CIGARRILLO Y YO

RECUERDOS DE MI VIDA LITERARIA Y TEATRAL

Por FELIPE SASSONE

NAPOLIS, RICO VERGEL...  
Al cabo de quince años de ausencia volví a Nápoles, que había dejado a los siete de mi edad, cuando me entraba por las puertas del uso de razón, y como lo recordaba perfectamente mis ojos hubieran podido exclamar al verlo, cantando con música de Chapí de la zarzuela *La Bruja*, aquella romanza que entona el tenor en el momento en que retorna a su lar nativo:  
*Todo está igual; parece que fué ayer...*  
No había yo nacido en Nápoles, como ya creo haber dicho, cigarrillo mío, a lo largo de estas ya muy largas memorias; pero en ella rompí a hablar y de ella arrancaba mi primer recuerdo sensible y sensitivo, y así no hubieran sentido mal los dos primeros versos de la canción zarzuelera. Todo estaba igual; pero no yo, desde luego, y así también hubiera podido recordar entonces dos versos de un poeta, paisano mío y con mis mismos años más o menos, José Gálvez, que fué mi compañero en las calles de mi Lima y aun en los claustros universitarios de la Universidad de San Marcos. En su madurez de hombre político, mi amigo escribió desengañado:  
*Sólo yo soy distinto, sólo yo que no río, y que en lo que creía ni creo ni confío.*  
Porque yo había sido en Nápoles un niño rico que tenía palacio con jardín en la Riviera di Chiaja, frente al Mar Tirreno, ante el gran bambalino teatral del pino perennemente verde que encuadraba el Vesubio, que pasaba acompañado de sus padres en un landó de lujo por los crepúsculos de Via Caracciolo, y acudía con ellos hasta muy avanzada la noche, a pesar de mi tierna edad, a un palco de primer rango en el gran teatro de la ópera de San Carlos. El que se había ido sin pelo de barba en el rostro, pero ya con alguna moneda de oro en la

# LIBROS SIN ABRIR

EN ESTA SECCION ANTICIPAREMOS LOS FRAGMENTOS MAS INTERESANTES DE LIBROS PROXIMOS A PUBLICARSE

## "EL PAQUEBOT DE NOE"

Por FELIX ROS  
Editorial Lara. — BARCELONA.

pena, en medio de un casual silencio, el señor blande el periódico y grita:  
—¿Usted es este señor! ¡Usted es... déjame leer, chico—Don Joaquín de Estras... digo, «En-tram-bas-a-guas!»  
—Mira, niño, este señor de aquí delante es el que sale retratado en el ABC!  
—¿Ves?  
Fué un espectáculo maravilloso.  
LA MUSA Y LA ANTIMUSA  
Parece muy importante que todo poeta que se estime tenga musa. Desde



No sé a qué responderá el hecho de que toda la audacia que desplega uno, no ya sobre la cuartilla—Paul Morand dijo una vez que escribía por cobardía—, sino en las cada vez más frecuentes «actuaciones personales», se derrumba frente al descubrimiento de nuestra personalidad en lo privado. Como a cualquiera del oficio, me place consideración hacia los frutos de él; pero querría uno extinguirse ante quien reconozca por fotografías, o ante el dependiente letrado que, al apuntar la dirección donde enviar la compra, aturde con jocosos comentarios o algún escrito que su autor olvidó. Está un acostumbradísimo a que tengan de él noticia vaga, y lo frecuente es oírse: «Yo le he leído a usted... Vaya que sí, señor. Le he leído bastantes cosas...» Meditan poco más, pero no salen de ahí. A veces nos equivocan, ecétera. No tiene importancia, y, en último caso, el que es honrado saca de error a quien confundié, perjudicándose por igual cada uno de los interlocutores. Otro de los apuros lo provoca el «exceso de celo» de cualquier incondicional:  
—Fulano, te voy a presentar al gran Mengano, el ilustre poeta. Supongo que ya le conocerás por su obra, y...  
El requerido, con cara de extrañeza, abalanzase automáticamente hacia el gran Mengano. Suele atezarse la diestra con las suyas, sin dejar de morder el puro, y le mira fijamente a los ojos, como tratando de leer allí el título de alguna de sus obras. Sólo masculita:  
—Hombre... al que presento... ¿Qué cosas tienes? Naturalmente... ¿Y quién no lo conoce? ¡Ah!—al grande—Honradísimo y emocionado...  
«Todo es fruto de la euforia del país. Muy pintoresca, incluso entre los propios escritores». Adriano del Valle, por ejemplo, me ha aterrado más de una vez con cierta presentación consistente en gritar tras de mí nombre los títulos de tres o cuatro de mis libros, en retahíla, sin pausita o pausa alguna que nos dé, a ellos y a mí, relación lógica. Es una especie de slogan, poco más que enunciado callejero de «El crimen de Cuencas».

luego, tal palabra responde a varias acepciones. Una de las que desvirtúa el diccionario es la de «numen del poeta». Cierta querido amigo mío, hombre serio y director del Instituto en la histórica capital de la meseta, la utiliza todavía como bienfameado tropo:  
—Ahora, en cuanto regrese a mis laras, quiero escribir una novela que tengo medio pergeñada. Desfundaré la pluma, y, si la musa me sopla...  
Por nada del mundo renunciaría él a la existencia de tan necesario factor. Se le ha llamado también, otros tiempos, *quid divinum*, «trances», y un segundo amigo mío—éste ingeniero—, *teus ex machina* (1). Los escritores de hoy, cuando se sienten soplados, afirman estar «en plena forma». Insisto en que la musa goza aceptación general. Cuando era muy pequeño, el primogénito de Jorge Guillén preguntó:  
—Papa: Fulanita—referíase a una poetisa que frecuentaba la casa—, ¿tiene muso?  
Los cincuentones del comercio suelen hacernos, a cuantos escribimos, plácidas bromas acerca de la musa, y se van tan campantes. No hay, pues, más remedio que referirse por una vez al tema, para dejar bien sentadas ciertas premisas.

Las únicas que se immortalizan son, desde luego, las de carne y hueso, es decir, aquellas de las que parece posible dar fecho para padrón y demás circunstancias. La gente, curiosísima, se interesa en positivo por esas musas; si lo son de algún amor desgraciado, razón de más. ¿Quién no conoce a Laura, a Beatriz, a Leonor? Nadie nos puede dar, mejor que ellas mismas, refe-

rencia de su relación con el poeta. Don Armando Cotarolo me narraba su encuentro, hace ya muchos años, con Julia Espín, «amor imposible» de Bécquer. Como se sabe, fué gran cantante, caso después con un cantante homónimo público y llevó toda la suya vida ejemplar. Don Armando propuso aquella conversación sobre Bécquer, que por ella languideció tanto.  
—Sí. Eso han dicho—afirmó, no sin extrañeza, la «dama». Yo sólo le vi de lejos, rondando mi calle. Jamás hablé con él. Además, ¡era tan sucio...!  
Me interesaba referir la anécdota, en pilotaje de mi opinión de que Julia Espín habría sido excelentísima musa, de haber contraído matrimonio con Gustavo Adolfo. ¿Cómo?—más de uno preguntará—¿Matrimonio? ¿Qué tendrá eso que ver con la función inspiradora? Y si tiene que ver, lo que más me conmueve a mí de la frase transcrita es ese «¡Iba tan sucio!» ¿Por qué?  
En los artistas, sin necesidad de que ocurra nada, *cherchez la femme*. Entre los que mueren jóvenes, un alto porcentaje lo debe a su mala vida. A muchos de los que llegan a viejos, en cambio, les valdría más no haber alcanzado los treinta y cinco. ¡A cuántos de los primeros hubiese encarrado una vigilancia femenil! ¡Qué pocos de los últimos se habrían ido adocenando, de haber conservado junto a sí una sensibilidad dócil, abnegada, plegándose a la tensión de la obra! Tal vez mi punto de vista se deba a un evidente desdén por los «amores desgraciados», pero creo que el papel de la célebre musa ha de resultar otro del que por lo común se propalan. No afirmaría que Julia Espín lo hubiese sido inmejorable para el juvenil autor de las rimas; pero, conociendo un poco a fondo la desastrosa vida conyugal y extracónyugal de éste, lamentamos la ausencia de semejante mujer. Bécquer habría escrito muy de otro tono lo que nos dejó. Pero en quien, como él, tenía talento, la diferencia iba a resultar de enfoque, no de calidad. Mi admiración por los poetas malditos no excluye el planear que no les echaran unas benedictillas a tiempo.  
Las musas, como ciertos productos industriales, han de ofrecernos solidez, duración y economía. Normalmente, el artista de cualquier género que deja una obra honda e insignificante, perteneciente a la tradición de su país—ha cobijado a su lado a un alma de mujer que cargó sobre sí las contingencias enojosas para una vida mimada; en general, todo artista va a lo suyo. Las grandes pasiones le estorban, son anti-musa. Una Julia Espín al lado, que le haga ir limpio; y a quien, echando de menos cuando sale de viaje, escriba endechas desde todos los incómodos hoteles del mundo: he aquí lo que el inquilino del marfil debe solicitar al Cielo.

rencia de su relación con el poeta. Don Armando Cotarolo me narraba su encuentro, hace ya muchos años, con Julia Espín, «amor imposible» de Bécquer. Como se sabe, fué gran cantante, caso después con un cantante homónimo público y llevó toda la suya vida ejemplar. Don Armando propuso aquella conversación sobre Bécquer, que por ella languideció tanto.  
—Sí. Eso han dicho—afirmó, no sin extrañeza, la «dama». Yo sólo le vi de lejos, rondando mi calle. Jamás hablé con él. Además, ¡era tan sucio...!  
Me interesaba referir la anécdota, en pilotaje de mi opinión de que Julia Espín habría sido excelentísima musa, de haber contraído matrimonio con Gustavo Adolfo. ¿Cómo?—más de uno preguntará—¿Matrimonio? ¿Qué tendrá eso que ver con la función inspiradora? Y si tiene que ver, lo que más me conmueve a mí de la frase transcrita es ese «¡Iba tan sucio!» ¿Por qué?  
En los artistas, sin necesidad de que ocurra nada, *cherchez la femme*. Entre los que mueren jóvenes, un alto porcentaje lo debe a su mala vida. A muchos de los que llegan a viejos, en cambio, les valdría más no haber alcanzado los treinta y cinco. ¡A cuántos de los primeros hubiese encarrado una vigilancia femenil! ¡Qué pocos de los últimos se habrían ido adocenando, de haber conservado junto a sí una sensibilidad dócil, abnegada, plegándose a la tensión de la obra! Tal vez mi punto de vista se deba a un evidente desdén por los «amores desgraciados», pero creo que el papel de la célebre musa ha de resultar otro del que por lo común se propalan. No afirmaría que Julia Espín lo hubiese sido inmejorable para el juvenil autor de las rimas; pero, conociendo un poco a fondo la desastrosa vida conyugal y extracónyugal de éste, lamentamos la ausencia de semejante mujer. Bécquer habría escrito muy de otro tono lo que nos dejó. Pero en quien, como él, tenía talento, la diferencia iba a resultar de enfoque, no de calidad. Mi admiración por los poetas malditos no excluye el planear que no les echaran unas benedictillas a tiempo.  
Las musas, como ciertos productos industriales, han de ofrecernos solidez, duración y economía. Normalmente, el artista de cualquier género que deja una obra honda e insignificante, perteneciente a la tradición de su país—ha cobijado a su lado a un alma de mujer que cargó sobre sí las contingencias enojosas para una vida mimada; en general, todo artista va a lo suyo. Las grandes pasiones le estorban, son anti-musa. Una Julia Espín al lado, que le haga ir limpio; y a quien, echando de menos cuando sale de viaje, escriba endechas desde todos los incómodos hoteles del mundo: he aquí lo que el inquilino del marfil debe solicitar al Cielo.

Le tienes, mi querido amigo, afecto tan hondo a la isla, que ya parece irónico, a fuerza de distraer. Será contigo, así, con quien habla de esta occurrence en que, al despejar el vapor, me he entestado, antes de diluir en mi miopía las costas de Belver. Una noche de abril, hace algunos años, volviendo de cacería y mientras el fuego de una lar catalana tostaba las piezas, charlábamos junto a un ventanuco abierto José María Fontana y yo de hasta qué extremo la vinculación del hombre a la tierra le desindividualiza entre los suyos. La participación en el agr, en el afán común de mañanas y noches, quita importancia a su persona ante el tremendo salto del morir. El, que es en otros ambientes catástrofe, resulta para esos descendientes cumplimentado, espaldarazo, alternativa—¡paradójica alternativa!—, garantía automática del tiempo sobre su capacidad de regencia.

# ESCUELA DE TAUROMAQUIA

## DESDE 1924, "CARNICERITO DE MEJICO" no ha dejado de torear ninguna temporada

Aquellas novilladas de Tetuán de las Victorias.—"Las banderillas en las tablas, ¡na ma su menda y yo!", me dijo Sánchez Mejías.—El toro de Belmonte no ha muerto.

La tertulia baraja una continuada serie de temas teatrales: una nueva comedia de Claudio de la Torre y el estreno—ya parece que cierto—de «El portal de las Indias» de Mederos, cuando el recitador Angel Terrón me dice:  
—Mira: ahí va «Carnicero de Méjico».  
Ocasión más que oportuna. Desde la temporada anterior estaba en mi pensamiento realizar la entrevista con el espada mejicano. Su fugaz paso por Madrid, el inciso de las comaridas de Barcelona y la interpolación de otros temas tauromos, no permitieron entonces la conversación periodística, que hoy acontece al azar.  
José González, «Carnicero de Méjico», se muestra encantado cuando le propongo el reportaje, y con toda amabilidad contesta a mis preguntas.  
—Veni en Tetuaplán, Estado de Jalisco. Y la atrición a los toros me nació de la proximidad en que los tenía, ya que yo trabajaba en el matadero de Guadalajara llevando una pequeña contabilidad.  
—¿Qué toreros de aquel tiempo fueron los que más influyeron en el nacimiento de su atrición?  
—Pues bien: usted, Ignacio Sánchez Mejías, —¿Alo más de su campaña de novillero en España?  
—Del año 1929 al 30 toreade 112 novillos en España. Fui a todas las provincias. De los de mi época, el que ha ido a todas las plazas de novillero ha sido un servidor, en mi modesta parte.  
—Bueno. Pero hay unas novilladas que arramaron bastante escándalo, de las que no me ha hablado usted.  
—Sí, señor. Las que di con Ortega en Barcelona el año 30. Se celebraron en pleno invierno, durante el mes de diciembre. Fueron cuatro tardes. Llovía, hacía frío y, sin embargo, hubo colas en las taquillas y se agotó el papel, ¡lo que son las cosas! Aquel contenedor fué más tarde el abijado de alternativa de Ortega!  
—¿Y cuándo fué ésta?  
—Fomé la alternativa en Murcia, de manos de Domingo y con Jaime Noain como testigo, el 13 de septiembre de 1931, con toros de Mura. Alternativa que confirmé en Madrid, de manos de Manuel Bienvenida, que en paz descanse, con Domingo Ortega de testigo, doce días después, el 25 del mismo septiembre y con toros de Cosío Cruz del Castillo. En ambas corridas, alternativa y confirmación, corté oreja en cada toro.  
—¿Luego?  
—Desde el 31 al 32, ya como matador, di alrededor de 48 corridas en España. Este último año volví a Méjico, y el 33 actué en Venezuela y Colombia. Después vine a España. Cálculo que en las temporadas del 34, 35 y 36 toreade unas cien corridas. También salí a torear a Francia y en Portugal.  
—¿Ha vuelto usted a los toros después de nuestra guerra?  
—Yo no he dejado nunca de torear! Durante la guerra estuve toreado por América. ¿Dónde había toros allí iba yo!  
—¿Su vuelta a los ruedos españoles?  
—El año pasado volví a torear en España, en la Plaza de Barcelona, el 21 de mayo, con «Manolete», Ortega y «Parrilla», con toros de Curro Lachica. Me cogió el toro y lo maté después de herido; ¡tenía un muslo atravesado!  
—¿Luego?  
—¿Qué? Fuí a Portugal, regresé a España y di unas trece corridas, para volver a torear en Barcelona, con «Manolete» y Ortega, el 14 de octubre, toros de Galache. En esta corrida recibí mi segunda oreja. Todavía pude dar otra corrida en Córdoba, con grandioso éxito.  
—¿Las comaridas son nuestras condecoraciones. En mi vida de torero llevaba 32. Con las de Barcelona suman ya 34. Hasta ajustar medio ciento me faltan todavía.  
—¿Qué diferencias ha encontrado usted entre el toro del tiempo de sus corridas en la Plaza de Tetuán y el de hoy?  
—He encontrado en el toro que hoy hay que arrimarse más que nunca al toro. También he encontrado al público más benévolo y al toro más comedido.  
—¿Usted tiene fama de estoquero. ¿Puede hablarme de esta suerte?  
—Matar es la suerte que más me gusta. Con las estoquadas es como se consiguen las orejas. En la actualidad los públicos conceden poca importancia a la estocada.  
—¿Y esto, ¿es mejor o peor para la Fiesta?  
—Hombre. Va en la atrición. Pero es la suerte suprema. La apotheosis de las grandes fiestas.  
—¿No hay gran faena si no hay estocada?  
—Natural!  
—¿Otro momento de la lidia en que se encuentre a gusto?  
—Con las banderillas. Suelo poner todas las pajas de mis toros y gusto mucho de las banderillas a las tablas, porque fui gran admirador de Sánchez Mejías.  
—¿Una vez me dijo Ignacio: «Compare: esos pares por las tablas, ¡na má su menda y yo!»  
—¿Cómo ve su propio toro?  
—El toro mío es más bien a base de dramatismo. De un dramatismo sabiendo torear.  
—¿Vería usted torear a Belmonte?  
—¡Claro!  
—¿Su impresión?  
—Yo he sido belmontista toda mi vida. Para mí Belmonte será Belmonte hoy y siempre. Su toro no ha muerto.  
—¿Ha introducido usted alguna modificación en su toro, de acuerdo con la marcha de la Fiesta?  
—Todos evolucionamos, porque tenemos que hacer lo que el público pide.  
—¿Cuáles son sus proyectos para la temporada que se aproxima?  
—Arrimarme más que nunca.  
—¿Sabe cuándo comenzará?  
—Empezaré en Castellón de la Plana, el 24 de marzo, con «Morenito de Talavera» y Julián Marín, con toros de Coquilla.  
—¿Pues que haya suerte.  
—Y un apretón de manos termina mi entrevista con «Carnicero de Méjico».



Gaona, Joselito Flores, Vicente Segura... todos de cartel aquí en España.

CARTA A UN DIPLOMATICO ACERCA DE LA MUERTE EN MALLORCA  
Le tienes, mi querido amigo, afecto tan hondo a la isla, que ya parece irónico, a fuerza de distraer. Será contigo, así, con quien habla de esta occurrence en que, al despejar el vapor, me he entestado, antes de diluir en mi miopía las costas de Belver. Una noche de abril, hace algunos años, volviendo de cacería y mientras el fuego de una lar catalana tostaba las piezas, charlábamos junto a un ventanuco abierto José María Fontana y yo de hasta qué extremo la vinculación del hombre a la tierra le desindividualiza entre los suyos. La participación en el agr, en el afán común de mañanas y noches, quita importancia a su persona ante el tremendo salto del morir. El, que es en otros ambientes catástrofe, resulta para esos descendientes cumplimentado, espaldarazo, alternativa—¡paradójica alternativa!—, garantía automática del tiempo sobre su capacidad de regencia.

siempre al teatro, acordándose de que tenía acabada una novela y varios cuentos, me fui al puerto para embarcar inmediatamente como fuera rumbo a España, que se me antojaba mi tierra de promisión. Yo había aprovechado un momento de libertad—quien me vigilaba estaba cantando sus canciones en un teatro— para recoger los pocos enseres que podía llevarme, y así meti en una vieja maleta un solo traje, una munda, una tan solo, mis manuscritos y algún libro y huf, huf hacia el puerto, sin saber lo que habría de hacer, pero dispuesto acaso, y ni yo mismo lo sabía, a tirarme al mar si fuera preciso. No partía vapor ninguno para España, ni yo tenía, en el caso de que tal vapor hubiera, dinero con qué pagarme el pasaje; pero una casualidad providencial me hizo pasar por delante de un barco que conducía ganado y legumbres, y se apostaba a soltar las amarras para zarpar a Barcelona. No puedo precisar cómo fué: recuerdo que hablé con un hombre de mar, patrón, empleado, allegado al capitán—no lo supe, y si lo supe no lo recuerdo— y le ofrecí porque me llevase las únicas diez liras italianas que tenía en el bolsillo y la promesa de mi trabajo a bordo en lo que fuere, y muy patético debió de ser mi aspecto y de tal suerte le conmovieron mis palabras, que el buen lobo de mar, sin aceptar ni mi promesa ni mi pobre dinero, consintió.  
Era una noche de estío con el mar en calma, lleno de luna, del cual sólo tenía una pequeña visión circular y brillante en la claroboya abierta en la estiba, donde me había tumbado a descansar, dispuesto a pasar aquella noche marinera entre un verdadero establo navegante, donde olía a heno y a estiércol y resonaban, como haciéndome coro al ulular de la chimenea del barco, los mugidos calientes de unas vacas.  
Yo iba alegre; pero iba también llorando, sin saber por qué, y a la mañana siguiente, era el 20 de julio de 1906, no olvidaré nunca la fecha, atalayé desde la proa el puerto de Barcelona. Entre la bruma de la mañana y de los humos de las fábricas le pareció a mi fantasía exaltada que el dedo de la estatua de Cristóbal Colón me señalaba y escogía. Y entré en España, donde encontré mi verdadera vida hace cuarenta años, y donde todavía sigo diciendo, con las palabras latinas de Horacio en Tarento, *angulus ridet*, este rincón me sonreía.  
A otro cigarrillo, hermano tuyo, le contaré más.

tonces fueron Roberto Bracco, el célebre dramaturgo, y el poeta vernacular Libero Bovio, que componía los versos de las canciones populares de Piedigrotta. El me presentó a sus músicos, y empecé a rodar por todos los cafés conciertos de Nápoles, y en uno de ellos conocí a una cancionista napolitana auténtica, rubia teñida y guapisima, que se empeñó en enseñarme sus canciones, y con quien, ligeramente encalabrinado, acabé por irme a Génova, donde ella se dirigía a cumplir un contrato en uno de los primeros locales de la capital ligur. Me gasté en el viaje la última lira y sólo llegué a Génova con la imaginaria de poeta en agraz, y una vez allí, a fuerza de oír canciones populares y de cantarlas con voz que, aunque deteriorada ya por hecha a menesteres más difíciles, me sobraba, y más aún defendida por todos los recursos que en buena escuela había aprendido, pensé volver, aunque rebajado, a la profesión que empecé, y la necesidad y los malos consejos de mi mala compañía, me sugirieron—y aquí viene bien, querido cigarrillo, lo de sugestión que es cosa del demonio y no por cierto inspiración divina—, me sugirieron, digo, la insensatez de hacerse cancionista. Es más: la napolitana debió de ver en mí un buen negocio, pues que me propuso que aceptara un contrato con ella para ir nada menos que al Cairo a cantar díos cómicos de café concierto, y así, con la promesa de un porvenir radiante, y con sus propias lagoterías personales, me tenía secuestrado, y llegó un día en que faltaban dos apenas para la que habría de ser sin duda ruinoso excursión, y ya era desde ese momento abominable y vergonzosa. Esto último me reveló la casualidad feliz de otra carta, que me llegaba también reexpedida desde Milán, en que mi padre me hacía muy graves reflexiones y se quejaba de mi silencio, y refiriéndome a mi última carta, de muy atrasada fecha, me decía haber adivinado en ella, por la incoherencia y la vaguedad de mis frases, una desorientación efecto de un desengaño que seguramente yo no había querido confiarle. Quejábase mi viejo de que después de mis actuaciones operísticas en Sicilia y en el norte de Italia, no le hubiera hablado de ninguna más, y se perdía en conjeturas creyéndome enfermo, o tal vez, y en esto acertaba plenamente, andando malos pasos. La carta no sólo llegó a mis manos y a mis ojos, que en la mente y en el corazón se me entró también, y tuve pena de la pena paterna y tan asustada vergüenza de mí mismo, que resolví huir a las tentaciones de aquella Dalila de tablado, y la víspera del día de partir rumbo a Egipto, decidido a no hacerlo, pensando en renunciar para

# TREINTA AÑOS DESPUES DE MISS GIACOMINI

**M**ISS Giacomini es la sonrisa melancólica y afectuosa de quien mira al pasado con cierta camaradería, sintiéndose ya próximo a convertirse—el también—en próterio. ¿Será ésta la impresión que cause la rumbula en el ánimo del lector? En caso afirmativo, la continuación de Miss Giacomini, inédita y terminada hace años, no se hará esperar mucho tiempo. Esto escribí en noviembre de 1940 al autorizar el segundo lanzamiento de mi novela por una editorial que por entonces dirigían D. Félix Ros y D. José Janés. La "débacle" de Miss Giacomini fue aun más rotunda en la cortésana puerilidad de su segunda edición que en el casero "debrallit" de la primera y provincialina. Como testimonio del fracaso conservo la carta en que D. Félix Ros hubo de comunicarme cercenando mis desvarios floridos de superar a Cervantes. Meses después, al desencanto del tropiezo, sucedía la sorpresa de lo inexplicable. Quiero decir que mi todo avisado y avisado editor D. José Janés me compraba en bloque la completa propiedad de mi obra y de su segunda parte titulada *Treinta años después*. Cinco han transcurrido y todavía ignora el móvil de aquella inesperada operación. A positivismo no obedecería, por cuanto el Sr. Janés—en vez de publicarla—se apresuró a sepultar sus adquisiciones nada menos que en el polvo del olvido o nemente perplejo. Así, la que ayer fuera trepidante serpiente se mantiene hoy en letargo de Bella Durmiente por hechizo y misterio de D. José Janés.



## INTRODUCCION

14 abril de 193...

La ciudad ya no vibra ante las cosas. Don José Andrade, prodigiosamente viejo, acaba de morir lanzando un oráculo sibilino: "Antes de diez años, la República será un hecho". A las diez horas de esta profecía, la República, entre el asombro de los republicanos, se reinstaura pacíficamente en España. Pero la ciudad no se emociona. Doña Ernestina de Suances-Somonte comprueba en esta tarde de abril que las Iglesias siguen abiertas, y exclama resignada que, después de todo, quizá sea preferible una república de orden a una monarquía de desorden... En este momento histórico del cambio de régimen, la ciudad parece más banal que nunca. El general ha embarcado en su gasolina para y vuela a la deriva por la bahía; no regresará hasta saberse de fijo qué es lo que ha ocurrido en Madrid... Desde el campo de tenis, el atardecer es perfecto, empalagoso como una litografía inglesa. Unas muchachas sin medias alborotan con unos jóvenes en mangas de camisa. Se oyen diálogos en castellano, en inglés, en francés y hasta en catalán. Hace treinta años ninguna persona elegante se hubiera permitido emplear el catalán en las reuniones mundanas. Hoy lo usa, con celo y agresividad de neófita, la viuda de Monroy, para exponer sus galimatías espiritual ante un grupo de snobs. —Señora—afirma distraído un periodista madrileño—, su punto de vista es realmente interesante. —Yo no pretendo interesar... Sólo quisiera plasmar en esta hora de realidades, todas las inquietudes y esperanzas del momento presente... Como si la Naturaleza obedeciese al conjuro de estas palabras, el sol se ha escondido

tras un telón de nubarrones. Dentro del chalet acaba de empujarse el fonógrafo. El corte de los jóvenes ha callado también. Por la carretera irrumpe al galope un pelotón de la Guardia civil... Allí lejos, en la ciudad acurrucada al cobijo de la catedral, han sonado unos disparos... Pepe Aguavives, en su eterno papel de informador, asegura tranquilamente que se trata de algún rebentón de neumático. —Son tiros—dictamina con gesto heroico un capitán de Infantería—, son tiros y hasta me parece haber oído el silbido de una bala. La señorita de Tomelloso, inverosímil en su eterna juventud, cree prudente asustarse. —¡Dios mío! ¡Yo no sé qué va a ser de nosotros...! —Después de todo, el rey no era mala persona... —No pasará nada. Mi primo es el nuevo gobernador y garantiza el orden. —¡Fíjese usted, amigo mío, en la idiosincrasia de nuestra sociedad! para unos, el rey no era mala persona. ¡Como si esto de ser buena persona bastara para regir los destinos de un Estado! Para otros, el cambio de régimen se reduce a un cambio de gobernadores civiles. ¡Y nadie acierta a captar la realidad angustiosa del momento! —Decididamente—exclama nervioso el capitán—, tendré que ir al cuartel. El tiroteó arrea.

Por MIGUEL VILLALONGA

La concurrencia empieza a preocuparse. ¿Pero es que, realmente, ocurre algo grave? ¿Que si ocurre? Unos revoltosos acaban de apedrear los blasones de Pinós, esculpidos sobre la que fue su casa solariega. En las ventanas del piso bajo de doña Ernestina Somonte, alguien ha trazado una cruz negra y agorera. Y el pueblo, cansado de esperar ante el Gobierno civil, se ha sentado cínicamente en los sillones del Club. ¡Del aristocrático Club en cuyas listas jamás logró figurar el difunto don Antonio Monroy!

—Pero y ese gobernador, ¿qué hace? ¿Para qué sirve? —Y el general, ¿por qué no interviene? —Está visto, tendré que marcharme al cuartel—vuelve a insistir el capitán, sin lograr que nadie repare en lo heroico de su propósito. —Creo en el feminismo y en la intervención salvadora de la mujer. La trayectoria de mi proceso de integración espiritual arranca del firme convencimiento... —Señora, siento un vivísimo placer en oír sus palabras, tan plenas de sugerencias. —¡Oh, no, amigo mío; nada de galanterías! La era de las galanterías ha pasado ya. Estamos en el siglo XX. Un mundo nuevo se abre ante nosotros. El experimento ruso nos brinda sus vastas posibilidades... Las detonaciones han sonado ahora mucho más próximas. No hay duda: el enemigo se acerca. Por unos segundos, la viuda de Monroy—cuánto ha leído en estos últimos treinta años!—se esfuerza en imitar el gesto espiritual y girondino de una madame Roland departiendo filosóficamente mientras llega el momento de subir al cadalso. Pero el terror pánico se sobrepone al snobismo y a la literatura. Todos los instintos burgueses de la vida se despiertan al conjuro de los disparos inmediatos. Y empieza a chillar, perdido el control de sí misma, con unos chillidos idénticos a los que emiten la señorita de Tomelloso y otras damas vulgares que no han leído a Freud ni se han interesado jamás por el experimento ruso.

—Los disparos, cuando suenan a poca distancia, son como trallazos. Dan la sensación de explosiones. En cambio, si tiran lejos, se oye perfectamente ese ruido característico que nuestros soldados bautizaron en África con el nombre de "pacos". Pa-cum, y a continuación el silbido, tanto más fino cuanto mayor sea la distancia. —Pues nosotros no hemos oído silbidos ni "pacos". —No los habrá oído usted porque no tendrá costumbre de oírlos. —Pero esto es atroz, capitán—interviene, ahora en castellano, la viuda de Monroy—. ¿Qué hacen las autoridades? ¿Qué hace el Ejército? El capitán señala la cañosa del general, que se mece sobre las aguas de la bahía. —Ya lo ve usted, señora: ¡Marchar a la deriva!

Pepe Aguavives regresa jadeante del teléfono. Su afán de colportaje le ha dictado la resolución más sensata: ponerse al habla con el Gobierno civil. La tranquilidad es absoluta. El pueblo manifiesta su alegría por el cambio de régimen. Se hace la vida ordinaria y en señal de júbilo cerrarán mañana todos los establecimientos. Esto es todo. El rey salió para el extranjero. Se ha proclamado la República catalana. El entusiasmo es comedido. No hubo tiros, sino cohetes, y malos. Una judía alemana, rencorosa y sabia, con el subconsciente atestado de sucios complejos, reconviene, despectiva, al doctor Montañas. —Ustedes, los españoles, no son capaces de hacer una revolución sangrienta. Y la viuda de Monroy, repuesta del susto, vuelve a proseguir el hilo de su discurso: —Porque hay rebeldías sagradas, sobre las que es posible estructurar los cimientos de una sociedad mejor. La catálina aspira a romper las trabas despectivas del concepto autoritario; a borrar de su idioma el anacronismo de esa supervivencia ancestral que se llama Ejército. El capitán se siente aludido. —¿Por qué, señora, esa antipatía contra el Ejército? —A usted puedo decirselo, capitán, porque es usted una persona inteligente y comprensiva. Desgraciadamente, la mayoría de sus compañeros no se le parecen... —La actuación del Ejército español—interrompe el intelectual madrileño—adolesce de una subversión de conceptos. El Ejército debe ser eminentemente pacifista y abierto a todas las rebeldías del espíritu. Recuerden ustedes la frase de Bernard Shaw: el militar es el guerrero lo que el gato al tigre. Adulterado por el rígido concepto del deber, el militar español se ha ido convirtiendo en un pacífico burgués. ¡Cuán lejos está ese militar del guerrero invocado por Nietzsche! Mi capitán: no olvide usted la máxima griega: llega a ser lo que eres. Sus compañeros de usted parecen haberla olvidado hace tiempo. El militar permanece abrumado por las sabias objeciones de sus dos interlocutores. En su cerebro diminuto se barajan los confusos pensamientos del intelectual madrileño y los elogios de la viuda catalana. Si él no tuviese que marcharse ahora mismo al cuartel, porque se lo acaban de ordenar por teléfono, gustaría de oponer su embrogio a los galimatías de sus interlocutores. Y terminaría, fatalmente, habiéndoles de África y de las propuestas de recompensas. —Pero, bueno: ¿es que aquí no se baila? ¡A ver si va a poder ser...! —¡Qué humor el de estos chicos! Y a lo mejor, a estas horas, correrá la sangre por la Península... —No sea usted romántica, señora. Lo que correrá es el vino. —¡Vaya una revolución más absurda! ¡Ni un solo muerto!—insiste avinagrada la judía alemana—. Ustedes, los españoles, lo toman todo a broma. La señorita de Tomelloso suelta una cargada argentina. —España es el país de la alegría! Y porque estamos alegres queremos bailar y divertirnos. Ricardo, hijo mío, ¿por qué no me invitas a bailar?

Ricardo Pinós, encastillado en la soberbia de sus veintitrés años, no se digna responder a esta pregunta. Se limita a poner en marcha el fonógrafo, mientras susurra al barnab: —Esos cocktails... —Si irán a la cuenta de mistress... Hace frío. Dentro del chalet, y de los acordes del fonógrafo, danzan unas muchachas sin medias con unos muchachos en mangas de camisa. Anochece ya, y la ciudad extiende

su arco de luces sobre las negruras del mar. Todo es calma, placidez e indiferencia...

¡Ay aquellos salones del Gobierno civil en los que hotara; hace treinta años, el perfume insidioso de Miss Giacomini! La plebe—a decir verdad no muy numerosa—acaba de invadirlos, asustada de su propia audacia. Tras la

asaltantes del Club terminan por evacuar, bostezando, las posiciones conquistadas.

—Señoras, señores—empezó Lizarraga—: no soy orador ni pretendo serlo. La elocuencia es algo perfectamente imbécil. Quiero asociarme hoy al homenaje que ustedes tributan al poeta que resució su lengua vernacula. Lamento tener que dirigirme a ustedes en castellano, pero es que el eúskaro ni yo lo sé ni ustedes lo entenderían. Voy a leerles un romance épico, sugerido por una de estas cargas brutales en que la fuerza pública se deleita arrollando el brio

La luz, que ya no alumbraba, cercos ponía al silencio; y era el sol una alcabaza defendida por el viento. Luego brillaron arneses y cornetes dorados; ¡fueron segadas las mieses de los campos asfaltados!

Un rumor de sillas anunció a mistress Dalton. La millonaria entró como una reina, dándose el placer de ser recibida por sus propios invitados. El general de la reserva, en cuyo brazo se apoyaba mistress Dalton, tenía el aire de un viejo primer ministro acompañando a su soberana. Detrás de esta pareja seguía Ricardo Pinós, como un joven ayudante de órdenes, aburrido y fatuo a la vez.

Laura Tomelloso y Pablo Virgill hubieron de esperar largo tiempo en el estrado—en la actitud más desaldrada del mundo, pensaba Virgill—hasta que la soberana, después de recibir los homenajes de la concurrencia, se hubo acomodado en su trono.

—Señores y señoras—dijo Virgill con voz tenue y lenta, deleitándose en pronunciar una i fugitiva detrás de unas ees separatas que ni ortografía ni fonéticamente podían asemejarse a las ees castellanas... Siempre eran estas tres palabras: señores y señoras, lo mejor y más enjundioso de sus discursos. En ellas se resumía todo el pulcro afán preclorista de contención espiritual, de perfección de forma, que eran las características más representativas de Pablo Virgill. Sucedia a estas palabras una pausa, largamente otorgada, a fin de que el auditorio pudiera saborearlas como era debido.

Por desgracia, en el silencio de la pausa majestuosa, el general de la reserva estornudó. Pablo Virgill, que, como Francisco de Asís llamaba sus hermanas a las fieras más sanguinarias, no podía considerarse hermano de aquel general pacífico que jamás había estado en la guerra.

—Señores y señoras—volvió a repetir con acento de mártir, luego que el general hubo terminado de sonarse ruidosamente. Entonces se le acercó Ricardo Pinós, enviado por mistress Dalton, para rogarle en voz baja que abreviara su discurso porque la gente joven quería bailar.

La primera imagen que esta impertinencia de la millonaria yankee suscitó en el ánimo del poeta separatista, fue la del acorazado "Maine" volando destrizado por una explosión, en las aguas de Cuba. Y por primera vez en su vida, Pablo Virgill se estremeció de emoción al recordar los acordes de "La marcha de Cádiz".

—Ahora le toca a usted, Virgill—exclamó autoritaria la viuda de Monroy, que deseaba terminar pronto, enterada del ukase de mistress Dalton. —Me dan prisa porque quieren bailar. ¡Marranos!

Y en voz alta, dócilmente, Pablo Virgill declaró su cuarta inédita:

## COMPETENCIO

Més baix! Més baix encara! Qu'els teus no arribin a modular eixa paraula... [Illibit] Sia el diàleg sacre de silenci i veig, i el temple del meu cor en sia l'aula!

Rectabá bien. Tenía una agradable voz de tenor y una manera persuasiva de interesar aun a quienes—desconocedores de su idioma—no pudieran entenderle. Lizarraga y Eva Gray se habían separado y le miraban fijamente. Pablo Virgill anunció que, por excepción, recitara una poesía más, también inédita.

## CREDO QUIA ABSURDUM...

Jo crec perquè és absurd! Així, Jo crec [en tú, absurde dels absurdes que la follia em duu...]

¿Què vols? dique'm 'qu'esperes?' No't [basta l'homenatge de ma raó malmesa, que't presta vassallatge?]

¿No vincies la detura del ritme i de les [normes?]

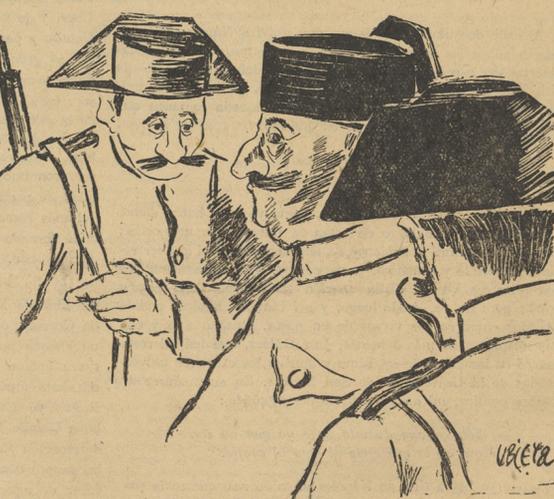
¿No glaces per a sempre lo càlid de les tor- [mes?]

Jo crec perquè és absurd! Així, Jo crec [en tú, absurde dels absurdes que la follia em duu.]

Mistress Dalton, por primera vez interesada en aquel festival ridículo, escuchaba al poeta con emoción. ¡También ella creía, porque era absurdo, en el amor de Ricardo Pinós! "Si—pensó—, tiene razón San Agustín. Es en él

## BAGARE

Voces de gesta llegaban por el río de la espera. Los truenos se alborotaban al estrellarse en la acera.



Tricornios acharralados subían al firmamento. ¡Ataque encarnizado contra molinos de viento!

Facas y fajas abrían sus revirantes coruscos. ¡Los tropiezos se abastían sobre los vasos etruscos!

absurdo en lo que hay que creer, porque a lo racional y lógico lo admite el entendimiento sin necesidad de la fe... El amor de Ricardo es un absurdo para mí, y por eso debo creer en él... Después, en una voltereta de la trivialidad femenina, de la que no se libran ni siquiera las millonarias yankees, mistress Dalton se preguntó, curiosa: "¿Cuál será el absurdo de Pablo Virgill? ¿Será cierto que...?"